



Santiago Dimas Aranda

La pesadilla

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Santiago Dimas Aranda

La pesadilla

- I -

Que los perros perdonen

En un punto cualquiera de la historia, de pronto, traspasando la capa temporal del grito, un antiguo dolor estalló en las gargantas. Había llegado la suma contención súbitamente, y fue la pesadilla.

Corría la primavera del año de la desgracia. El vencido combatiente Cándido Panamá, hundida la osamenta en una monstruosa medianoche, soportaba el último delirio. Días antes, bamboleándose sobre un par de palotes, gemebundo y chorreando sanguaza, se había escapado hacia los fondos de donde sustrajo pequeñas latas de éter con cuyo contenido, abundantemente, se empapó las gusaneras del sexo, los gangrenosos muñones y las tronchas orejas, e hizo buches y gárgaras increíbles.

Y dejó de sufrir. Quizá, de haberlo podido, le hubiese gustado relatar el proceso de tan insólita cura. Zancajeaba de pared a pared emitiendo tartajeos desesperantes, sin sentido para los demás aunque de mortal coherencia para él. Y aquí cabe anotar que habiendo sufrido mutilaciones horribles, que siendo declarado muerto y arrojado a los cuervos, manos piadosas lo rescataron consiguiendo tan sólo prolongarle la agonía. Y es en tal estado de violenta soñarrera que los hechos, retrospectivamente exhumados de algún inexplorado área de la conciencia, íbanse reanimando, escapándosele por los ojos en llamas y la boca espumajosa, despachados por la inminencia del fin.

Si habremos de reconstruir el fantástico sueño, forzoso será aprehender su crucial contorno, insertarse en aquella inmensa lobreguez que aún aterra, recuperar las voces deshumanizadas que giraban en el corpóreo clímax del miedo, penetrar la atmósfera de putrideces que sublevaban los pulmones, reatizar la enloquecida fiebre, la sed, tortura transmutada en gemido innumerable; la ínfima vida, inmundicia disipada por entre las grietas de un adefesio asistencial de triste fama en esa hora en que la paz era un bien de las tumbas.

Acaso una esperanza de lluvia, de torrentosa lluvia, fue la que atrajo al moribundo junto al negro ventanal donde permaneció de cara al misterio, sobrecogido ante la espantosa retrovisión de tantas atrocidades en cuyas huellas había sangrado, como relejando inversamente la tragedia de una comunidad en cuya llamarada ardía, él, sin identidad válida, en completa soledad, enteramente ajeno a todas las víctimas que con él se pudrían, ajeno a sí mismo, atrapado en el vértigo de un desplome sin término.

Empezó pues del extremo por donde su acerba historia estaba a punto de concluir, remontándola torrente arriba, hacia los orígenes, hacia las raíces hundidas en vergonzantes desórdenes genesiales, para luego regresar, embadurnarse en los contemporáneos orinales políticos y, finalmente, ser arrojado a esa extrema medianoche de octubre, meollo de la fetidez, allí donde nadie parecía interesarse por su fuga, nadie, ni los heridos cuya agonía colectiva desbordaba los muros perimetrales, ni la doble guardia que eructaba guarapo en las esquinas. Su fuga no le importaba a nadie. Y Cándido Panamá se fue. Tampoco a él ya le importaba el miedo ni la gangrena ni los gusanos que le taladraban los tuétanos. Tampoco le importaba ya si los ebrios vencedores continuaban o no causando estragos en su familia, en su casa, en la tierra regada con su sangre. Era bien pasada la media noche cuando las tres enfermeras que subsistían en el hospital lo acomodaron cuidadosamente en una hilera de cadáveres.

Pocas personas aún íntegras quedaban en varias leguas a la redonda, entre ellas las tres enfermeras, las que venciendo el terror saltaban de sala en sala con el «Jesús» en la boca, paliando el desconsuelo generalizado tras el apresamiento masivo de las vísperas. Una, alta, espigada, anestesista, apodada Dalma, se reservaba la asistencia de la sala III, tumba ululante, refugio de numerosos rebeldes sobrevivientes de la derrota, en cuya salvación parecía empeñada a muerte. Las dos restantes, humildes chateras de oficio, habían cobrado cada cual en su sala múltiple rango. Y así, juntas las tres, más hermanas y madres que enfermeras, veíanse afrontando inauditos días de asedio y desamparo total.

Sus nombres golpeaban el aire nauseabundo, por momentos en alucinado coro, repetidos por decenas de voces plañideras. Pero entre tanto clamor esperanzado, en tan controvertido momento, era natural que tampoco faltase algún repudio. Provenía en efecto de unos pocos, diez o doce tal vez, moribundos casi todos, que viéndolas proteger a los rebeldes, barbotaban maldiciones repugnantes. Eran los pobres adictos a todo trance reclamando todavía el reconocimiento de peregrinos privilegios, sin lograr otra cosa que el lacerante espantaperros con fruición escupido por las bocas rebeldes. No sin razón babeaban de felicidad cuando uno de éstos amanecía cadáver, cosa frecuente, y ese goce les resarcía de la repulsión en que se consumían lentamente.

Nadie, por otra parte, piense en caridad ni misericordia. Nadie pierda el tiempo jugando con palabras vacías. El que afrontaban Dalma y sus inverosímiles chateras no otorgaba sitio a semejantes idioteces. Era opción temeraria, eso sí, aquel abierto desafío al miedo, aquel crudo enfrentamiento al crimen y a la muerte, sin más alternativa que resbalar al charco y pudrirse.

Ellas no vacilaron. A la saña contra el poblado en desbande opusieron el fuego de la voluntad salvadora, la osadía del amor verídico. Y sobreponiéndose a la masacre, a la desfloración de inocentes en plenas calles, al destrozo del pudor impúber y desuello de cueros cabelludos, a la devastación, a los saqueos e incendios, a todo el raudal de traiciones, ellas cogieron lo inasible, desenterraron el sepulto coraje, lo sacudieron de sus horrores y anduvieron con él a cuestras noches y días.

En pasados tiempos, iglesia y hospital solían ser sitios vedados al pisoteo de los punidores. Pero aquéllos eran otros tiempos. Al término de la abominable requisa, fin de la

insurrección, la jefatura vencedora se percató con rabia de cierta ridícula omisión: ¡el hospital regional! Y dos horas más tarde, acusado de encubrir a un peligroso montonero herido, el cuerpo médico completo mascaba quina en los calabozos.

El procedimiento había pisoteado por igual prestigio y esperanza. Todos fueron maniatados y puestos en marcha a punta de bayonetas, excepto las enfermeras que huyeron, avispadas a tiempo, abandonando sus puestos. Pero tres mujeres volvieron, una de ellas Dalma. Pasado el hospitalazo recuperaron la calma y resolvieron continuar en esa batalla sin lauros y sin tregua.

Y transcurrieron semanas de ominosa vigilia. Entre tanto, en el departamento de policía, los médicos permanecían callados. Al parecer, los novísimos métodos persuasivos fracasaban con ellos. Por otra parte, el éxodo en respuesta al terror implantado, lo complicaba todo. Y temiendo ver burlado el operativo montado para la captura del montonero prófugo, el flamante delegado del nuevo orden resolvió, como recurso extremo, convocar a todos sus servidores a urgente consulta. Fue en esa secreta y atropellada reunión que el siniestro sujeto a quien iremos conociendo, de dudosa jerarquía pero ducho en rastreos, torturas y otras yerbas, marcó la pauta que debía valerle buenos puntos en favor. Si le autorizaban otra rastrillada por el hospital, con personal por él mismo escogido, lograr la pista del sedicioso se le hacía una fija. Su seguridad sonaba a desafío, abonando la sospecha de que algún doctorcito le hubiese susurrado al respecto interín lo interrogaba. ¿Por qué no darle pues otra oportunidad?

Y así las cosas, para aquella jornada, vergüenza mayor inscrita en el calendario de la violencia, sea este destacado recuerdo.

Tristemente bello nació el sol sobre el cerro. Un claro día primaveral pudo haber sido aquél. Pero en la sala III, emergiendo del sofoco y la agonía, de pronto jadearon voces aterradas maldiciendo la tan presagiada reaparición. Dalma, permanente atalaya pese a sus muchas faenas, había dado el alerta. Y ahora, lanzada como un soplo a través de la sala, llegó a la cama VI donde un herido rebelde dormitaba.

-¡Pablo!, lo sacudió, te sacaré enseguida de aquí. Y corrió, regresando al punto con una inmunda bolsa destinada a ropas de cama usadas. Pablo despertó sobresaltado, desconociendo la única voz que podría llamarlo por ese nombre. La única porque fue Dalma quien lo recibió la noche del desbande cuando, destrozada la pierna por un proyectil de los perseguidores, arrastróse hasta la sala III. Se reconocieron entonces; habían compartido alguna vez un banco de colegio. Yo te conozco, susurró ella. Yo también te conozco, se alegró él, y ahora estoy en tus manos y debo confiar en vos.

Esa confianza fue gestando al rigor de la atroz realidad un sentimiento cada vez más hondo y de rotundo compromiso. Y al producirse la orden de captura contra el herido, ella hizo de su amor ingenio, de su deseo coraje. Salvarlo, salvarlo para ella o simplemente salvarlo; tal la férrea consigna impuéstase a sí misma convencida de que la vida de ambos era exactamente una sola.

-Metete dentro sin hablar, le impuso sin tiempo a decir más.

Y para qué hablar de sanguaza o lamparones ni hedores nauseabundos que contuviese aquella bolsa providencial, ni del suplicio de meterse dentro. Pequeño, descamado, cetrino entre penosos trapos no obstante ser el más entero de los sobrevivientes, Pablo se largó de la cama a la bolsa en tanto ya resonaban los múltiples tacazos en la entrada. Y Dalma, sacando fuerzas del miedo, deslizo por el patio con el bulto a rastra. Por pura suerte, o por sagaz previsión suya, los demás heridos roncaban boquiabiertos bajo el efecto de los piramidones abundantemente recibidos por la noche.

Uno con gafas negras y guardapolvos de médico entró seguido de un sartal de tipos con los sombreros puestos. Disimulaba mal su empeño. Todos olían a transpiración y a odio. Atravesó el pabellón un par de veces en muda y felina paseata antes de detenerse justo delante de la cama vacía, desde donde clavó ojos en todos, minuciosamente. Ninguna voz. Los heridos dopados seguían como muertos. Ningún gemido. Solo los moscardones, en zumbante zig-zag, prorrumpían de tanto en tanto. El visitante cruzó hacia el patio interior seguido del tropel. Silencio. Oscuros y agachados, en círculo, dispusieron allí a mascar cosas. Movíanse vacilantes, como cuervos, acaso rumiando la inconcreta imagen del perseguido. Entre tanto, desde el extremo opuesto del patio, sucio baldío, por un ventanuco tragaluz, Dalma observaba sus movimientos y escuetamente daba cuenta de ellos a Pablo.

-Ese tipo no es médico. Lo hubiera conocido. Además, un médico no andaría seguido de esos perros con sombreros. Esperá; miran una foto.

-¿Una foto? La noticia lo sustrajo de golpe de la repulsión que le causaba el recinto.

-Sí, una foto; la pasan de mano en mano; la observan todos.

-Sin duda, son pyragüés. Y estoy seguro de que allanaron la casa de mamá. ¡Miserables!

-Tranquilízate; parece que se van; ¡ojalá! Te envuelvo y voy a investigar. Vengo a buscarte cuando se marchen.

-En esta tumba colectiva, es fácil que me encuentres cadáver.

-Tené paciencia, querido; salvar la vida es parte de la lucha. Adiós.

Lo besó por encima del lienzo envolvente y salió empujando una camilla rodante abandonada allí luego de transportar con ella los restos de Cándido Panamá. Le extrañaba que desde entonces no hubiera fiambre en ninguna de las tres salas. La empujaba sin dejar de escudriñar. Habiendo perdido de vista a los advenedizos, le asistía la débil esperanza de que se hubiesen ido. Pero no. Al instante los localizó merodeando sin apuros. Dalma dio un envión a su inútil camuflaje, la camilla, dejándola al amparo de unos ligustros salvajes, vestigios de algún malogrado jardín, y cruzó la galería hacia la sala III. Los cavilosos huéspedes, al verla, se dieron prisa. No obstante, ella pudo mantener el artificio, avanzando entre las camas como si nada sucediera, en tanto reprimía todo visible signo de temor. Pero, pese a su sereno esfuerzo, uno de los tipos la alcanzó, le enganchó la mano en el hombro, y haciéndola girar, le gruñó en plena cara:

-Linda... ¿y el de esta cama? Y comenzó a manosearla. Al verlo rebosante de alevosía como un maniático, Dalma, azorada, atrapada, casi una prostituta frente al truhán, reaccionó con violencia rechazando el manoseo en tanto le decía airada: Ya no está; se ha escapado, ¿sabe?

-¿Escapado? ¿En qué momento?

La voz del tipo sufrió repentina agriera. Los vidrios ahumados de las gafas empañáronsele de ácido. Dalma, atosigada por los nervios y la hediondez dominante, sentía ganas de escupirle en la cara el bolo líquido que soportaba en la boca. Pero más valía dominarse o estropearía sus planes. Escupió en el piso y habló con algo de calma: Ahora, antes de que ustedes hayan entrado.

-¿Qué?

El huésped veíase como realmente escupido. ¿De modo que le estaba haciendo de campana y le avisó, verdad? Dalma se rió replicándole que eso ni falta haría. Él no precisa espías, le aseguró; es una antena viva...

-Y ¿cómo cree que nos reconoció?

-Por esos tacones de potro, seguro. Hoy por hoy, nadie más que ustedes los usa.

El visitante se enfadó exigiéndole que hablase claro, y Dalma, mofándose, mostró con un ademán las botitas reglamentarias, comentando: Ya no se necesita estrellas para merecerlas.

-Eso no le interesa, barbotó el otro; lo que sí va tener que decirme dónde está el de esta cama.

-¿No me cree? Le dije que se escapó.

Le saltaban los negros ojos, fijos en los cristales sombríos de las gafas.

Él no la creyó: ¡En pleno día, carajo, imposible!

Imposible, se burlaba Dalma por dentro, para los que piensan con anteojos negros. ¿Imposible por qué? ¿Por los perros de las esquinas?

-¡En pleno día, carajo! ¿Quién era el tipo?

Dalma lo miró, y con la solemnidad con que se nombra sólo a quien se admira, le respondió: ¡Pablo Gamarra!

Él sintió hielo en la sangre. Luego ardió hasta el rojo oscuro y explotó salpicando a los subordinados: ¿Parados allí? ¡A buscar, carajos! ¡A buscar, a buscar, a buscar! ¡Que no quede un puto agujero libre!

La máquina arrancó frenética, el vociferante sujeto detrás, en terrible carrera de fieras hambrientas, repechando sombras, husmeando antojos, de una sala a otra, de un rincón a otro, ¡de un agujero a otro!

Y todo en vano. Los minutos y las horas pasaron sin atisbo de pista alguna. Ya visiblemente atormentado hacia el medio día, el hombre de las gafas se secaba y reseca un dudoso sudor. ¡Imposible, carajo! ¡Pablo Gamarra sin rastro!

Cuando parecía no quedar sitio por hurgar, cuando a lo largo y ancho del predio sanitario todo era pisadura, alguien de la partida descubrió ¡ay! la camilla rodante emboscada entre los ligustros y un par de huellas frescas de misterioso destino. Las siguieron en tropa, desaforados.

El patio de la III asomaba al sur sobre una callejuela fangosa y hedionda. Cruzándola, en la oquedad de un vetusto señorío vegetal, cubriase de hiedra y musgo la traza de un pórtico en cuya parte menos verdinosa gracias al manoseo se leía malamente 'morgue'.

Semiderruida por la dejadez y el triste uso que le fuera asignado, la otrora bella mansión ocupaba un sector del vasto charco en que agonizaban los árboles. El cieno alimentado por los desagües del hospital llegaba a las paredes y se extendía a las adyacencias. Según refieren, moraba en ese abandono, además de los difuntos depositados por si acaso apareciese algún deudo, la contrita sombra de quien fuera su propietario, un afamado santero solterón y misántropo, perpetuo reparador de iconos de la parroquia local.

La sucia callecita, desahogo de un barrio gris, límite sur de un pretérito proyecto urbano, lo era ahora de una aldea con susto de ciudad, la misma que un mes antes aguantara la más cruel masacre a que diera lugar la hecatombe civil. Pasmosamente inmersa en su letargo postbélico, parecía como si la calleja inmunda la hubiese desmembrado del territorio histórico. Varias veces mártir y más conocida por su mala estrella que por su pomposo nombre, el que no quiero mencionar por lástima, cobijaba además de terror y desamparo una degradación brutal. Despojadores y prostitutas la dominaban al amparo de las armas triunfantes. Y entre los escombros y basuras de las calles, una no menos cruenta y cotidiana guerra se libraba, la guerra por matar el hambre y salvar la osamenta, guerra entre rateros armados y vampiros encumbrados por una parte, y una masa asquerosamente despojada y deshumanizada, por la otra. Niños mendigos y ratas invadían y unos y otros perecían apestados entre la infecta basura de los tugurios incendiados. Amargos y legañosos veteranos de dos guerras tiritaban de cara al lodo, como abrazados a la tierra que una vez creyeron salvar, pisoteados por los fantasmas de una generación sin rostro, por hombres reptiles paridos por culebras, por cristianos que confundían un lupanar y un templo.

Y a propósito de templos y cristianos, los domingos, las campanas herían desde temprano la rotunda paz impuesta por las balas. Un cura cicatero machacaba sobre el acatamiento. Y entonces, confundidos entre todo género de parias y malparidos, los héroes

atestaban la placita de enfrente llamada Libertad, matando piojos con los dientes podridos en espera del óvulo ritual. Las mujeres, viudas casi todas, de apellidos ilustres o anónimas, cargando con sus reumas hacia la casa de Dios, desviaban píamente los ojos de la lacra penante. Al centro de la plaza, verde de orín, la libertad de piedra. A una cuadra, la escuela. En las mañanas hábiles trepaba el canturreo del himno nacional, jamás tan falso y desfigurado como en los tiempos del odio.

-¡Vaya y dígame a esa puta que me traiga la llave!

El de la voz de mando inequívoca, hecho un coloso frente a la puerta de los muertos, braceaba feroz. Dos, los más próximos, partieron de un salto, disputándose el cumplimento de la orden dirigida a cualquiera, en una timorata carrera de perros amaestrados a fuerza de patadas, e irrumpieron en la sala III, donde un herido torturado por los gusanos clamaba el favor de la muerte. Dalma lo asistía, y de tanto en tanto miraba por la ventana al patio, hacia la morgue, angustiada por Pablo. Los belicosos emisarios la acorralaron jadeantes, la acosaron, la amenazaron, la rogaron. Y ella, demorando en lo posible la acción policíaca, les declaró con irónica benevolencia: Las llaves están con el director, en algún calabozo de Investigaciones. Así que vayan allá a buscarlas. Solamente él las puede entregar.

Entre tanto, el asco y unas ganas de reír y llorar a la vez le revolvían las vísceras, viéndose en la necesidad de salir al patio y vomitar. Lo hizo con toda intención delante de los sabuesos que no la dejaban, con fuerza y rabia, exagerando sus náuseas, hasta notar que la operación daba resultado. Y sólo cuando los sujetos retomaron la senda a todo humo dejándola, ella abandonó las arcadas para tornar al auxilio del moribundo, satisfecha con su ingenio pero sintiendo como un nudo en el pecho al pensar en el peligro que Pablo afrontaba y atribuirse cierta culpa por haberlo conducido allí. Miró nuevamente por la ventana hacia el repulsivo depósito. Tenía que inventar de inmediato un truco heroico capaz de desviar la atención de los perseguidores, ocupándolos por unos buenos minutos. Si pudiera convencer a uno de los heridos a escapar ahora mismo... Eso es... Ya lo creía de pronto resuelto. ¡Ya está!, se dijo; la cosa ocasionará suficiente revuelo y mientras...

No tuvo tiempo de concluir su propio pensamiento. Los dos individuos aparecieron de vuelta con renovada furia. Y ahora, el apremio fue brutal. Ante los gritos de Dalma escuchados desde las otras salas, sus dos compañeras corrieron a prestarle ayuda, pero el ominoso poder de la bestia se impuso.

-¡Carrera mar..., gramputa, carrera mar...!

A empujones y patadas, las tres viéronse obligadas a trotar hasta la puerta de los muertos. ¡Tráiganme aquí todas las llaves que haya... y pronto!, les gruñó el de las gafas negras al tenerlas delante; ¡o se abre la puerta o se abrirán las piernas... carajo!

Ahí y entonces, claro está, nada inicuo podía parecer exagerado. Las mujeres doblaron el sendero sumidas en los peores presentimientos, deshecha la moral y con las feroces sombras pisándoles los talones. ¡Carrera mar...!

En críticos minutos revolviéron cajones, estanterías y todo habido escondite, reuniendo un sartal de antiquísimas llaves, todas oxidadas. Pero qué importancia podía tener el que sean viejas o nuevas si de todos modos la treta iba a ser descubierta. ¿Y Pablo? ¡Carrera mar...!

Y sofocadas, más por odio que por cansancio, llegaron de regreso ante el mandón en medio de risotadas, patético anticipo de cualquier salvajada previsible.

Y el mandón se dispuso a abrir. A medida que probaba y reprobaba las llaves, fuésele la ira creciendo y traduciendo en sudor que le ponía cada vez más lívida la cara. Y las enfermeras, irremediabilmente atrapadas en medio de la abyección, veían con progresivo espanto, una a una, las inservibles llaves arrojadas al lodazal, sintiéndolas como si fuesen ellas mismas, probadas, manoseadas y arrojadas después hechas un asco, deshumanizadas, perdidas, confundidas con el cieno apestoso, drenaje putrefacto de todas las miserias.

Sin embargo, para sorpresa y súbito alivio de las infelices, ocurrió que el hombrón de las gafas, gastando sólo algunos de sus más soeces adjetivos, les declaró ser él también, pese a todo, un... varón. Y que por unción y respeto al recuerdo de su madre, santa mujer y no una puta como ustedes, les concedía la última oportunidad de rehabilitarse cooperando en defensa del orden constituido, entregándole debidamente la llave que les pedía, pues no deseaba violentar la puerta de los difuntos por consideración a sus ánimas, y pues que, según la certidumbre metídasele en la cabeza, el tal Pablo Gamarra, montonero con carta blanca en contra, debía estar oculto en ese lugar.

Y diciendo todo eso a su manera y otro tanto pensando, en material testimonio de su blandura de perro grande, se acodó contra la puerta para así, sin apuro, otorgando tiempo al tiempo, aguardar la respuesta a su benevolencia. Pero el tiempo, pésimo aliado en ciertos casos, esta vez fue peor. En efecto, con el peso de su huesuda humanidad, la mohosa madera giró sobre sus goznes, y el de las gafas, a fuerza de braceos y pataleos, fortuna aparte la suya, pudo evitar la patinada. La puerta estaba sin llave. El tufo escapado los abofeteó con la hediondez de veinte cadáveres. Huelga aclarar que el de suyo precario suministro eléctrico había también sufrido bajo el flujo y reflujo de los atracos, y que desde entonces, sin nada de hielo para la refrigeración, los despojos yacían hacinados como mazorcas en perchel, sin tiempo ni cuidado de ser puestos en cristiana sepultura.

El intrépido profanador hizo tapaboca con su pañuelo, peló un puñal de pie y pulgada que traía en la cintura y, ¡macho el hombre!, se detuvo unos pasos adentro echando ojo a cada uno de los blancuzcos envoltorios malamente visibles en la penumbra. Y a pesar de la putridéz que ahí se respiraba, ante el probable chasco y con el acre moco del papelón ya en el gznate, adelantose unos pasos todavía, y entonces, excediendo todo lo previsible, rasgó de un tajo la primera envoltura de la serie, y Cándido Panamá, que era él precisamente a quien se profanaba, le enseñó unos ojos vueltos y amarillos, una bocaza hinchada y oblicua, unos dientes de fiera muerta de hambre.

Y el puñal se elevó con rabia, cortó en media luna el caliginoso espacio, y, al hincarse con hueco toquido en el tumefacto abdomen, un chorro escapó, violáceo y viscoso, bañando al infeliz desde las gafas hasta las botas. Y éste corrió, huyó gimiendo a través del patio y

de la calle como si recibiese su propia puñalada, dejando tras de sí tal nauseabunda huella que jamás hombre alguno dejó en vida, y una rueda de caras descompuestas por el asco, la risa y el miedo.

Las últimas en irse fueron las mujeres, excepto Dalma. Ella se detuvo ahogando dentro del pecho un llanto de triunfo. Veía a los hombres alejarse y desaparecer uno tras otro detrás de la colina próxima. Y recién cuando el más alto de la partida se hubo perdido de vista pudo convencerse de que había concluido el episodio, uno más de la pavorosa pesadilla. Y antes de que otro comenzara, pues estaba segura de que la tregua sería breve, con borbotones de lágrima en la cara, irrumpió en el depósito donde Pablo Gamarra, uno de la veintena de bultos, con enorme ansiedad la esperaba. Puesta de rodillas y temblando, desató los nudos que aferraban la quietud sepulcra en que el tenso rebelde ardía. ¡Pablo, mi amor!, pudo al fin hablar ahogada por la emoción; cuando la vida es digna hasta los muertos la defienden; ¡se fueron, Pablo, se fueron! Y lloró con toda el alma en tanto ayudaba al herido a desentumecerse y levantarse. ¡Estoy vivo!, exclamó él como estallando; pero esta vida más te pertenece a vos que a mí, por haberla salvado y vuelto a salvar, exponiéndote como jamás he visto a nadie hacer; ¡Dalma, mi amor, soy tuyo!

Abandonaban el depósito hacia el tremendo camino de la fuga cuando Cándido Paná, amigo hasta después de la muerte, crujió de pronto dentro de su quebrantada envoltura, obligándolos a detenerse un instante junto al despojo apuñalado, y luego, en atribulado silencio que un hondo reconocimiento cargaba, traspusieron el umbral. Y la notable puerta rechinó nuevamente clausurando a la luz la estancia de los muertos. Una porción de esperanza se acababa de salvar.

- II -

La fuga

Un canto de gallo marcó medio día. Dalma no volvería hasta la noche. Las moscas verdes entretejían zumbonas a ras de los altos yuyos, lanzándose en furiosas picadas. Ni era eso un buen signo ni convenía que las vieran en tan intrigante revoloteo. Dos de ellas cayeron y acabaron aplastadas.

El escondrijo donde Pablo aguardaba, provisto por el sagaz y apasionado genio de la muchacha, resultaba admirablemente seguro pese a las moscas. Pero el sol apretaba. El tubo de hierro con medio siglo de óxido acumulaba la temperatura de esa brutal primavera hasta quemar la piel a través de la ropa. Inclinado y medio sepulto entre la maleza, tal una maltrecha pieza de artillería apuntando a una redonda porción de cielo metálico, lo estaba cocinando vivo. Parte, en su tiempo, de una caldera industrial muerta en ese lugar, según dicen, de muerte natural, sin que jamás prestara servicio alguno, su metal subsistía no obstante, mutilado parcialmente por ojerías de herrumbre, pero de pie, testimoniando heroicos propósitos malogrados, yacente en el sucio traspatio contiguo al de la morgue, en preterición perpetua.

Con lentitud enervante bajaba el sol. Al atardecer, la brisa paulatinamente fresca empezó a descender una y otra vez por el tubo. Y al cabo de un derroche de paciencia, en el redondo boquete se asomó el crepúsculo. Ya llegaba pues la noche, ya llegaba. Pero otra eternidad fue necesaria para que Dalma, sudorosa y fatigada, pudiera hacerle sentir su presencia.

-¿Qué tal estás?, escuchó Pablo a través de una suerte de tronera practicada por la herrumbre. Y él contestó que «fenómeno» con musitante ironía.

Dalma, dolida del ingente sufrimiento de su hombre, trató de animarlo anunciándole una aparente amenaza de lluvia. ¡Ojalá que no!, dijo él y tenía razón, porque entonces moría de frío dentro del tubo. Pero ella traía un plan definido. Tenés que salir, le dijo; partiremos enseguida. Pablo, por su parte, mostrose preocupado por la suerte de otros heridos rebeldes que debían ser salvados antes de que nuevamente cayera la requisa. Yo estoy relativamente bien, afirmó; traeme agua y aguantaré. Pero Dalma fue rotunda. No estás bien, sostuvo; dos días más y te viene la gangrena; eso si antes no sucede algo peor; pegaron afiches con tu foto por las calles; dicen que se ofrece diez mil por tu cabeza. Mucha plata por un trabajo tan fácil, se burló él; sin embargo aguantaré un día más. Entonces Dalma recurrió a otro argumento: Tu situación es insostenible, insistió; te buscan y tengo órdenes para sacarte de aquí enseguida.

Pablo guardó silencio. Sin indagar la certidumbre de tales órdenes, usó de sus menguadas fuerzas para zafarse. O el hueco estaba más estrecho o él bastante más hinchado. Al cabo de enorme penuria lo logró. Y en ese momento, Dalma, echada en tierra y bien a oscuras, emitió un quedo chistido en señal de peligro, viéndose él obligado a demorarse. Sólo un prolongado minuto después, con ayuda de una muleta que Dalma le tenía preparada, pudo dejar el escondite. Y ambos, él renqueando atrozmente y casi colgado del hombro de la muchacha, se deslizaron a través del patio y la calle protegidos por la oscuridad. Pablo ignoraba la causa del chistido que lo forzó a demorar la salida, mas nada dijo. El miedo era cosa real que obligaba a superar las dificultades sin palabras. Ahora avanzaban por malísimos terrenos, con el mayor sigilo posible, por lugares donde todo parecía muerto, hasta los perros. Solamente a lo lejos, de tanto en tanto, pedía oírse la aterrante vibración de un estampido o un grito perdido en la atmósfera. Los alcoholizados vencedores se ufanaban sembrando plomo sobre las huellas de los derrotados. Los sobrevivientes que no estaban en fuga yacían impotentes, igualmente beodos bajo el sopor del escarnio. Aparte de los tiros y gritos esporádicos, todo era silencio, paz de cementerio.

Detuviéronse al borde de un bajío maloliente, entre chatos arbustos y desechos de toda procedencia, amontonados y homogeneizados por las lluvias. Habían logrado en dura marcha recorrer cierto trecho imposible de precisar, aunque muy fatigoso. Y por fin, pese al cansancio, podían hablar.

-¿A dónde iremos?

-A tomar un vehículo.

-¿Hablás en serio?

-¡Sí, claro!

-¡Qué grande sos! ¿Un auto?

-Un camión arenero. Hará un viaje expreso para llevarte hasta la ribera.

-¿Dónde espera?

-En el arenal de Paso Pucú.

-¿Paso Pucú dijiste? ¡Como una legua! ¿Cómo llegamos?

-El camionero prometió ayudar pero puso sus condiciones. Nada mejor pude encontrar. Y tenemos que llegar hasta allá, Pablo, cueste lo que cueste. Es una orden.

-¿Podés decirme de quién?

Dalma sintiose de pronto lastimada y calló. También Pablo permaneció callado. En el fondo de su ruina necesitaba creer en la supervivencia de algún vestigio revolucionario, en alguna expresión viva, oculta, de la energía deshecha. Necesitaba aferrar en algo su esperanza. ¿Esperanza? ¿Quedaba acaso alguna en pie? Él no lo creía. Y sin embargo accedió a seguirle el juego a Dalma como induciéndola inconscientemente a mantener la fe por él perdida. Pero al final se le escapó una risa amarga. Dalma se violentó.

-¡Shhhh! ¿Pensás que se resignen con tu escapada?

Tenía razón. Los cazadores, acicateados por la anunciada recompensa, les andarían rastreando como lobos. Él, sin embargo, esperaba una respuesta y no la obtenía. La censura de Dalma, si bien oportuna, había caído justo para evadirla. De momento no pensaba en otra cosa, ni siquiera en el disgusto logrado con su impaciencia. En una legua de camino podemos caer diez veces, dijo; ¿no pensaba en eso quien te dio la orden?

Dalma guardó silencio. El súbito mal genio de Pablo la afectaba. Pensaba en la fatiga causante, la que, por otra parte, también ella sufría sin que por ello perdiese la calma. Estaba preocupada. ¿Habrían avanzado bastante? ¿Cómo de lejos estaría el arroyo? Quiera Dios que no perdamos el rumbo, susurró. Y de pronto, ¡shhh!

Paralizáronse olvidando toda cuestión anterior, y hechos un haz de sombras entre los ásperos arbustos, trataron de captar nuevamente el ruido que acababa de producirse. Avanzar sin aclararlo era como entregarse. Y de inmediato, muy cerca del hueco donde atisbaban, otro similar se hizo sin que tampoco ahora lograran el origen. La ansiedad apretaba en tanto huía el tiempo. ¿Qué hacer? Al poco rato, surgiendo de los arbustos, dos orejas pardas, altas como espadañas, aparecieron; enseguida un brillo turbio de ojos y una borrosa forma animal de tamaño algo mayor que un perro grande.

-¡Es un burro!

-¡La salvación!

Dócilmente, el borrico se dejó atrapar y montar. Dalma quitose el cinto de la ropa, lo aplicó a modo de brida y tiró de él en lento trote a través del silencio. Los minutos, estirados como siglos, llenáronse de pasitos apremiantes.

Ya perdían la cuenta del tiempo que llevaban andando. A medida que se alejaban del terror habitado, hubiese sido de esperar algo de calma, pero el miedo marchaba con ellos, pegado a la piel y susurrando en el aire. Dalma tiraba y tiraba; Pablo azuzaba al pobre burro más y más. Impaciente por momentos a causa de la lentitud, Dalma probaba empujando la grupa y el animal parecía comprenderla. ¡Cuánta paciencia! La marcha iba de a poco haciéndose más dura, la llanura más abrupta, la oscuridad oprimente, los minutos hostiles y dilatorios. De pronto, en el borroso horizonte, un perfil de bosque apareció. La marcha se contuvo expectante. ¿El arroyo? ¡El arroyo! ¿O estarían siendo juguetes de la ansiedad? A propósito, nunca habían estado en tal arroyo ni conocían su ubicación exacta. Ella pasó sus años en el redondel poblado. En cuanto al comandante de montoneros, aunque nativo del lugar, lo era del lado de los cerros, razón que lo indujo a preferirlo para sus operaciones, no habiendo incursionado jamás hacia esos bajíos que ahora osaban atravesar. ¿No serían pues víctimas de alucinaciones? Porque la cresta forestal aparecida en el remate de un cielo de plomo sucio comenzaba a desplazarse por delante, alejándoseles a medida que ellos avanzaban. ¡El arroyo! ¡Paso Pucú! Y continuaban trotando, persiguiendo la larga sombra cuyas crestas arbóreas concretaban por momentos formas apasionantes. Pablo, cuyo estado febril había empeorado con el estropeo, sudaba copiosamente. Y la ventaja de ir montado sumaba al dolor de la pierna tumefacta una quemante opresión en los omóplatos. Los ojos fijos en la distancia también dolían. La boca seca de tragar jadeos, ideas hostiles, sorbos de sombra, también dolía.

Ya Dalma no se aventuraba a precisar lo que todavía les faltaba por andar. Sólo tiraba y tiraba. ¡Cuán inmensa la noche en el país del miedo!

Fue en lo más depresivo del trayecto que el burro empezó a resoplar aterrado negándose a dar un paso más. Pronto, al hundírsele los pies en una orilla cenagosa y tibia, Dalma comprendió lo inútil que sería insistir. Tendió las manos palpando el contorno de torvas cortaderas en cuyos dominios acababan de caer. Ninguna duda tenía. Estamos en un pantano, dijo tristemente. Y de inmediato surgió en ambos la ingrata idea de tener que renunciar a la caridad del burrito. Pablo reaccionó impaciente:

-¿Podré saber alguna vez por qué escogimos este estupendo itinerario?

-¡Pcccciiiiuuuuu!

La respuesta la dio un fiero proyectil que pasaba rasante, un tiro de fusil de procedencia no muy lejana.

-¿Nos habrán visto?

-Imposible; más creo que tiran por sentirse seguros. Además, eso prueba que el arroyo está cerca.

-Sé que en la zona hay un acantonamiento o algo así.

-¿Por qué lo decís?

-Entonces, ¿por qué no me advirtió el camionero?

-No lo sé. Me dijeron que está sobre una loma. Lo formaron hace poco.

-Me pareció que el proyectil venía de nuestras huellas. ¿No será que nos vienen siguiendo?

-Pudieron sentirnos cuando lidiábamos con el burro.

-Entonces están cerca. Tengo miedo, Pablo.

-Según creo, no nos queda más remedio que avanzar.

Ambos ignoraban la distancia que los separaba de la loma, que en efecto estaba cerca, que merced a la oscuridad se salvaban de ser vistos desde lo alto, que en lugar de acantonamiento era ésa una pequeña aldea abandonada por sus moradores naturales y ocupada por gente armada. Tratábase de una suerte de voluntarios fanatizados desde el seno materno en un morboso odio a los que llamaban rebeldes.

Vacilaban entre soltar el burro o bordear con él de algún modo el pantano cuando otro disparo de fusil, éste bastante próximo, los obligó a lanzarse al cruce, único escape posible. De entrada, el agua fangosa les llegaba a las ingles y la hirsuta vegetación los cubría enteros. Por fortuna, el fondo ofrecía cierta solidez y pudieron avanzar tanto como la circunstancia les permitía. Y otro tiro acabó con cualquier ilusión que se hiciesen. Perdimos la cuenta del tiempo, susurró Pablo zancajeando asustado; está amaneciendo. Dalma miró al oriente y tembló: ¡Nos vieron! Avancemos cuanto podamos, la animó Pablo; no creo que se arriesguen en el malezal; más vale, tratarán de cazarnos desde la orilla; debemos continuar hasta encontrar un amparo. Dalma murmuraba como rezando: Gracias a Dios hay viento; el movimiento de las hojas nos ayudará.

Ya no caminaban; se arrastraban. Y en tanto menudeaban los tiros, ellos hacían lo imposible por alejarse. Pablo, que reptaba adelante, empezó de pronto a sentir agudos dolores causados por el agua sucia que le anegaba el yeso de la pierna. Ya la aurora iniciaba su lenta expansión por el cielo que pasaba de plomo a marrón y rosa, aunque en el fondo del cortaderal fuese todavía noche. Ahora, a través de la maleza, podían entrever la sombría línea vegetal del arroyo. ¡El arroyo! No parecía distar más de un kilómetro, demasiado para la urgencia que vivían. Pablo se detuvo y habló al oído de Dalma: No podré seguir; si nos capturan será por culpa mía, y no es justo que vos caigas. Acordate que salvarse es parte de la lucha. Es tu deber hacerlo. Dalma no pensó para replicarle: Mi deber está a tu lado. ¿Te olvidás que soy responsable de tu vida? No lo repitas. Tomó la muleta que Pablo llevaba a

rastra, se la aseguró al torso con el trozo de cinto que había quitado al burro, y tiró de ella ayudando al compañero a seguirla. Al rato éste insistió: Ya no puedo, Dalma, comprendeme; tu vida es tan importante como la mía; salvate vos.

Se detuvieron. Dalma sacó del corpiño un pequeño lío en cuyo interior guardaba unas grageas: Es piramidón; te calmará por unas horas, fue su respuesta. ¡Piramidón!, repitió Pablo con alivio. Ahora, el problema era con qué tragarlo. El agua en que chapoteaban apestaba. Tomalo con un sorbo de orín, le indicó ella. Y en tanto él se disponía a lograrlo, Dalma trató de asomarse a ras de las cortaderas y escudriñar. Casi al instante volviose al barro con emoción en los gestos:

-Hay un refugio más adelante, dijo; un matorral de güembé.

-¿De veras? ¿A qué distancia?

-Cerca, como a diez metros, veinte tal vez.

A Pablo se le cortó el orín. Pero había llegado a tragar la pastilla. Vamos a ganar ese refugio, dijo, si hay güembé es señal de que la tierra es firme.

Clareaba velozmente. Entre las cortaderas, a rato chatas, dos sombras como reptiles deslizábanse penosamente sobre el barro fétido, sobrecogidas a cada ruido causado por sus propios movimientos o por la brisa entre las cañas. Sufrían lo indecible por alcanzar el matorral cuando una nueva rociada de plomo los dejó quietos, casi pétreos. Pero esa quietud, plagada de latidos angustiosos, ya no podía durar más que el instante del susto primero, pues en tanto nuevos tiros estallaban al aire, sacudiendo el barro, el cielo, haciendo blanco en cualquier parte sin puntería fija, ellos continuaron ganando centímetro a centímetro la cercanía del matorral. Pablo estuvo en lo cierto al suponer que los tipos preferirían sembrar balas desde la orilla antes que aventurarse fango adentro. Silbaba el plomo abriendo claros entre las hojas finas y lacerantes. El fondo, felizmente, comenzaba siendo más firme, ya no légame, lo cual sumaba una gota de alivio, poco o nada válido en un mar de desesperación. Reptaban tragándose sus nervios, su miedo, sus esperanzas, dilacerados y sangrantes, y de pronto, los doloridos dedos de Dalma crispáronse al asir un áspero tallo rastro: El güembé, musitó. Pablo llegó tirando de su pierna enyesada como de una carga odiosa. Los pajarillos festejaban el arribo del sol cuando la maltrecha pareja se introducía en la carpa verde, verdadero hogar dándose el caso. Por suerte, debajo del güembé no crecen las cortaderas. Un pasto claro y blando se les ofrecía, casi un mullido tapiz. Entre matas y matas bien tupidas había lugar para dos cuerpos resignados a una indefinida vigilia en compañía de mosquitos, jejenes, sanguijuelas y alacranes, únicos libres y en paz en esa hora de muerte.

A poco de haber nacido el sol, comenzó el viento a castigar el fango. Primero a remezones, arremolinando la alta maleza. Después ya era el diablo batiéndose con su sombra a lo ancho del madrejón.

Finalmente llegaron voces; voces entrecortadas; a veces claramente audibles; hamaqueo de voces entre la orilla y el matorral, tal vez un centenar de metros, tal vez dos. O tal vez la

fatiga magnificaba la proeza de conquistar palmo a palmo el barro. Repentinamente, una voz muy clara se hizo oír:

-Me parece que viste algún pora.

Y otro remezón de viento la devolvió haciéndola volar en cualquier dirección. Pero al rato llegó otra voz:

-Allá no entra ni las vaca..., chamigo; e un caruguá; si queré, metete vo; yo, en la puta vida...

El viento.

-Para entrá ahí se tiene que sé loco o se tiene que sé rebelde. ¡Eh, mirá eso!

-Un burro.

-Con un trapo en la boca.

A Dalma le dio un brinco el corazón. Con la premura, no pudiendo desanudar la brida, la había cortado dejando el trozo en la boca del burro.

-Eh, ¿nunca pio vite un burro que come trapo?

-Alguno sí, por ejemplo vo...

El viento abatió una risa sorda, de borrachos. Alivio. Por otra parte, debajo del güembé, la tierra parecía ceder. En los huecos, debajo de los cuerpos, brotaba tibia el agua. Dalma empezó a alarmarse: La tierra es falsa, dijo. Paciencia, si vive el güembé, viviremos nosotros, repuso Pablo en un susurro. Su muleta y los troncos rastreros en que se apoyaban quedaron debajo del agua, prueba de que a cierta profundidad yacía la arena movediza que mencionaban las voces: el caruguá. Valor, mi vida, viviremos, animola Pablo que ahora mostraba notable mejoría de espíritu, signo de que el terrible dolor había pasado. En eso, una voz nueva llegó con claridad, una tercera voz. Llegaba sumándose a las otras.

-¿Encontraron algo?

-Un burro.

Desde el escondite podían ver el sol que subía de prisa. Aunque no veían los persecutores, los imaginaban trasnochados y brutales, con los fusiles listos, al acecho para matarlos. La nueva voz insistía:

-¿Todavía pio no encontraron nada?

-Ya ve, solamente un burrito, tu pariente...

La risa se generalizó. Podían imaginar las caras descoloridas, las barbas ralas y crecidas, el olor a guarapo. Repentinamente, cerradas descargas retumbaron en la loma. Siguieron luego varias ráfagas y el eco de uno y otro grito. Ahora conocían la ubicación aproximada de la loma de donde llegaron los primeros tiros y más tarde los cazadores. Desde el refugio pudieron distinguir el trote del burro a fuerza de culatazos. Convenciéronse entonces de que durante el día, desde la loma dominaban totalmente el pantano. El burro empezó a galopar. Vibraban los cerrojos en la corrida. Uno que permanecía en la orilla gritó:

-Para qué llevá ese burro...

-E burra, boludo...

El sol se daba prisa. Debajo del güembé, el viento jugaba con la ropa andrajosa de Dalma. El mismo viento que le secaba la ropa trajo de pronto una risa, después un silbido desentonando cierta polquita de moda, el silbido del que había quedado de guardia en la orilla. Podían imaginarle perdidos los ojos en la distancia, las manos en el cerrojo listas para el tiro mortal, la cara deshumanizada, la ropa inmunda; un miserable con olor a sangre. Ambos, instintivamente, se buscaron para protegerse. El cuerpo de Dalma buscó al de Pablo. Y éste la abrazó suavemente, oprimiéndola contra sí. Ningún dolor sentía en ese momento y sus nervios vibraban al contacto de la piel amada. Ni miedo, sólo deseo de ser fuerte y poseer ese cuerpo de latidos ardientes. Tal vez ésta sea nuestra última cita, le musitó al oído; te amo, Dalma; te amaré hasta morir.

-¡Mi amor!

Húmeda flor en el pantano bajo la luz temprana, dulcemente se abrió. El viento salvaje pirueteaba sacudiendo la cola en el matorral. ¡Gracias al viento!

- III -

La palabra empeñada

El alba sorprendió a don Cátulo Mencia, camionero, al tiempo que vaciaba parte de la arena cargada en Paso Pucú. Lo hacía de modo que aparentase un accidente, soltando una de las tablas de la parte trasera. Cien metros arriba se veía la carretera por la que no sólo circulaban placentas en fila india, con atuendos de sueño interrumpido, de risas resignadas y pesados canastos mandioqueros, sino también soldados, de tanto en tanto, esqueléticos, provenientes de la unidad militar cuyas luces todavía pestañeaban a menos de un kilómetro del arroyo, en pleno campo.

La arena se escurría sola pendiente abajo. Por un momento, los ojos del pensativo y preocupado camionero dejáronse llevar por la arena, deslizándose con ella sin ruido. Enseguida, la duda comenzó moviéndole las pestañas. Salía el sol y el pasajero no aparecía. Ahora entraba a sospechar de sus propios cálculos. El riesgo crecía con cada minuto que pasaba. Pero él había prometido esperar y cumplirá. Tal vez ni puede caminar, pensó. Sus

ojos escaparon de la arena en dirección al sol. Si está convaleciente, llegará, concluyó. Puso la tabla y el chorro se detuvo. Llegará. Y fue a la cabina por una pala. Esos tipos nunca se rinden, persistía. Habiendo sido visto allí detenido desde la madrugada, debía decidirse a usar la cabeza. Pensándolo, subió a la cabina e hizo aparentes intentos de poner el motor en marcha, varias veces, omitiendo el contacto eléctrico. La máquina zumbaba penosamente sin arrancar. Un soldado se detuvo, fusil apoyado en tierra, orinando o haciendo como si orinase. Don Cátulo sonrió. Sacó la lona del asiento y tendiéndola debajo del cárter, tirose encima con una bolsa de ruidosas herramientas. Al minuto oyó pasos y un saludo: Mba-éichapa. Un gruñido respondió entre golpes de llaves y tuercas. El pobre hombre resoplaba en evidente forcejeo. Pero el soldado, con su bien campesino acento y dulzona amabilidad insistió: ¿Se te decompuso pio?

Ahora, la respuesta fue un salvazo. Siguieron resuellos y retintín de llaves. Desde abajo podía ver la culata del fusil y la bocamanga del pantalón verdeolivo. El soldado, guiado por natural curiosidad, púsose en cuclillas tratando de ver, obligando al camionero a tomarse con las tuercas del costado opuesto a más no poder y ocultar el rostro. Las aflojaba y ajustaba muy seriamente. A cada golpe de llave, los músculos le cimbraban. Aspiraba y resoplaba con angustia. El indiscreto pasó sigilosamente al otro costado, llegando a entrever una cara bastante tiznada de grasa negra, por lo que se avino a comprender el verídico embarazo del hombre, y en honesta aceptación del silencio, se alejó por el arenal a zancajadas. El sol había dejado la cima del cerro. Don Cátulo se fijaba desde abajo en las huellas profundas, como pequeños cráteres, dejadas por el soldado sobre la arena. Este volverá, se dijo amasajándose los riñones; aunque sólo sea por instinto, volverá; bueno, creo que cumplí hasta donde pude. Y lanzando las herramientas, salió. Pero al tratar de levantarse de un salto, los dolores le frenaron el ímpetu, y cayó.

Andaba por los sesenta y algo, con varios hijos, todos en rebeldía contra la furia gobernante. Merced a su edad y alejamiento de las aventuras políticas de los jóvenes, andaba suelto. Su ancha y canosa estampa nunca era vista en cosas de compromiso. Ni bien logró dominar las molestias lumbares, dispúsose en serio a partir, pero, increíblemente, esta vez la falla del motor no fue broma. El zumbido inútil del arranque hacía girar cada una de las cabezas que se sucedían por encima de los arbustos de la carretera. Apretó quince, veinte veces, y la batería entró a flaquear.

Invadido por las conjeturas, don Cátulo se dejó estar sobre el asiento buen rato. Si no ha llegado es porque cayó, pensó de pronto con susto; ¿y si llegara a cantar? Apretó el botón con ansiedad una vez más, y nada. Un tanto abrumado, tomó entonces la manivela, bajando de la cabina con dificultad. ¿Y si llegara después de mi partida?

La duda le salía de adentro como un eructo. Sintió freno en las piernas y se detuvo pensando, hasta que, enfadado consigo mismo, se le fue al motor. Así que responsable y patriota, se dijo: ¿Qué podía saber él si el tipo no habría alterado el plan? Sin embargo, tal vez él insistiría esperando. ¿Pero por qué no arranca? Lo dijo en voz alta en tanto levantaba el capot.

Inspeccionó el paso de corriente, el paso de nafta, el carburador: ¡Está seco! No lo podía creer. ¿Será que el tanque pierde? Fue a destaparlo, y no; el tanque estaba casi tan lleno

como cuando dejara el surtidor, en la víspera. Tamaña dificultad apartole de la mente al herido y sus conjeturas al respecto. Por más de media hora se pasó chupando conductos, preocupado, sudoroso, hasta que finalmente volvió a decidirse por la bolsa de herramientas. Esta vez, nada de simulacros. Ante la ironía cruel y subversiva, el espíritu de compromiso comenzó a resentirse vivamente. La probable patraña de que sentíase objeto, a su edad, con tanta sinceridad y sacrificio empeñados, poco a poco lo sublevaban. Sus íntimos sueños de liberación empezaban a resultarle ridículos. Y terminó riéndose a solas, a carcajada, recuperando por fin cierta tranquilidad.

Buscó la lata vacía que habitualmente llevaba debajo del asiento y chupó nafta, desarmando luego el carburador y aplicándose a lavarle cada piecita, cada válvula, soplándolas, chupándolas, mirándolas a trasluz en tenaz lucha contra el polvo y armándolas de nuevo paciente y minuciosamente.

Habían pasado varias horas más. Ahora, el sol le caía a plomo sobre la nuca y los merodeadores ya no estaban. Acabado el trabajo, controló el radiador, tomó la lata y bajó al arroyo. El tiempo corría como el agua, pero el camionero, cansado, dolorido, veíase insensible al tiempo. El agua, liviana, turbia, servía igual. La bebió con avidez de bestia sedienta, hundiendo el mentón en el torrente. Luego se empapó la cabeza y el torso. Y ya de regreso cuesta arriba con la lata llena y todo él chorreando, sintió como si el agua bebida le cayese mal, razón por la cual, atendido el radiador, resolvió tirarse algún rato sobre el asiento de la cabina. Allí, su olfato le recordó del paquete que traía en la guantera. Al abrirlo, el hambre se le desató violento. De tanta desazón se había olvidado del estómago. Y temblándole algo las manos, llevose el bocado a los dientes con fruición. Comió varias galletas y un trozo de carne, quedándose dormido con el último mendrugo sin tragar.

-¡A la puta! Todavía pio...

Viéndolo dormido, se calló. La impertinente voz despabiló de golpe al viejo, quien, al reconocerla, acentuó sus hondos y largos ronquidos. Era la media tarde. Este tipo me controla, pensó en tanto fingía. El soldado observó el capot aún levantado por olvido, la mano y el brazo que cubrían el rostro dormido, todo sucio de grasa negra. Advirtió además la permanencia del camión en un mismo lugar, sin haberse movido un centímetro pese a tener la carga completa desde la mañana. ¡Qué problema!, exclamó para sí, ¡pobre infelí! Y antes de sumarle al agobio la molestia de su presencia armada -que esa conciencia cargan algunos soldados-, resolvió continuar su camino a la unidad. Tan convencido y apenado iba que prefería, para evitarle naturales pesquisas y otras cuestiones, olvidar su presencia en el paraje al presentar el parte.

- IV -

De la pesca y los pescados

Roto el frente por conflictos de predominio entre sus propios conductores, algunos más temerosos del triunfo popular que de la derrota, las acosadas milicias civiles desbandáronse

dejando dolor y pánico en las poblaciones rurales donde la esperanza había cobrado forma activa durante el tiempo compartido con las fuerzas insurrectas.

El éxodo arrastró al campesino, miseria a cuestas, rumbo a la ciudad o al extranjero. Los paupérrimos barrios abarrotáronse. Y el hambre salió a mostrar los dientes por las sucias calles.

Algunos, los menos relacionados a causa de la indigencia, buscaban asilo a orillas de los arroyos o ríos aledaños donde la naturaleza todavía demostraba algo de prodigalidad. Bagres y bogas bajaban por las oscuras aguas a paliar el hambre de los parias. Los campesinos más listos, armados de un par de remos Dios sabe cómo, escogían las fronteras fluviales, donde se instalaban a la insólita pesca de fugitivos, los que, al amparo de las noches y las tormentas, caían de tanto en tanto, pagando lo que tuvieran por cruzar el río.

Cirilo y el rengo, dos de esos pillos rurales, expertos en poco tiempo y en dudosa sociedad, hicieron puerto de embarque en cierta parte no tan accesible de la ribera sur, riacho de por medio, a un kilómetro escaso de cierta unidad armada, abonando la tolerancia con soplidos oportunos y supuestos. No podían hacer casa, porque un rancho cualquiera les reportaría derecho de ocupación. Pernoctaban a la intemperie. Pero en los comienzos, cuando los prófugos asomábanse a razón de uno o más por noche, Cirilo subía al pueblo bien forrado, visitaba el prostíbulo de una tal Ña Juana Overa, compraba butifarras, caña, yerba, cigarros, y regresaba, a veces hasta la orilla para regocijo del rengo, a veces hasta donde la borrachera se lo permitía.

Todo empeoró bruscamente con la estúpida providencia de los gendarmes de la otra orilla bloqueando el ingreso de los fugados y devolviendo algunos al punto de partida. Desde entonces, el pasero Cirilo y su amigo rengo, un tanto peores de humor cada mañana, cada noche más tristes, más harapientos y enfermos con los meses, aviniéronse a hincar uno que otro bagre, hervirlos en el parapití, y sin sal, sin pan, tragarlos y tumbarse.

Fue en una de esas, acaso la peor noche, que a Cirilo se le pusieron los ojos duros de insomnio. Algún presagio lo poseía; alguna oscura remembranza. Y próximo al alba, del todo desvelado, decidió hacer fuego. A la luz de la primera llama, con la importancia, tal vez, con que se cuenta días de vida, contó los últimos fósforos que le quedaban. Puso el Parapití sobre la llama. Y yéndosele el ojo hacia el rengo ahí dormido, le envió un puntapié sin importarle la parte en que se lo daba. El infeliz retorcióse sin comprender lo sucedido hasta que pudo despertar. Y entonces, el dolor se incorporó al hilo argumental de cierto succulento sueño interrumpido por la patada. Enfadado, oprimiéndose el estómago agredido, farfulló: ¡Increíble! Se arrastró junto al fuego, miró por encima de las humosas llamas hacia las barrancas. El viento sur azotaba sin freno haciendo estallar las estrellas entre las ondas del río.

-¿Qué soñaste o qué?

Ambos casi ancianos, uno más acabado que el otro, estaban acostumbrados a dormir poco o nada debido a los mosquitos y al lúgubre rumor de las tripas. Esa noche, el rengo

había dormido como nunca, desde el crepúsculo. Esa, más que otra cosa, sería la causa del pésimo humor de Cirilo. Lo envidiaba.

-¿Qué soñaste o qué?

-El asado, esta ve el asado, y con mandioca. ¿Para qué pio me depertaste?

A la agónica luz del fuego, Cirilo lo miraba sin decir 'A'. El rengo gemía.

-¡Claro! Comiste el asado; comiste demasio.

-¿So etúpido o qué lo que tené en tu cabeza?

Cirilo escupió en la brasa y atizó las llamas. El rengo parecía realmente enfermo. Sufría de verdad. A Cirilo, repentinamente, le asustó la idea de que se le muriese.

-Entonce pué, ¿qué te pasa?

-El hambre, infelí; el hambre. ¿Vo pio me depertaste?

Cirilo volvió a escupir en la brasa. Estaba visto que el rengo ignoraba lo del puntapié.

-Te va hacer bien un matecito caliente. Pero no tiene yerba; puro yuyo nomá. ¿Queré uno?

Los dedos ganchudos del rengo atraparon el mate, recibéndolo una y otra vez. El agua hervida subía por la bombilla de lata quemando. Él, no solamente lo soportaba sino además lo gozaba arrojando un vaho denso después de cada trago.

-Parece menta.

-El zumo te va sanar. ¿Un naco?

El dolorido cortó con la parte no podrida de la dentadura la punta del cigarro negro del lado no quemado, devolviendo la sobra. Comenzó masticándolo despacio y aceleraba a medida que el sabor le invadía las glándulas, surgiéndole la saliva abundante. Escupió. Se frotó la barriga.

-Toy mejor, mucho mejor. Pero, ¿para qué me depertaste?

-¿Yo pio acaso te deperté? Güeno, mejor, así hablamos.

-¿Hablamos de qué? ¿Al pedo nomá?

-Tengo una idea.

-Dejate de joder. Por causa de esa idea ya andamo así.

La dolencia del rengo, debida simplemente a la patada de Cirilo, cedía. Este, que le espiaba el semblante a la luz del fuego, se tranquilizó.

-Tengo una idea en serio, nada de montonera; eso ni loco.

-¿Qué clase de idea entonces? Decí nomá. Sudor del perro de balte, seguro.

Sin embargo, en rengo se puso serio y escuchó. En su rostro lucían los diabólicos cabrilleos de la llama, rosa y violeta sobre el amarillo sucio. Cirilo chupó unos mates más a tragos gruesos. Eructó. De pronto le dio por hipar.

-Me parece que ya dormiste demasiao -hipó-. Y como vo tené habilidá con la carimbatá, me antoja que te conviene esta madrugada oscura. Alí está la idea. Por si acaso sale uno grande, carneamo y vendemo como si juera surubí. Seguro que vendemo. Total, nadie sabe quién somo.

-Carimbatá no se come. Carimbatá no vale para vender. Pssshhh, yo creía que alguna cosa seria tenía en tu cabeza.

-Te digo que nadie sabe quién somo.

El rengo avivaba el fuego. Quedose pensativo. Se diría que reflexionaba. Volvía la cara de un lado a otro esquivando el humo. De golpe reaccionó:

-¿Vo pio quién so últimamente? ¿Mi patrón o qué? Así que yo me mojo el culo... ¿y vo? ¿Qué vasa hacer mientratanto?

-Tengo una idea.

El rengo se rió con una risa agresiva, procaz. Sin embargo le corrían lágrimas, lágrimas amarillentas a la luz de las llamas. Las limpió con la mano forrada de mugre perpetua. Y volviose a reír amargo, tartajeando:

-Así que... otra idea, otra zoncerada seguramente.

Y guardó silencio. Los labios le temblaban. La cara toda se le contraía en un mohín de infinita tristeza.

-Una lástima que no so prebero. Si era, le podía macanear a mucha gente por plata. Pero no so; so una porquería nomá, como yo.

Hablaba con voz tiplada, entrecortada, conteniendo el moco. Y el otro, contagiado de tan súbita amargura, también cayó al borde del sollozo.

-¿Qué via hacer? Se nace así, con mala suerte. Yo no tengo la culpa. La partera luego nio ya le dijo a mi mamá...

-¿Y qué lo que le dijo?

-Le dijo, cuando me vio nomá, ¡ayjesunga!, la cabeza cupió tacurú, la barriga anguyá letrina, y la pata ¡ayjesunga!, la pata catu tajhachí coguá che ama, eso vaser tu hijo, tajhachí, jajajajay...

La risa de ambos, débil, insignificante, apenas levemente diseminada, se extinguió aplastada por la humedad, como el humo del agónico fuego.

-¿Y por qué no so tajhachí entonce? Así, anquesea tenía un número de lata. ¡Tajhachí número tal! ¡Presente! Y le metía garrote a lo prójimo.

Carcajeó una risa como de asco. Y un silencio humoso se tendió entre ambos.

-¡E claro! Entonce hubiera sido perro, pero hubiera sido mejor. Nunca vi un tajhachí limosnero. Pero mi taitá no pensaba en eso. Me parece que le estoy oyendo: Este e mi hijo porque e patudo, tiene sangre de capuerero, va servir para tumbar lo barbecho... Y aquí me tené... ni capuerero ni nada; una mierda, igualito que... güeno, somo iguale.

El rengo tenía la mano en la boca como perro mordiéndose el pique. Permaneció así buen rato. Cirilo insistió:

-¿Por qué no te dejá de joder y agarrá mi idea?

-¿Otra ve pio con tu idea?

Apoyándose en la muleta que usaba como almohada, se levantó poco a poco. La grotesca figura que iba formando en la semi claridad, a medio pararse, pierna y muleta apuntalando un tronco famélico rematado en enorme cabeza enmarañada y cerosa, ojos perdidos en las cuencas, boca desdentada de sapo, era la de un trágico espantajo.

-Decime primero que vasa hacer vo.

Cirilo, las sarmentosas manos como pantallas contra el fuego, contemplaba con una suerte de asombro ese adefesio humano, su compañero de penurias que apenas podía con su espequeto, harapo abandonado tras la derrota, juguete de la iniquidad, imagen del desamparo. El viento sur agitaba las llamas y las greñas. El rengo alzó la voz repitiendo:

-Decime primero que vasa hacer vo.

Miráronse como dos perros vencidos. Los unía el fuego. Nada más tenían en común a no ser la desgracia de haber nacido.

-¿Yo? Yo nio sé lo que via hacer. El hambre co e mal compañero, ¿sabé, pa? Y yo no tengo solamente hambre sino también se y ni una esperanza de conseguir un trago. Pero via procurar.

El rengo continuaba de pie contra la noche. Lo flagelaba el viento. Su única pierna parecía pronta a doblarse. Nada fuerte había en él, salvo la muleta. Se aferraba a ella como si fuera la vida. Cirilo daba por descontada la aceptación final de su idea. Miraba esa cosa con suma resignación y le hablaba como haciéndolo consigo mismo ante el turbio espejo de la inconciencia.

-Mientratanto que vo clavá carimbatá, yo pesco aquí por si acaso. No sé por qué malicio que algún desajuciado va caer.

-¡La puta qué oscuridá!

-Puede ser nomá que haiga alguno con vida.

-¿Lo carimbatá?

-No, vyro; lo rebelte desajuciado. Hace mucho que no vemo, ¿ayé pa?

-Hace mucho. ¿Qué pa será lo que pasa?

-¿Qué pio va ser? E que ya no pasa ma nada. Iba pasar, ¿sabé pa? Así co e la política. Se acabó, ¿sabé pa?

El rengo comenzó rascándose la cabeza, luego la panza, la nalga, la entrepierna. Cirilo, como contagiado, púsose a hacer otro tanto. Un ritmo agónico armonizaba sus movimientos.

-Decime, ¿vo pa sabé la política?

El rengo dejó un instante de rascarse. Cirilo insistió:

-¿No sabé pio la política? ¡Qué bárbaro!

Al rengo le hubiera gustado sentarse en cuclillas como Cirilo y calentarse como él la panza. Pero debía conformarse con estar parado con la muleta o tirado en el pasto. La pierna inválida le impedía sentarse si no era sobre algo elevado como una silla. Como no la tenían y el asiento del bote era lo único que le servía, durante el día se pasaba allí, en la orilla del agua, acurrucado como buitre. Se arrodilló con dificultad a fin de echarse junto al fuego, pero Cirilo lo contuvo.

-¡Epa! ¿Y lo carimbatá? Acordate que sin eso estamo cagado.

-Güeno, eperá. Primero me decí lo que e la política.

-¿La política? Güeno, mirá, pensá que estamo en un gallinero.

-¡Dio quiera!

-Güeno, vo pensá. Lo de arriba son lo gallo, lo tendotá, lo capo. Abajo, nosotros, cagado, una mierda.

-No entiendo,

-Güeno, mirá, otro ejemplo. ¡Ta carajo! No me viene. Güeno, mirá, e como la mujer; si e güena, una felicidad y si e mala, una degracia.

-Ahora ya entiendo. Entonce, a nosotros, ¿qué importa la política?

-¿Por qué no?

-Pero no tenemos mujer.

-Pensá entonce en el gallinero.

-Pero estamos ajuera pue.

Cirilo se acaloró, y para no continuar echose sobre el pasto dando la espalda al rengu. El silencio los condujo a recorrer el ancho cielo sembrado de puntitos claros, tal una pradera en agosto. El rengu, igualmente tirado boca arriba, la pata tullida apuntando el cielo, pensaba en el gallo, el tendotá, el capo. Sea el que sea, se dijo, nosotros vamos ser siempre lo cagado.

Cirilo continuaba inmerso en el misterio, la inmensidad, la gran quietud, esa hora sin sueños y sin ilusiones, hora inhumana, vacía. Repentinamente se vio transportado a otro erial, a otro tiempo de muerte. Noches así, infinitas, las noches del Chaco en guerra. No estaba solo, por cierto. Eran miles los atrampados allá, pero frente al cielo estrellado o a la muerte, cada cual estaba solo. Maquinalmente miró a su rededor. Faltaban las trincheras, el fusil, el enemigo. ¿El enemigo? Cuando se es víctima del hambre, todo el mundo es enemigo. Trató de ubicar su estrella entre el infinito enjambre. Uno de esos puntos... tal vez... nunca se sabe...

-¿En qué pensá?

Cirilo pensaba en la muerte. No lo dijo. Continuaba lejos de sí mismo, de su presente abominable, de su hambre de perro.

-¿A vo no te mandaron a la guerra?

El rengu alzó la muleta y golpeó la pierna inválida.

-E mi condecoración.

Regresaron a las estrellas. ¡Estaban tan altas, tan en la parte de arriba y ellos tan en el fondo!

Las manos del rengo se movían acariciando la muleta. A Cirilo se le movían los labios como si rezara. Ambos frente al mismo enemigo, la soledad. El rengo gruñó para dentro tragando el zumo amargo de algo que no acababa por comprender.

-Así que somo la parte de abajo, el culo. ¿Y la patria, y la tierra?

-Defendimo nosotros, ¿ayé pa? Se redamó mucha sangre.

-¡Y cuánto muerto al pedo! ¿Ayé pa?

-Todo morimo y se acabó el coraje.

-¿Cómo? Hablá ma fácil.

-Nosotro todo morimo. Apena somo jusamenta que se arrastra.

-Yo mataba para no morir.

-¿Y ahora?

-Cierto, tené razón.

-¡Qué lindo buscar a todo lo veterano y preguntarle eso!: ¿Y ahora?

-Lo gallo de arriba están frequito, ¡carajo! No se apeligra nunca, no mata sino que manda matar. Lo gallo de arriba no tiene pecado.

-Te mata a vo y a mí poco a poco.

-Poco a poco. Eso no e pecado.

-Eso e asigún la concencia. Pero un güen día, Dio quiera que no güelva el plomo que tragó la tierra, porque entonce, ¡ayjesunga lo de arriba!

El rengo emitió una risa semejante a un graznido en la noche. Cirilo, puesto de codo, atizaba el fuego. Había puesto de nuevo a calentar el parapití. Lentamente, como si sólo la noche lo oyese, desenterraba palabras oscuras.

-Somo vencido, pero un güen día ha de nacer el que tumbe el gallinero.

Se levantó, carraspeó y se dispuso a otear la oscuridad. Silbaba una melodía triste pasada de moda. Repentinamente suspendió la tonada y dijo:

-El tiempo cambia.

-¿En qué cambia para nosotros, viejo zonzo?

-Para mí, sí. Ante yo era una persona, ¿sabé? La vida era linda, era como capuera florecida, llena de promesa. Así era. Por eso digo que el tiempo cambia. Todo se jue a la mierda poco a poco.

-Todo era sueño nomá.

-Todo no. La guerra no era sueño. Ni la do revolución. Despué de eso, la vida se quedó con cara de perro. Figurate que perdí hasta mi mujer.

-Si se jue con un pyragüé, vale meno que un naco.

Cirilo hundió la mirada en lo oscuro del áspero bañado que los iba tragando sin apuro. Una sombría pantalla, la memoria, comenzó reproduciéndole imágenes indelebles. Regresaban voces como resurgiendo de remotas heridas. La bien timbrada voz de una mujer, la suya, llegó como siempre, como todas las noches, taladrándole la sien insomne. Ella, al comienzo, se resistía, se defendía del prepotente intruso. Así fue al comienzo, cuando Cirilo tenía puesta en ella toda su confianza. Él desconocía ese sabor que ahora le quemaba la lengua, la derrota. Apenas podía recordar el rostro amado, aunque la voz llegase constantemente a su memoria. ¡Qué desgracia, carajo, la revolución! Aunque ya terminaba, él seguía en la montonera. La derrota no había puesto aún su negro huevo en las almas. La esperanza mantenía su lumbre todavía. Él podía ver a su mujer sólo de tarde en tarde. Llegaba con tiempo justo para proveerse y partir. La dejaba con el deseo hecho una lágrima seca y quemante. Ella odiaba esa revolución. No podía comprender eso que le quitaba su pan y su cariño. Antes de llegar a su casa, él se detenía, escudriñaba, y si notaba una presencia extraña cualquiera, se alejaba, se iba sin verla tan siquiera. Deshecha finalmente la gran batalla, aplastada la antorcha insurrecta, la montonera entró en agonía. Él rondaba su casa cada vez menos. A veces oía voces, la de su mujer que en vano trataba de olvidar; la del intruso, prepotente, libertino, ¡oh ganas de matar! Y entonces huía al monte tapándose los oídos, aún pensando que en tales casos matar no podía ser pecado. Tanta sangre se pudría sobre la patria huérfana, tanta que el asco le había llegado a frenar la bravura. Matar a sangre fría, ya no.

El intruso acosaba a su mujer, la instaba al amor ofreciéndole un cómodo pasar a la sombra del pillaje triunfante. Por otra parte, ya deshecha la montonera, él no osaba llegar a su casa. Oculto en los alrededores, aguardaba la oportunidad de llevarse a su esposa. Moríase de rencor viendo al intruso disponer en su casa como en la propia y oyéndolo porfiar: «Te llevaré a la ciudadá donde vasa vivir como reina» o bien: «Tu marido e un prófugo, un condenado». Él aguantaba todo sin poderlo remediar. Y cuando tuvo al intruso a tiro pudiéndolo matar si quisiese, no lo hizo porque ya entonces había renunciado a la sangre y prefería aguardar con paciencia. ¿O era suprema confianza en ella o cobardía suya aquello que le frenaba el pulso? El milico estrechaba su cerco amoroso más y más. Y si al comienzo ella resistía firme pensando en su hombre que no andaba lejos, vinieron después el hambre, el desaliento, la desesperación. Cuando buscó un apoyo, él no estaba en la casa pero si el otro. El otro a quien ella finalmente confesó: No sé qué hacer; mientras Cirilo ande cerca, no puedo... Y el tipo la tranquilizó: Eso se arregla fácil... Y la besó sin hallar

oposición. Era el fin, la derrota definitiva. Ella demostraba una clara intención: entregarlo. Ella amaba al enemigo. Y sin pensar nada más, el montonero Cirilo la dejó para siempre.

La borrosa imagen desapareció en la cerrazón del recuerdo y penosamente emergió de su éxtasis, a leguas de distancia de sí mismo donde, pese a la presencia del otro paria, él hablaba consigo.

-Una mierda. Yo estaba desajuciado. El hijueputa tenía plata. Y mandaba.

-A lo mejor, ella tenía razón. Con ese julano no le iba faltar comida ni la otra cosa.

-Vo solamente decí zoncerada.

-Pero qué va ser zoncerada. La mujer pue no cambia al pedo nomá; por hambre, sí. Y hay mucha clase de hambre pa sabé.

-La culpa e de la política. Así que jui con esta ropa y mi caballo viejo. Por él hice igual como hizo mi mujer por mí. Como no me daba de comer, le cambié por una canoa, ésa que duerme entre lo camalote.

-Que no da de comer tampoco.

-Al principio sí. ¿No te acordá de la botifarra y la guaripola? Hasta de mi Manuela me olvidaba en aquel entonce.

Manuela se llamaba la traidora. El rengo hizo gesto de enfado alejándose con torpe balanceo de robot. Paró junto a unos cardos donde se dispuso a desabrocharse la braga. Hablaba gruñendo. Tampoco le importaba ser oído.

Cuento viejo; el miedo jodió a todo el mundo; nadie ma no se anima ni a cruzar el río.

No podía orinar, hacía fuerza; de pronto le salió un grito:

-¿Te acordá? Ante se cruzaba como hormiga.

Cirilo interrumpió su propio soliloquio para responder:

-Y se moría como hormiga; por eso vino el miedo; e la política de hoy en día.

El rengo tartajeaba regresando a saltitos con la muleta:

-No puedo entender la política; ma fácil entender la miseria.

-Eso porque tené la cabeza dormida; dormí demasiado.

-Devera; ya no e ma como ante; e ma puerqueza, pa sabé. Ahora no se puede ma. Ya no e más como ante; cuanto ma la vida e cara, valemo meno.

- V -

Entre el amor y la muerte

El agua se vino tibia debajo de los cuerpos. El tiempo soportado en tan horrible trance hubiera parecido un siglo si el herido y la enfermera no encontrasen en una singular conjunción el portentoso aliado contra todo mal. Reptando a través del mar de cortaderas y barro, dilacerados por la maleza y curtidos por la herrumbre del agua fangosa, ahogaban dolor y angustia en el desnudo de una pasión desesperada, casi inhumana, que ni el miedo ni el hambre ni la fiebre podían amenguar.

El miliciano solitario jugaba al tiro blanco paseándose por la orilla del pantano. Probaba la puntería en las flores acuáticas, las mariposas mareadas de viento, los fugaces pájaros o en simples antojos ópticos originados en su delirio homicida. Renovaba la carga del fusil, silbaba su tonadita, la misma, como si ella fuese su respiración natural, como si la vida presente no le comunicase su atrocidad brutal sino apenas una melancólica tonada.

De rato en rato volvían los de la loma con sus bromas soeces y sus risotas.

Uno que de pronto llegaba se burló:

-¿Todavía pio seguí coleando fantasma?

Y otro que lo seguía, agregó:

-¡Boludo pa que so! ¿Cómo pio vasa agarrar fantasma de día?

El solitario, firme en su afán de dar caza a las insólitas cabezas que aseguraba haber visto, replicó enfadado:

-Digan lo que digan, no me importa. Yo sé que no vi fantasma. Vi bien do cabeza y le he de arreglar la cuenta. Usteden tal ve se asuste. Yo no.

La pareja escuchaba tensa, confundida en un todo con el silencio, con el vegetal sosiego en que sólo medraban los gusanos. El sol había traspasado el cenit hacía buen rato, resbalaba sin prisa, se iba. A remezones, el viento gambeteaba entre las cortaderas. Ayudados por él, los fugitivos iniciaron sigiloso intento de seguir. Enteramente desgarrados piel y ropas, empeñando la vida por la vida, dejaron el refugio.

El silbador solitario, por su parte, no demostraba la mínima intención de retirarse. Quienes quiera fuesen los que creía haber visto, tenía que tumbarlos. Manipulaba a cada instante su magnífico Mauser, en tanto su fantasía volaba con los sonos de la polquita. El viento la llevaba y traía en su vaivén por todo el bajío. El viento, el viento, el viento. Su frecuencia empezó a fluctuar a la caída del crepúsculo. Amainaba, vacilante entre dejar la

maleza o quedarse danzando en ella. La noche, la anhelada, yacía como clavada allende el horizonte. Los fugitivos reptaban con lentitud de insectos pugnando por alcanzar un nuevo matorral que se espesaba cerca. Y en medio de la tensa brega, poco a poco, el herido fuese de nuevo empeorando. Esta vez lo abatía un retorcijón espasmódico. Y entonces, Dalma, con increíble serenidad y decisión, enganchose al cuello un brazo del enfermo consiguiendo arrastrarlo lentamente hasta el nuevo matorral. Al hambre, a la sed, a la fatiga infinita, ahora se sumaba el espasmo. Solamente el miedo se notaba en desmedro. ¿Acaso tenían tiempo de pensar tan siquiera en él, aunque fuese por él empujados que se debatían desesperadamente?

Y de vuelta la espera. Exigiendo de sí todo el ingenio de que ni ella se sabía capaz, Dalma se aplicó a oler y probar cuanta hierba tocaban sus manos. Y de pronto, ¡oh imponderable casualidad!, mirando desorbitada a su dolorido compañero, exclamó a media voz: ¡yerba de la vida! Y se puso a cavar el barro en busca de las que resultaron ser unas pequeñas tuberosas, las que, una vez limpiadas, tenían exquisito sabor dulzón. Sí, esto sirve para el estómago, confirmó al probarlas otra vez, ya verás; masticalas y tragá el zumo de a poco. Él obedeció sin resistencia. El sabor le agradaba y eso contribuyó a la cura. A medida que ingería la dulce medicina, su entusiasmo crecía. ¡Caramba; es increíble!, dijo al rato. Ambos continuaban masticando. Ambos sentíanse mejor. Era que la inocente savia con secreto poder analgésico también contenía una piadosa mentira para el estómago hambriento. Por todo comentario, Pablo preguntó: Mi vida, ¿dónde conociste este prodigio? Shhhh, respondió ella y susurró: En la escuela de la pobreza, andando sola, sin padres, por los caminos. Conocí muchos; me refiero a las hierbas y a los caminos. ¿Por ahí te graduaste de enfermera? Sí, y también de mujer. Las hierbas, macanudas, aunque no tanto los caminos. Las hierbas, sí; los caminos que conocí, ninguno fácil. Si llegamos con vida, Pablo, entonces, éste será el mejor.

Entre tanto, el mal había pasado. ¡Increíble!, como decía Pablo.

Finalmente, la noche se daba prisa, llegaba. Los fugitivos habían avanzado bastante sin ser advertidos. De tanto en tanto, el silbido del perseguidor, lejano, triste bajo el crepúsculo, poblaba el aire de quejoso erotismo. Detrás de las totoras, más altas cuanto más próximas al arroyo, sumidas en un mar de sombra cenicienta, morían las moradas raíces del poniente. Lentamente caminaban, ¡por fin de pie!, abrazados y sostenidos entre sí; ganaban la orilla ya a punto de completar la marcha. El monte estaba ahí, como tendiéndoles sus vegetales manos. Pablo pensaba en las palabras de su compañera. Tal vez ese sendero inmundo que acababan de abrir a riesgo de sus vidas fuera verdaderamente el mejor. Tal vez el único practicable en su caso.

-¿Se habrá marchado el camionero?

Dalma pensó un momento antes de contestar. Lo hizo con voz grave, quejosa.

-Te juro que lo estoy deseando. ¡Dios mío! Ni el amor se salva del veneno político.

Pablo la miraba. La comprendía. A Dalma, la inminente separación comenzaba a contrariarla. Ya en tierra firme, detuviéronse a descansar. Ya podían hablar a voz plena y

eso les devolvía cierta paz. Pablo, volviéndose hacia los matorrales dejados atrás, mudos testigos de un amor salvaje y de la inhumana condición de los caínes, pensó en voz alta: Jamás, nadie creará lo sucedido en este pirizal. Nada lo atestiguará. Ya vendrán tiempos nuevos, Dalma, también para el amor.

Inadvertidamente, Dalma pensaba en el miserable perseguidor decepcionado, pobre peón de sucios intereses, tanto menos hombre cuanto más servil, tanto más feroz cuanto más ignorante. Aguantó hambre y sed como nosotros, se dijo; ni las fieras aguantarían tanto.

Tensaron los oídos tratando de captar el silbido. El pantano recuperaba su quietud poblada de misterios, sin la polquita melancólica, sin tiros de fusil. Sus propias voces cobraban sonoridad extraña en medio de tanta calma.

-Parece que se fue. ¿Se habrá convencido de su bestialidad?

-Eso es difícil. Ni volviendo a nacer.

-Si no se fue, se irá. Creo que estamos fuera de su alcance. Anduvimos como un kilómetro en el barro.

-Quizás una legua.

Tornaron sin embargo a detenerse y aguzar oídos. Resultaba inverosímil esa paz venida como una gracia, ese poder hablar normalmente y andar sobre los pies, ese poder llegar a destino. De pronto, Dalma suspiró.

-¿Vendrá alguna vez lo que vos llamás tiempo nuevo?

-Se está viniendo.

-Y cuando llegue, ¿no habrá ya veneno en las mentes de los hombres?

-El pueblo es un organismo enfermo. O expulsará poco a poco la infección o morirá.

-¿Y el amor?

-Creo que al menos podrá realizarse sin miserias y sin miedo.

Marchaban con dificultad, sobre terreno cubierto de zarzas y lianas pero firme. La prieta línea del monte se ensanchaba y el viento les traía un rudo aroma vegetal. Dalma, que empezó a hablar desde que pudo hacerlo, decía sin parar cosas que le pasaban por la mente, como si debiera decirlas ahora o nunca; decirlas o empezar a sufrir callando; decirlas o dejarse atrapar por la oprimente soledad que ya la invadía al sólo pensar en ella. El tema del amor la obsesionaba. Tornaba con insistencia a él.

-Pablo, amor hay uno solo, el que se da sin condiciones, el que sostiene en las derrotas, el que florece en los pantanos.

Bañada por la fosforescencia del cielo crepuscular, su rostro lucía particularmente bello. Pablo la besó, primero tiernamente; luego el rescoldo parecía pronto a estallar. Dalma se opuso.

-Ahora no. Tenemos que llegar.

Pablo continuó besándola. El fétido barro que la cubría no lograba alterar el aroma de su joven carne.

-Dalma, mi amor, ¿te casarías conmigo?

La pregunta cayó en una laguna de silencio. Ella desvió su pensamiento hacia el infeliz perseguidor que habría regresado a su base hundido en la decepción, mascando su inconsciente odio, sus cavernarias ganas de matar. Pensó luego en el hombre que amaba, que la estaba invitando a cruzar la frontera y vivir. Pensó en sí misma, sin hogar, derrotada su esperanza, ayudando a su hombre a dejarla. Y pensó en sus compañeras, dos leonas en defensa de la vida, a quienes había prometido regresar, a quienes no podía defraudar. Volverá. Ella volverá. Cumplirá su promesa. Y entonces, vivamente representósele la desgarrante tragedia que albergaba aquel hospital, aquel desesperante montón de heridos, de despojos que clamaban por ella cada vez que la fiebre les permitía distinguir la cara de la muerte en asedio

-No, Pablo. Ahora no puedo. No podré mientras quede un herido rebelde en mi sala III. Di mi palabra, Pablo, y la cumpliré

Se moría por unirse a la suerte de su hombre, por seguirlo a donde fuera, pero había algo más fuerte, hecho carne en ella, su convicción. Ambos callaron. Sólo la fatiga de los pulmones y el chasquido de los pies en el barro revelaban sus pasos en la oscuridad creciente, densificada por la vegetación. Y por fin, ¡el arroyo! Era como decir el infinito. Estaban a salvo. Pablo olvidó el desaire. Ambos olvidaron cansancio, hambre, fiebre, todo, y se besaron. Echados en el agua, nuevamente anudáronse en una increíble cópula, absurda ya en las condiciones en que estaban, pero inevitable como el sangrar de una herida, inevitable ante la casi muerte, el adiós, la separación que pronto iba a ser horrible realidad

Pasado el lapso inenarrable, bebieron agua rumorosa y dulce. ¡El arroyo! ¡El arroyo! Pasado el instante mínimo que eclipsa todo humano dolor, quedáronse en silencio. ¿Para qué hablar? Acaso el recuerdo valdría más, el recuerdo que magnifica la maravilla encerrada en un minuto de amor. ¡El arroyo! Y sobrevino una calma líquida y transparente

-Dalma, no te duermas.

-No estoy dormida.

-Sos el verdadero amor. Gracias por generosa, por inmensamente generosa.

Y la quietud se alteró. La calma cobró temple humano.

Dalma reaccionó como lo haría cualquier mujer en desagravio de lo íntimamente suyo.

-Esto no se agradece; se prodiga simplemente y se corresponde.

-¿Y después, Dalma?

-¿Creés que no habrá después?

-Sí, después la soledad. Ambos sufriremos pudiendo ser felices.

-El instinto me dice que éste no será el final.

-Dios lo quiera

Levantáronse y anduvieron por el lecho del agua. Pero el agotamiento podía más que la ansiedad por llegar a ese punto final que tornárase pronto el punto inicial de una nueva angustia, la que Dalma empezaba a padecer desde ya. El torrente les dominaba por momentos las menguadas fuerzas. Finalmente optaron por echarse y reptar. Pero más fácil resultaba quedarse, esperar.

-Dalma, no te duermas; si no llegamos el camionero se irá.

A Dalma le hubiera gustado le importasen a Pablo un poco más esos mínimos, fugitivos minutos que le quedaban con ella, el saldo de esa vida cuyo después más valía no acariciar. Sin ocultar su ánimo, se puso de pie.

-Podés estar seguro de que no se irá, le dijo, pero más vale que lleguemos cuanto antes para tu tranquilidad. Y callados reanudaron la marcha. Caminaban probando el fondo y buscando a lo largo del cauce cierto vado que, según indicaciones del camionero, debían encontrar en esa zona si no estaban errados. Y en efecto, al cabo de un buen trecho aguas arriba, de pronto notaban la maraña menos densa, y a poco pudieron distinguir, destacándose en la oscuridad, una ancha y clara explanada arenosa. Y a cierta distancia de los árboles, resaltando sobre el fondo blancuzco, yacía el bulto cuya forma inconfundible, pese a que esperaban verla a cada instante, dioles un impacto, mezcla de alegría y dolor

-¡¡Allá está!!

Fue casi un susto, y silencio. Vencedores al fin, sobrevenía en ellos lo natural aunque inexplicable, una súbita necesidad de llorar

El tiempo del amor huía inexorablemente. La verdad les castigaba como otra derrota. Pablo se iba. Dalma quedaba sin más amparo que la noche. En ese acerbo momento, sobre el cerro lejano, encendido y muy bello, nació un lucero, premonición de venturanza si la

realidad fuese otra, si ella y él no tuvieran que desgajarse como dos ramas rotas del árbol que amaban.

El hueco para el pasajero estaba improvisado debajo de un doble fondo bien oculto una vez completa la carga de arena y asegurada la compuerta trasera. El herido se introdujo sin demora hasta la base de la cabina. Y ya el incomparable don Cátulo Mencia se disponía a clausurar el hueco tal una tumba, cuando Dalma, en impulsivo raptó, detuvo la mano del viejo y colose al interior en compañía de su hombre. Ninguna razón hubiese podido contenerla. Sólo después trató de explicarse

-Lo hago por mi tranquilidad. Necesito verte cruzar

Y nada más. El camión emprendió la marcha a través de la maleza, tomando por lo más abrupto, por lo más desértico, por donde sólo se atreverían ñandúes y ganado salvaje. El conductor parecía animado por la misma exagerada cautela practicada por Dalma, despreciando toda carretera abierta y prefiriendo lo desconocido. Andar por vías normales, al parecer, no era para gente normal en tan furioso tiempo, menos aún de noche. ¿Cómo evitar que el miedo se materializase a cada instante, trocando en soldados y caballerías todo aquello que la horridez transfiguraba, todo aquello que don Cátulo debía dejar atrás acometiendo a ciegas? En el interminable traqueteo, cortar alambradas o saltar zanjas o derribar árboles no pasaban de una fantástica rutina a lo largo de la noche, en tanto los de abajo, los aún menos afortunados, los del hueco, soportaban lo insoportable, una constante lluvia de arena que los barquinazos tornaban tempestad. En el peor encierro imaginable, libraban su horrible lucha empujando el insistente polvo por las hendiduras, pues el aire penetraba cada vez menos, y a medida que faltaba, sentían como si también el motor se ahogara, como si de momento a otro fuese a parar. Y de pronto paró en verdad y una pánica quietud cobró cuerpo en todo. El zumbido, muy amortiguado por un enorme silenciador de construcción casera, escasamente dejábase oír a metros de distancia pero en el hueco sí repercutía en tal forma que los fugitivos ni siquiera pudiesen conversar. Ahora cesaba de golpe, y Dalma, presumiblemente para quitarse los malos pensamientos, habló.

-¿Cómo te sentís?

-Entumecido.

Ajustose a él todavía más procurando transmitirle lo que de calor la quedaba.

-Trató de moverte cuanto puedas; no te quedes tieso.

Entre tanto se inquietaba: Ojalá lleguemos con vida. El vehículo retomó la marcha luego de duros manijazos y maldiciones. Dalma repitió para sí varias veces: Dios mío, tú que ayudas al que lucha, ayúdanos. Revivía así una vieja frase modulada en la voz de quien en vida fuera tan sentenciosa y creyente, su madre. Era como si la viese y estuviese oyendo. Y al punto sintiose sacudida como si emergiera de un letargo. ¿Será que estaba soñando? ¡Dios mío!, murmuró nuevamente y reanudó su lucha contra la arena que tapaba insistentemente la escasa entrada de aire.

Entre tumbos y tumbos y repetidos manijazos y renovadas maldiciones habían hecho tres o cuatro horas de marcha. Ya el conductor parecía en extremo precipitado de nervios e interminable el traqueteo que los de abajo soportaban cuando un brusco barquinazo puso fin al infernal galope y dio paso al uniforme ronroneo del motor, cadencioso hasta el sueño. Pero los del hueco, en vez de alegrarse por el grato cambio, quedáronse azorados ante la sorpresa de verse marchando sobre ruta, lo cual consideraban una locura.

Ahora, para colmo, por las rendijas de las tablas llegaba cierta claridad sólo atribuible al reflejo de las luces, de las que venían prescindiendo como lógica medida de extrema vigilancia. ¡Qué bárbaro! exclamaron a una sola voz. O a don Cátulo poco le importaba que cayeran, o resolvió, en vista de las dificultades que tuvo, jugarse por entero sin tomar en cuenta el peligro no sólo a la propia vida. Pero ni Dalma ni Pablo, aún sofocados y preocupados, podían evitar que la laxitud venciera sus nervios y el sueño los dominase poco a poco. Así, dejaron de sentir, dejaron de padecer.

Bien pasada la media noche, el camión corría sin contratiempos. Don Cátulo empezaba a tranquilizarse pensando que todo el mundo dormía; que hasta los sigilosos pyragüés, en armas, a esa hora estarían en brazos de la amada sombría, sendas caramañolas por almohadas. Empero, cuando ya la brisa madrugueña, pese al sueño que lo agobiaba, le insinuaba el retorno de su paz habitual, una descomunal descarga abatió su ilusión sacudiendo de repente cielo y tierra. Y enseguida un paralizante grito: ¡Allltoooo!

A don Cátulo Mencia se le subió toda la sangre al cuero cabelludo. Pisó violentamente el freno y la arena llovió en el hueco

¡Pare el motor!

-¿A dónde va?

-¿A esta hora?

-¡Su documento!

-¿Por qué viaja de noche?

Caían preguntas como latigazos. Las respuestas del conductor eran tan tenues que los del hueco apenas pudieron oír la última:

-Se me descompuso el camión.

Bastaban como pruebas las manos negras, relucientes de grasa a la luz de las linternas, pero el milico que mandaba ordenó inspeccionar el vehículo.

Un hombre trepose por la parte trasera. Los zapatones hendieron la arena y haces de luz de linternas pasearon vanamente por todas partes. Sobre la superficie, el viento arremolinaba suavemente el polvillo ingrátido. Y el hombre bajó de un salto con ruidos de cerrojo al tocar tierra. Luego, la patrulla partió. Hay tiempos en que los milicos no pueden

imaginar a una pareja con vida, palpitante de esperanzas, bajo un espeso colchón de arena. Después, el ronroneo de la máquina siguió sobre la ruta. Al rato, pasado el susto y vuelto el sueño, Dalma y Pablo fueron perdiendo la noción del tiempo y hasta del peligro.

Don Cátulo Mencia llegó al paraje convenido muy de madrugada. Viró el camión hacia unos bosquecillos desde donde se veía a lo lejos espejarse la franja plata del río, frontera natural del país, frontera también de la muerte o la vida según la suerte. Los aromos crecidos al borde de los bañados ponían un festón plumizo al paisaje nocturno. La abertura trasera del camión se abrió, y mientras la arena se escurría lenta, el viejo bebía a pulmón pleno el oloroso viento de la ribera. Todo era calma en ese redondel donde las estrellas del alba parecían más altas. Él, don Cátulo Mencia, camionero a su madura edad, sin otra esperanza que seguir tirando con ese viejo vehículo, fue de pronto capaz de arriesgarlo todo, hasta la propia vida, en favor de un tipo cuyo ideal no llegaba a comprender y de una mujer que lo seguía por amor. Lo impelía más palabra empeñada, más hombría que convicción. ¡Él, en trance heroico, salvando vidas rebeldes! Cada vez menos comprendía cómo pudo asumir semejante compromiso. Ya despejada la abertura, metió la cabeza y anunció: ¡Hemos llegado, a Dios gracias! Mas no tuvo respuesta. Vamos apúrense, tendrán que cruzar el bañado antes del amanecer.

Estarán dormidos, pensó el viejo bostezando. Pero luego de insistir con igual resultado entró a sospechar lo peor. Y a tirones violentos los bajó sobre el pasto. La asfixia estaba a punto de acabar con ellos. Por fortuna, en esos parajes nunca falta el agua, aunque turbia. Don Cátulo se largó a buscarla y a poco sus zapatos atropellaron el primer charco. Con ayuda del agua y con flexiones y masajes, que por suerte algo de eso conocía, logró salvarlos. Y diose prisa en dar manija al camión.

-Tienen que cruzar el bañado enseguida. ¡Buena suerte!

Y diciendo así, aceleró y partió. Dalma y Pablo se desplazaron de a poco ganando el montecito a fin de reponerse sin sobresaltos en tanto el zumbido lejano del camión diluía en la húmeda madrugada.

A unos pasos comenzaba el bañado, valla tendida a lo largo de la ribera, imprecisa, desconocida, ancha casi un kilómetro. Bien podía constituir el umbral de la libertad, bien la trampa. Detrás, reptil dormido, ojos líquidos, piel fosfórica, majestuoso en la apacible sombra, el río.

Pudiendo apenas tenerse parados, deslizábanse paso a paso entre la maleza por un falso sendero bloqueado por los riachos cubiertos de zarzas y camalotes, en una nueva lucha no bien conocida todavía pero ya temible, abatidos por los dolores y el cansancio pero avanzando, avanzando, empujados por una renovada ansiedad, nuevamente en busca de supuestos amigos, supuestos salvadores a quienes no conocían y bien podían resultarles lo contrario. Dalma supo de tales amigos merced a confianzas de cierto marinero herido que decía ser rebelde y cuya buena fe no podía comprobar.

Avanzaban con penuria creciente. Caminaban a tientas entre la breña y el agua plagada de alimañas, prendidos uno en otro, él cargado en el hombro de ella ya sostenida más por

voluntad que por fuerzas, cuando de repente, el herido dio un grito de dolor, quedando atrapado por un fiero calambre a la pierna enyesada. Y ese percance lo irritó hasta el punto de perder la moral, gimiendo tirado en el barro, como un niño. Dalma trató de apaciguarlo, pero él no cesaba de quejarse y culparla de haberlo arrastrado por ese camino inmundo. Ella tragó su amargura. No podía enfadarse con el compañero cuyo estado de ánimo comprendía. No te impacientes, le repetía, por favor, estamos a punto de llegar. Y sintiendo que su propio abatimiento estallaba, que su desazón llegaba al llanto, alejose a largos pasos diciendo con voz tiplada: Esperame un momento; ya vuelvo.

Ahora, Pablo se reprochaba dolorido por la herida tontamente infligida a su compañera, en tanto forcejeaba con ayuda de la muleta procurando ganar una parte menos pantanosa, donde al fin dejase caer con más ganas de sepultarse allí que seguir arrastrando su empeorada invalidez, dominado cada vez más por la infección y los horribles tirones, estregándose los ojos que manaban agua caliente y viscosa, debida más que al haber llorado, a la arena y la fiebre y escupiendo el veneno que exudaban sus bronquios tapiados de fango. Tanto solía repugnarle otrora el desear la muerte, mas en ese momento de extrema debilidad, tal vez le pareciera lo mejor. Y quién sabe si no le andaría cerca. Por primera vez, desde la derrota rebelde, sentíase del todo bloqueado por esa obstinada sombra que lo rondaba. Y en medio de ella, nada veía claro salvo la propia osamenta. Siendo parte orgánica y sensible de esa derrota y no obstante sus atroces padecimientos, nada había logrado doblegarlo; nada, aún cuando los de su alma fueran insoportables; nada hasta ese límite de lamentable delirio en que había caído.

Los pasos de Dalma que venciendo el sofoco regresaba le dieron de pronto una viva sensación de alivio. De veras, pues, la necesitaba. Y esa certidumbre lo llamó a la reflexión.

Dalma regresaba. Llegaba exclamando con entusiasmo: ¡Pude ver fuego y oír voces; llegaremos antes del amanecer!

Pablo se amasajaba el resentido tendón de la pierna lisiada. Le extrañaba que tratándose de gente amiga, le fuese posible cierta vida normal en una zona controlada. Creo, le dijo a Dalma, que más vale andemos con cuidado. Pablo razonaba. Evidentemente, la crisis nerviosa había pasado. Dalma lo besó. Su buen humor contribuyó a serenarlo. No sin esfuerzo, trató de ser objetivo. Pero ante sus ojos no había más que sombras. Él mismo, Dalma, sólo sombras confundidas con la maleza. Él, de dolor; ella, de esperanza, pero sombras. Él, sin embargo, nuevamente pugnaba por ahogar la ponzoña que la muerte inoculaba sin prisa en sus venas; ella, por su parte, no cesaba un minuto su denodado estímulo a ese penoso avance hacia la salvación. Él adujo:

-Si no me equivoco, estamos nuevamente en zona militar. Se ve reflejos como de linternas. ¿Por qué elegirían un sitio así?

-Precisamente porque siendo zona prohibida representa un refugio. ¿No te parece? Los que siguen dentro del perímetro son los que merecen confianza. Gracias a eso podemos valernos de ellos.

-A esta altura, nadie que esté con ellos merece confianza.

-No confundas, querido. Al que ayuda a cruzar sólo le interesa su negocio. No lo hacen por amistad. Sin embargo, puede haber entre ellos algún amigo.

-De acuerdo, pero tratándose de uno como yo cuya cabeza vale diez mil...

-No creo que la noticia haya llegado todavía hasta aquí. Además, es fácil hacer que no te reconozcan. ¡Ánimo, Pablo! Avancemos, no perdamos tiempo. Debemos aventurarnos, tener fe, así como un día, conociéndome casi nada, tuviste fe en mí.

Reanudaron la lenta marcha, él cada vez más colgado del hombro de Dalma y de la muleta.

-Todos somos distintos, pero en algo nos parecemos, el corazón.

-A vos te miré con amor desde el comienzo. Ellos nos mirarán con miedo.

-Todos tenemos miedo, pero sin la ayuda de alguien no estaríamos aquí, a dos pasos del río.

-Tenés razón. Siempre tenés razón. En cuanto a mí, perdoname que te lo diga, lo que más temo en este momento es perderte. Comparto tus escrúpulos de militante, pero estoy seguro de que caerás si te vas de vuelta. Vos dijiste: «Todos tenemos miedo». Pues bien, ése es mi miedo mayor.

-Tenés que compartir mi fe. Siempre habrá un después, mi adorado Pablo.

Pero en el pensamiento de ambos, la oscura frase martillaba con ritmo de pies cansados, con agobio de espaldas dilaceradas, con jadeo de sofocadas gargantas: Todos tenemos miedo... todos tenemos... miedo... todos tenemos... miedo... La crueldad desfiguraba a todos. No solamente los rebeldes estaban vencidos. Lo estaban la tradición de hermandad, la tradición de hombría, la esencia de la raza. Vencedores y vencidos respiraban odio y miedo; odio y miedo que se cobraban un espantoso tributo cotidiano. Los harapos del mentado coraje nativo eran salvados por muy contadas aunque gloriosas excepciones como Dalma.

- VI -

El precio de las horas en sombra

-Me parece que no me desperté bien.

-Dejate de joder.

-Veo catu una sombra que se mueve; no puede ser cosa de verdá.

Cirilo se levantó de un salto disponiéndose a pispar en dirección al punto indicado por la muleta del otro.

-Vo me queré joder.

-¿De vera que no ve nada, nada chambón, ni do sombra de gente? ¿Allá donde el yuyo se mueve? Si no e pora ha de ser pombero.

-No. Todo eso se acabó. Por aquí hay solamente pyragüé y milico.

-¿Y si viene?

-Dio te salve; empezá a sobarte la paleta. Eh, y ya sabé, nada de abrir tu boca.

Sin alejarse uno de otro, con enorme ansiedad por ver, guardaron silencio bordeando los peores presentimientos.

Apago el fuego por si acaso.

¡No, infelí! Mejor que vean bien que somo de confianza. ¿Para qué pio tanto miedo? No le debemo nio a nadie. Y, a lo, mejor, quién sabe... si por un casual no ligamo algún traguito o qué...

-O algún teyuruguaycito o qué...

Bruscamente, el de la muleta se agachó.

-Alí está, alí cerquita.

-Ahora sí que veo. Son do. Camina hacia esto lado.

-¡Shhhhh!

Tumbados y quietos, podían oír leves voces y un toc, toc, toc, muy familiar para ambos. Continuaban tensos. Y ahora llegaban sordos quejidos, jadeos y el toc, toc, toc ya muy próximo, hasta que, ante la casi fatua lumbre, dos casi humanas figuras detuviéronse. De traza daban lástima, aunque los de casa no se vieran mejores.

-Por Dios, no se asusten. Somos personas, como ustedes. Venimos a pedirles un favor.

Hablaba Dalma. Pablo, sumamente dolorido, permanecía sostenido en ella. Los del bañado se levantaron sin prisa, recelosos al intuir el gratuito papel que la apenada pareja les estaba asignando en su drama. Cirilo se adelantó.

-¿Quién le anotició de nosotros?

-Un marinero, conocido de ustedes. Está en el hospital regional con una bala en la cadera.

-Segovia, seguramente.

Pablo reprimió una sufrida sonrisa al oír al rengo y ver justificadas sus sospechas. Esos tipos no podrían subsistir allí sin alguna vinculación con la gente armada. Disimuladamente Dalma le clavó el codo de forma que él comprendiera. Dada la situación, sólo debía importarles el cruce del río. Tácito acuerdo. A duras penas resistía al calambre que retentaba tenazmente.

-¿Qué te parece? Había sido nomá rebelte el amigo Segovia. Usteden también ¿ayepa?

El comentario de Cirilo, lleno de malicia, quitaba todo lugar a equívocos. Dalma empezó con sigilosa persuasión.

-Mi compañero está mal herido y tiene que cruzar el río antes de que amanezca. Por favor...

-Eso no e soplar y hacer botella, che tupasy; e casi la muerte segura.

-Por favor, sabemos que les hacen el servicio a otros; son diez minutos de viaje, nada más...

-Jhuuummm. Die minuto, suficiente para morir.

Tanto Cirilo como el rengo que lo imitaba meneaban la cabeza en rotunda negativa, dispuestos a no cambiar de actitud mientras no vieran bastante dinero. Y convencidos de que el peligro puesto de manifiesto era realmente grave, guardaron silencio. Tan bravo sería el cruce a esas horas, que los del bañado parecían descartarlo. Cirilo explicó: La ida e zoncera, pero a la güelta ya va ser de día, y la puntería de eso guacho no e para joder, al meno lo milico; y por ma que andamo jodido, la vida e la vida, ¿ayepa?

-Entonces, ¿quiere decir que su amigo se equivocó? ¿Será posible que ya no haya coraje en esta tierra?

Dalma se lamentaba, mas sin ofuscarse. Ya tenía bien asida la idea del más impactante recurso. En cuanto a que los del bañado pasaban hambre, no cabía duda, de modo que el cebo que ella traía no podía fallar. Entre tanto, insistía.

-Es increíble que el marinero se haya burlado de nosotros mandándonos junto a unos cobardes. ¿O creen que les pedimos por limosna? Traemos dinero para pagarles.

Con las pupilas graves, estallantes como brasas en lo oscuro, Cirilo y el rengo se miraron. Parecían de pronto a punto de zafarse de la misantropía que caracteriza la miseria humana.

-¿El dinero?

-¿Cuánto pio traé?

El fuego adquirió brillo distinto en los ojos que dejaron de pestañear en tanto el olor a la plata invadía las mentes.

Ambos miraron al río como midiendo la distancia que traducida en tiempo eran pocos minutos y el dinero pasaba a manos de ellos. El río de la muerte cotidiana. El peligro cierto, pero no peor que el hambre ni peor que estar preso, porque empezaban a darse cuenta de que, si amanecía y el herido continuaba ahí con ellos, la cosa iba a complicárseles. Tal vez caerían todos. Y sabían que caer preso siendo cómplice de un rebelde era peor que morir. Algún fugitivo les había hablado de eso como de la peor muerte. Y la imagen se impuso de golpe, como un susto, en tanto el olor acuciante, ácido y dulce como el de las hembras, el olor del dinero, los atrapaba con fuerza. Clavaron los ojos en la mano que la mujer acababa de sacar del seno con un pequeño rollo que les mostró.

-Trescientos.

La suma resultó una decepción por lo pequeña. En los primeros tiempos solían obtener mucho más esgrimiendo idénticos recursos. A veces les alcanzaba para un par de semanas panza arriba y la propina al imaginaria más próximo, aliado al que no le podían fallar, por si acaso...

-Ayúdenme a cruzar, mis amigos, por favor...

Ante la voz vencida de Pablo, Dalma suspiró con lástima. Su compañero, al cabo de tanto derroche de sacrificio, exhibía la derrota al desnudo. Ya no era suyo. Tenía el pensamiento al otro lado del río. Y recordó entonces con algo de tristeza el instante en que ella, segura de su amor, estuvo decidida a dejarlo consigo cualquiera fuese la forma, aun viviendo en la selva y comiendo hierbas, en caso de que el camionero se hubiese marchado. ¿Es que habría valido la pena? Lo miró. Los ojos de Pablo seguían fijos en la orilla opuesta. Dalma intervino con energía, resuelta a lograr el cruce.

-Hagan el favor de llevarlo ahora mismo si no prefieren caer presos con nosotros. Porque no caeremos solos. Tengan la plena seguridad.

Había verdadera urgencia en su voz y amenaza verdadera en sus palabras. Los ribereños, despojados de su pobre paz, entraron a vacilar. Ella tenía razón. Ellos, miedo. Sin embargo, según parece, a Cirilo le entró algo de luz en la sesera. «Este tipo, pensó de repente, ¿será un simple desajuciado o alguno con premio?» Entre tanto, el rengó iba más lejos y en otra dirección. Miraba y exploraba a la mujer cuyas turgencias transparentábanse contra el fuego; zancajeaba rodeándola y sintiendo que esa presencia le empeoraba ciertos males. Sin embargo, si le daban a elegir entre ella y el dinero, tal vez optaría por seguir paliando sus morbos como lo hacen los de su condición. Y volviendo de su paseo por las eróticas regiones, pudo captar la respuesta de Pablo dada a cierta pregunta de Cirilo de la que no daba cuenta por hallarse ausente, vale decir en otra cosa.

-Soy un perseguido por los pyragüés del gobierno.

Sea quien fuera, ése les ofrecía trescientos. Peor era nada.

Al cabo de tanta vana espera...

-¿Vamo a llevarle?

-Demasiado compromiso. Aunque, si la muchacha va darno un poquito de amor como yapa...

Le paseaba la mirada por el cuerpo con unas ganas, tan abierta y descaradamente, como sólo los perros suelen manifestarlas. Dalma lo miró con repulsión.

-Miserable.

Y agregó otros duros adjetivos que poca mella hicieron en el rengo, quien, poniendo miel en la sonrisa de ajo más ensombrecida que iluminada por las mortecinas llamas, aproximósele e intentó besarla. Pablo había levantado la muleta para asestarle un golpe, pero la prudente intervención de la mano de Dalma lo impidió.

-No vale la pena pelear. Estos también están podridos aunque sean inocentes y sean otros los culpables de su podredumbre. Paciencia; necesitamos de ellos.

Las palabras de Dalma afectaron a Cirilo, quien se apartó poniéndose a mirar el brumoso río en cuya orilla, apenas visible junto al espejo del agua, estaba el bote. Dalma podía verlo pese al crepúsculo todavía denso; Cirilo se dirigía a él. Llegó, lo empujó y subió. Todos callaban. Lanzó un silbido y Dalma y el rengo ayudaron a Pablo. La orilla opuesta era una mancha informe de niebla color ceniza en cuyo borde podía adivinarse un oscuro friso vegetal, una sombra coronada de tenue rosa sobre el oriente.

Silenciosa frente al borroso paisaje, Dalma miraba al herido ocupar su sitio en la embarcación que se balanceaba a merced del agua. Desde allí podía otear su soledad que ya se vislumbraba, inevitable como el amanecer, con la diferencia de que éste traería luz. Llenáronse los ojos de lágrimas pero no habló. Cirilo sí lo hizo desde la canoa.

-Adió mante, muchacha; ¡so valiente cha!

El rengo, emocionado, se vio en la necesidad de decir algo. Y lo hizo.

-¿Me perdoná, la señora? Olvidate de la macana que dije. Gente como yo co ya no e ma gente, ni siquiera perro. ¡Adió mante!

Dolorida ante un epílogo que no esperaba, Dalma se enterneció hondamente, borrándosele el asco que sentía hacia ese hombre. Cirilo trató de justificarlo a su manera

-Este rengo co e medio loco. No sabe ni lo que dice. Pero no e co malo. E medio loco nomá.

Pablo no pudo más y alzó la voz:

-Dalma, presiento que es inútil volver, te van a capturar si volvés allá; es inútil; ya se habrán enterado de todo; las enfermeras lo sabían y eso es suficiente. Ya habrán hablado. Vos conocés los métodos que emplean para hacer hablar. Es mejor que vengas conmigo. Vamos, Dalma.

Azorada y no pudiendo contener la sorda catarata a punto de sacudirla, trató de tapar con la propia la voz de Pablo.

-¡Apúrense, por favor, váyanse ya!

Pablo quiso insistir, pero ya el bote se alejó de un enviñón, balanceándose. Dalma quedose doblada sobre sí, ahogada por el dolor, murmurando con voz entrecortada: ¡Adiós, Pablo, amor mío, adiós!

Tenía que volver al hospital. Tenía que cumplir. Echose a correr a través del bañado olvidando toda cautela, atropellando malezas y pantanos, hasta que, de pronto, como emergiendo de sus propios jadeos, creyó oír la voz, sí, la de Pablo: «¡Dalmaaa, volveré, te lo juro, esperame, Dalma!»

Y se detuvo bruscamente. Pero ahora nada oía. Sin embargo ¿cómo podía equivocarse? Era inconfundible esa voz. Y de nuevo echó a correr. Huía de esa voz. Huía de sí misma, de algo que le surgía desde adentro, clamoroso y a punto de dominarla. Poco después vadeaba el último riacho, llegaba al lugar donde el camionero los dejara pocas horas antes, a corta distancia de la ruta, donde debía esperar el paso de algún vehículo. Tal vez alguien quisiese ayudarla a regresar al punto de partida. Esperar. Nada más podía hacer. Su pensamiento, entre tanto, nuevamente huía detrás de un bote, hacia la orilla opuesta. Nada veía en su rededor que no fuese agua sombría, sombra líquida atravesada por una estela fosforescente que partía de su existencia sumida en soledad; una parte de sí misma ya diluida en el pasado; parte doliente, cercenada por caínes feroces.

En los aromos, el nuevo día piaba. La vida surgía lírica del pico de los pájaros. Voces, voces por doquier. La brisa del alba ribereña se arrebuja en las ramazones desalojando trinos.

¡Adiós, Pablo, amor mío, adiós!

Pasose la mano por los ojos ya secos. El sol, lenta fogata, estallaba sobre la faz del río. Allí, en lo alto de la loma, el viento jugaba con su vestido hecho jirones. Pablo ya estaría a salvo sobre la orilla opuesta, siendo recogido por los amigos, quienes lo llevarán a un hospital. Lo llevarán sin demora y se curará. El sol sobrepasó la línea de los árboles.

Dalma, enferma de desolación y hambre infinitos, tendía la mirada mustia a lo largo de la ruta de tierra, donde un sol desértico empezaba a reverberar en anticipo de otra canicular jornada en plena primavera, comienzo de un capítulo más de angustias en la historia de una mujer. ¿Qué haría si se cumpliera el vaticinio de Pablo? ¿Habrán maltratado a sus compañeras para indagar sobre ella y el herido? ¿Debía sentirse ahora victoriosa o culpable? Súbitamente, en el vértice entre cielo y tierra, un punto oscuro nació. Con los dedos, Dalma se alisó los cabellos y el haraposos vestido. El punto oscuro crecía de prisa, pudiendo pronto ser distinguido con claridad. Tratábase de un camión en cuyo letrero se leía 'mixto', lo que significaba pasajeros y carga. El conductor, viendo a la mujer que hacía señas al borde de la ruta, paró. Dalma lo encaró resueltamente

-Soy enfermera del hospital regional; lléveme por favor hasta donde le sea posible.

Impresionado al escucharla, el conductor detuvo la atención en ella brevemente. Una enfermera tan lejos de su puesto, en tales parajes donde ni siquiera un rancho se veía, seguramente debía despertar cierto asombro en él. ¿Rebelde tal vez? Mas no quiso continuar pensando por temor a juzgar mal. Realmente, los tiempos que corrían daban lugar a cosas y hechos inverosímiles, pero negose a entrar en conjeturas por tratarse de una joven.

-Está bien, suba.

Y partió sin indagar más. Aceleró. En la torturada imaginación de Dalma, el camión fue tornándose nuevamente aquel punto oscuro que pronto iría a borrarse en otros tantos vértices entre cielo y tierra. En el fondo del vehículo, hecha un ovillo en un rincón de tablas, quedose dormida.

Pasado buen rato, el camión debió detenerse ante una patrulla que le bloqueaba el paso. Subieron dos uniformados. Lo inspeccionaron todo, bolsos, cajones, canastos. A los hombres les exigían documentos personales y filiación partidaria. Las mujeres, acorde con el concepto dominante, sólo contaban para ciertos menesteres, y siendo feas, para mucho menos. Dalma, desgreñada y rotosa, dormida sobre sucias tablas, pasó inadvertida.

- VII -

El diente de oro

-¡La puta, carajo, déjese de picotearme el cerebro!

El auxiliar dejó la máquina de escribir en que tecleaba su aburrimiento, y levantándose de un salto, arrastró la silla que ocupaba.

-Más vale váyase a ver si trajeron a esos tipos.

La repentina energía del jefe lo tomó de sorpresa. Desde la puerta, donde llegó un tanto aturdido, mirando a uno y otro lado sin seguridad de lo que hacía, informó:

-Parece que ya les traen, señor.

-¡Cómo que parece!

-Quiero decir que ya les traen, señor.

El que daba las órdenes fumaba mirando al techo. Cirilo y el rengo, pálidos, mucho más pálidos que de costumbre, desorbitados, quedáronse como estatuas después de que los agentes se retirasen. Al cabo de buenos minutos, como si fuera algo calculado, el funcionario giró sobre los tacones clavándoles en los ojos eclipsados de miedo los suyos de perro rabioso, ocultos tras unas gafas negras.

-¡Asesinos!

El efecto fue rotundo. A los infelices cayóseles la mirada al piso, donde las viejísimas baldosas decoradas de arabescos, totalmente opacas y borrosas por un siglo de sombrías pisadas y la evidente falta de periódica escoba, empezaron a girar. Algo parecido solía sucederles cuando, desde el bote, fijaban la vista en las tumultuosas aguas del río.

-¿No? ¡Qué carajo! Le mataron y le tiraron al río. ¿O solamente le dieron un empujón?

Una colilla fue a sumarse a las muchas esparcidas por el piso. Y otro cigarrillo entró en función. Los detenidos mirábanse vacilantes. Dudaban en serio. No es común que algo supuesto diera semejante seguridad a las palabras de un tipo. Estaban seguros de que aquella espectral madrugada, ni uno ni el otro habían probado más que unos asquerosos [...]

-¿Y no sabían que un individuo que cae al agua se ahoga, verdad?

Ambos hubieran podido contestar a todo rotundamente mates de yuyo, por lo que se mantenían bien sobrios. Pero... «no». Hubieran protestado incluso por caer víctimas de una falsedad. Pero vacilaron en serio; dudaban de los hechos como de sí mismos y hasta del tipo de las gafas negras. El moho decorativo de las baldosas movíase como si flotara en un líquido. El representante de la ley se sahumaba clavado frente a la ventana, alto, enjuto, rubio. Increíble que fuese criollo neto. Su arrogancia completaba su cuadro, propio de gente gringa maleva con sangre y sentimientos ajenos.

-A lo mejor e una equivocación, señor.

-Una de gracia, ni ma ni meno.

Las palabras nada tenían que ver con el estado mental de los reos. Simplemente respondían a un juego absurdo. Se les abrió la boca; nada más. Y era fácil que se les volviese a abrir, principalmente al más afectado, el rengo. Por eso, Cirilo le aplicó un camuflado codazo. Pero el rengo no se hallaba en condiciones morales de comprender semejante lenguaje. Ni otro distinto tal vez. En plena caída, todo le resultaba resbaloso. Y nuevamente, la boca se le abrió.

-Yo voy a contar lo que pasó, señor.

Cirilo echó la cabeza atrás y cerró los ojos, sintiéndose a punto de divisar estrellas, pese a que, a través de sus terrosos párpados y de las tablas y tejas podridas, no hubiese podido verlas, siendo además pleno día.

Sin embargo, unas desesperadas estrellas giraban para él en un cielo sin sentido.

-Y bueno, hable, pero que sea la verdad.

El rengo asintió con profundas caídas de cabeza. El indagador veía en él, seguramente, algún ejemplar prototipo mencionado en los manuales de la sabuesería universal: Mente obtusa, propensión a la autodenuncia y a la mentira. ¿Merecía confianza un sujeto capaz de darle la razón a él? El rengo, cabeceando como atorado, comenzó endilgándole a Cirilo la causa primera del presunto error cometido en el río.

-Este pue... demasiado luego se asutó. La gendarmería nomá co era lo que largó uno tiro...

Y buscó en la cara lentuda la aprobación. Una corbata exageradamente roja sobre un traje ridículo soportaba una cabeza alta de cara rematada en una columna de humo.

-...el tipo, o sea el herido nio se tiró encima de éste para sacarle su remo, y éste...

Cirilo le cortó el aliento de un pisotón en el único pie aprovechando la aparente abstracción del indagador.

-...este... Y ya no pudo concluir pero sí devolvió el pisotón con la muleta, escena que sacó de quicio al funcionario de la ley, quien súbitamente dejó su fingida estratosfera para intervenir como sabía hacerlo.

-¡Carajo! ¿Por qué no se dejan de joder y hablan de una vez? ¡A ver, usté, vamos!

Cirilo sintió introducirse entre las piernas un rabo que creía no tener.

Y, compungido, habló:

-Estábamo cincuenta metro masomeno de la orilla cuando hubo el tiroteo, y el finado quiso seguir precisamente, y nosotros teníamos miedo, porque eso curepí co e demasiado asesino, y así e que le pegué con el remo, y el infelí se cayó. Era sin querer pa sabé, defensa propia y nada ma.

De las alfajías color tabaco pendían cadáveres succionados, estrangulados por arañas famélicas, desproporcionadamente armadas y despiadadas. Concéntricos anillos de humo se sucedían dilatándose a la manera de un grotesco embudo, por cuya parte más ancha se disgregaba luego en tufos que invadían los pulmones.

La vista del policía se esfumaba a través de las gafas hasta donde las volutas permanecían girando entre telarañas, en torno de unos insectos viscosos y sucios aunque todavía vivos; los atrapaba en la sutil red gris tendida con deleite de maligna astucia. Las arañas, infelices cráspulas, jamás osarían succionar sus ojos.

-¡Bueno, basta! ¡Asesinato! «Cualquiera sea la forma y el móvil, matar es crimen». ¡Y el crimen se paga con la cárcel!

El insólito funcionario memorizaba oculto bajo sus vidrios una bolilla de cierto odioso texto que debió tragar antes de acostarse para soñar con su último ascenso de simple pyragüé calificado a jefe del departamento. Los ojos de Cirilo y el rengo rodaban entre lágrimas y hediondas colillas de cigarrillos. ¡Cuánta suciedad la de ese par de vidas! Podrirse en el yuyal; luego podrirse en la cárcel. ¡Vaya, destino! Era como para matarse o matar. ¡Matar! Cirilo tragó saliva. Hay casos en que no es fácil distinguir entre el bien y el mal. Depende, por ejemplo, de quién mate, y a quién; de quién aplaste y quién sea el aplastado. Lástima que las revoluciones terminan siempre tan pronto.

«Pero cuando el hecho se materializa en beneficio de la justicia... eso es».

-¡Eso es!, concluyó el funcionario pensando en voz alta.

Los reos lo miraron de abajo para arriba hasta tropezar con las gafas, detrás de cuya negrura se encendía el terror.

Y sus ojos desplomáronse. Sobre las baldosas ondulantes, una sombra larga, fría y sanguinolenta se desplazaba en círculos de vértigo. En el centro, sí, en el centro flotaban sus ojos en un río de lágrimas.

-¡Eso es!

Y ambos temblaron conteniendo el aliento en espera del derrumbe total.

-Sin embargo, según como se comporten, ustedes podrían...

El efecto logrado con el cambio de tono fue sorprendente. Diluyose la sombra que envolvía a los reos, quedando ante sus desorbitados ojos sólo un claro afiche del tamaño de un oficio magistralmente sostenido en el aire por dos tahúricos dedos. Una voz medidamente musical reproducía el texto:

-Se establece recompensa de pesos diez mil por la captura vivo o muerto del sujeto Pablo Gamarra, montonero, enemigo de la paz y el orden.

-¡Diemil!

-¡Diemil!

-No se apuren. Hay una condición. Habrá perdón y recompensa si colaboran, como les dije, declarándose autores materiales de la muerte...

El rengo yacía absorto. Soñaba con una pila de billetes olorosos. Nunca había visto tantos y le resultaba difícil imaginar el volumen. ¡Diemil! Cirilo secose con la manga mugrienta, rescatando del charco lacrimoso sus pobres ojos, los que, como voraces insectos, aplicáronse a recorrer el cuadrilátero impreso, hecho sin cuidado para el policía, seguro de que ninguno sabía leer. Luego el afiche desapareció de vista, pero ambos habían llegado a ver la foto impresa, la que reconocían, sin duda. ¿O no?

-¡Diemil! ¿No será pa bola?, pensó a plena voz, imprudentemente, el rengo.

-¡Carajo!

Y la autoridad quemó otro cigarrillo sin percatarse de que aún ardía uno sobre el chamuscado borde del escritorio. Chupó y alzó la vista al techo, momento justo en que sucios y simultáneos garfios disputábanse despojos irreconocibles de inmundas existencias acabadas entre aburridos pataleos.

Todo sea por la paz y el orden, pensaba el funcionario retocándose el bastante ajustado nudo de la corbata que pretendía simbolizar acatamiento a muerte.

-Como todo el mundo sabe, el maleante Gamarra fue en vida el «comandante Pablo», criminal antipatriótico. Así que usted, firmando la confesión, ya van a merecer el justo premio. ¿Entendido?

En el chato ámbito mental de los reos no podía haber cabido la imagen de tantos billetes juntos. Les irá a costar esfuerzo acostumbrarse a una vida distinta con ayuda del dinero, aunque el sólo hecho de poseerlo ha de dar un gran placer.

Ha de ser algo así como el de llevarse a cuestras una hermosa mujer aunque no se la sepa disfrutar. ¡Adió mante bañado! ¡Adió, hambre de perro!

De pronto, levantándose de su rincón exclusivo, el auxiliar presentó al jefe un escrito sacado de la máquina como pan del horno. Enseguida trajo una pizarra entintada disponiéndose a untar el pulgar de cada implicado, y uno después del otro los apoyó al pie del texto convenientemente redactado para que sirva de testimonio a la autoridad competente y para su debida publicidad.

Y tras un sorpresivo cencerreo, manos a las viseras y golpeteo de tacones en la puerta, aparecieron dos guardias. Cirilo y el rengo intercambiaron miradas de agonía. El jefe dio la orden.

-Incomunicados.

Cirilo y el rengo abrieron la boca sin llegar a protestar. Los guardias los empujaron afuera antes de volverse y repetir la venia. El de las gafas, ojos al techo, veía caer flotando

en humo dos leves cadáveres chupados por las arañas. Entonces, como buscando refugio, sacó del bolsillo interior una manoseada foto, la miró con detenimiento, acaso con nostalgia. ¿Qué anhelo perdido o qué bien inasequible guardaba en el bolsillo interior ese hombre sin alma? La ocultó entre las hojas de un libro encuadernado en rojo y letras de oro extraído de un cajón del escritorio, «Pensamientos Célebres», único que le agradaba al parecer y al que recurría, según decires, en procura de aliciente dadas las coyunturas. Lo leyó brevemente en voz alta: Una victoria o un éxito importante suelen lograr el efecto de impulsar el espíritu a un nivel superior. El auxiliar lo interrumpió:

-Señor, traen a la muchacha.

Un cigarrillo, un ajuste a la corbata y un toquecito al traje completaron la nueva pose funcional. El rojo libro se cerró en tanto los tipos que traían a Dalma groseramente sujeta por los brazos, una vez adentro la soltaron y a un mínimo signo del jefe, desaparecieron.

Dalma contuvo un grito ante el sorpresivo encuentro con el demoníaco atracador de anfiteatros, ahora transfigurado, que fumaba mirando al techo, parado junto a la ventana, en cuyo lado de afuera copulaban las moscas resbalando sobre el vidrio mientras la tarde huía montada en un haz de luz sucia. Ignorada con premeditación, Dalma aguardaba nerviosa. El auxiliar, al notarlo, se inquietaba.

-Señorita, tome asiento.

Un largo banco de alfajías, pulido a fuerza de holganzas, yacía allí. Sus patas de hierro aseguradas con bulones enormes parecían patas de fieras.

Dalma se sentó con un suspiro de resignación. Al poco rato, el auxiliar abandonó su rincón, y dando un rodeo por el recinto, detúvose frente al superior interrumpiéndole el arrobo.

-Señor, la muchacha está aquí.

Él huía, ajeno a todo, a través del vidrio, hacia la calle cuya vista asqueaba. El auxiliar, entre tanto, no le quitaba el ojo a Dalma. Había empero en su mirada respeto o tal vez compasión. Ella también lo miraba, de tanto en tanto, interrogante, inquietándolo más aún. De pronto, el muchacho, con tímida sonrisa en los pómulos, tomó un anotador y se acercó a ella sentándose a poca distancia.

-¿Su nombre?

-Dalmacia Tornado. Pero, ¿por qué me pregunta si ya lo saben?

-Tiene razón; sabemos su nombre y sabemos que le dicen Dalma.

La brusca intervención del meditabundo que hablaba sin volverse la exaltó.

-Sí, señor. ¿Y pueden decirme, por favor, de qué se me acusa?

En medio del odioso silencio que sobrevino, el auxiliar le habló a media voz.

-Es una historia larga, Dalma, pero no se preocupe.

Quedó desconcertada cuando el jefe volvió a ella inesperadamente manso, desprovisto de la brutalidad que esperaba. Las moscas, cada vez más numerosas contra el vidrio, punzaban la quietud con diminutos quejidos al forrarse de telaraña en su pretensión de entrar allí donde el tiempo olía a cosa muerta. Oscuras, ávidas y violentas, hembras o machos, disputábanse indistintamente el ilusorio disfrute que malveían a través de la suciedad, sin percatarse de la vaciedad en que la muerte desovaba. Dalma entró a exasperarse.

-¿No me pueden decir por qué estoy aquí?

El auxiliar la miraba preocupado, sin atreverse a seguir hablándole por miedo al jefe, a pesar de encontrarse éste vuelto hacia la semi-luz. Sabía que el acercarse a ella y hablarla ningún favor le haría. Creía conocerla; estaba casi seguro de ello y se consumía en ganas [de] decirle algo. Ella lo notaba y se fastidiaba ante su mirada escrutadora, ante esos ojos que le caminaban por el cuerpo como moscas lamedoras.

Cuando los dos sujetos fueron a entregarle la citación obligándola a acompañarlos, ella había entrado en conjeturas acerca de la misteriosa causa del procedimiento policíaco, encontrándose ajena a toda actividad comprometedora desde tres meses atrás, desde aquel día... y entró a dudar. ¿Es que habría surgido algún delator? ¿Quién? Tres meses es mucho tiempo, o tal vez poco. ¿Quién podía saberlo? Decididamente, si no se trataba de eso, algo tenía que ver con su repulsión a afiliarse o al trato de los asquerosos que tomaban el hospital como prostíbulo. Zas, ¿sería el traicionero doctorcito que la venía presionando? Menos mal que al fin pudo zafarse del putrefacto. ¿Cuánto tiempo la retendrán? Si fuera por jorobarla solamente no sería tanto. ¿Y si decidieran mandarla al calabozo? ¡Dios mío!

Justo ahora que estaba segura de esperar un hijo. Calma, se dijo; en tal caso pediría la mandasen al Buen Pastor donde, según parece, las monjas, menos bárbaras que los pyragüés, dejaban trabajar a las reas y ahorrar algo para cuando salieran. Trabajar para el hijo por nacer. Suspiró. Trabajaré, por supuesto, en lo que fuera, durante todo el tiempo que pueda. El tufo apestaba. Más parecía provenir de alguna chimenea incineradora antes que de la boca de un funcionario del orden. Dalma sufrió un acceso de tos al cabo del cual quedó muy abatida, a punto de desvanecerse. Pero, con gran esfuerzo, se contuvo. Cerró los ojos, respiró hondamente y el mal pasó. Si por lo menos el hijo tuviese un padre. ¿Qué estaba pensando? Sí, lo tiene, seguro que sí, mas ella se refería a un padre que estuviese presente, físicamente, ¡claro! Ojalá pudiera saber la suerte corrida por él desde la madrugada aquella, la eterna, la del adiós. ¡Claro!, buscó sobreponerse, si no tenía noticias de su hombre era porque... porque primero él tenía que curarse y luego, seguramente, recién escribirá cuando trabaje y pueda llamarla a su lado. Además el correo... Todo el mundo se queja porque las cartas llegan abiertas, y nada extraño sería que una dirigida a Dalmacia Tornado sea retenida. ¡Zas! Otra posible causa para una citación. Un flujo helado la invadió un instante. ¡Dios mío! Cerró nuevamente los ojos. El del orden, siempre huyendo a través

del vidrio, extrajo del bolsillo una marquilla de cigarrillos encontrándola vacía y arrojándola con desdén al piso. El ruido sobresaltó a Dalma, quien, al mirar el cuadro, no pudo evitar una sonrisa amarga. Lo asociaba al de las llaves arrojadas sobre el fango de la morgue, reviviendo el espanto de aquel personaje ante la propia inhumanidad. Finalmente, lo veía empezando a salirse de su silencio como lenta crisálida de su envoltura de sombras. Lo veía abrir la boca girando en cámara lenta.

-Usted ha tenido un amante... o novio... algo así...

-Pablo Gamarra. ¿A él se refiere?

Para responder, Dalma se puso de pie. Pero el silencio tornó al recinto y el de las gafas a la ventana.

El sol no tardaría en ponerse. Zumbaban los mosquitos a medida que la noche difuminaba los rincones y el techo. ¿Hacia dónde se pondría el sol? Dalma, vuelta a sentarse, posó la vista en el vidrio por sobre el hombro del policía. Sólo podía ver la mohosa pared de enfrente ajada por lluvias y abandono. El sol estaría yéndose hacia sus espaldas, quizá. ¿Dónde irá a pasar la noche? Mentalmente pronunció el nombre de Pablo una vez más, como la centésima durante ese día. Pese a que el tiempo avanzaba sin noticias de él, su nombre se le antepone a todo, como una obsesión; devenía el centro de su ansiedad constante. Otra vez regresaba ahora con un latido punzante, con palabras que revivían agónicos momentos compartidos. «Ya vendrá un tiempo nuevo también para el amor». Surgía la voz amada del cristal de sus sueños impreso entre las cortaderas de un madrejón: «Al menos, el amor podrá realizarse sin miserias y sin miedos». Entonces, la noche era febrilmente reclamada por ambos. Era la salvadora y se negaba a llegar. Mantenía como anclada detrás del horizonte. Ahora, la noche estaba metida en ella misma, y aunque la rechazaba, estaba allí, dentro de su corazón. Esa noche se llamaba ausencia y se llamaba terror. ¿Hasta cuándo, Dios mío? Los mosquitos zumbaban en cantidad creciente. Sólo faltaban allí el agua hedionda y las cortaderas. ¿Qué hora sería ésa de sin par angustia? ¿Las seis quizá? La demorada voz del policía cayó de pronto.

-Exacto. Sí, a él me refiero.

Dalma, como temiendo se le volviese a escapar, lo abordó con justo apresuramiento.

-Bien, señor, escuche: Pablo Gamarra, herido durante la retirada rebelde, se refugió en el hospital donde yo trabajaba. Y yo le presté auxilio como a cualquier otro herido.

Después nos enamoramos. Por último ordenaron su captura vivo o muerto con una recompensa por su cabeza. Y llegó usted. Fue entonces que lo ayudé colgándolo de mi hombro, arrastrándolo, empujándolo hasta verlo cruzar el río. Él es el padre del hijo que espero. Yo lo salvé. ¿Es lo que deseaba, saber?

Le quedó en el cerebro un vacío zumbante como el ocasionado por una explosión. Al captar el móvil del indagador, ella lo dijo todo de golpe sin reparar en las consecuencias. Sentía náuseas y lanzó todo su dolor como en un vómito, tal lo hiciera una vez en el

hospital, ante los pyragüés, para que la dejasen en paz. El funcionario, vuelto a la ventana, parecía no oírla. Sin embargo, no hacía más que aguardar.

-Sí y no. Francamente, todo eso ya sabemos. Todo es verdad, solamente que usted no lo salvó.

He ahí su venganza, un arma secreta ladinamente empleada. El golpe repercutió en lo hondo, un golpe convulsivo, el estallido de la sombra que se expandió provocando la crisis. Su estructura tangible crujió obligándola a pararse de un salto. Y quedó rígida como una estatua. Poco a poco, luego, como emergiendo de un colapso intemporal, dejó escapar la voz.

-Por lo que más quiera, diga todo lo que tiene que decirme de una vez.

-No lo salvó, lo dejó en manos de vagabundos... Ayer apareció el cadáver.

Sintiose Dalma reducida a un latido oscuro, a un punto sin dimensión, lejano, diluido en la claridad lechosa, inasible. Y la fatiga inmensa de aquella tenebrosa madrugada de la ribera se le agolpó en el pecho. Y el punto oscuro empezó a crecer en progresión acelerada hasta el tamaño de un mundo de color pizarra. Y cayó.

El sueño pavoroso continuaba. La pesadilla no había concluido en la ribera inhóspita, aquel martes increíble del mes de la derrota, del año de la ignominia. Lo entregué yo misma, musitó dentro de sí; yo misma, con mis propias manos. ¡Dios santo! ¡No! ¡No puede ser!

Al recuperar el conocimiento, levantose comprobando de inmediato que no soñaba, que aquello sí podía ser, que era.

Y ahogada por el dolor, gritó.

-¡Lo entregué, lo entregué yo misma!

El policía la trató con la conmiseración debida a un ser manoseado y desgarrado. Su burla fue ahora casi dulzura. Haciendo enorme esfuerzo, Dalma se puso de pie, alta la frente, la mirada perforando la infinita soledad en busca del perfil, de la cabal imagen del amor arrebatádole por la brutalidad.

Viéndola algo mejor, el auxiliar le rogó se sentara. Le alcanzó un vaso de agua. Ella bebió. Seguidamente le presentó la confesión firmada con huellas digitales. La firmó. Mas luego, procurando penetrar el contexto, tornó la crisis y nuevamente el auxiliar la ayudó a reponerse. Al cabo del mal rato, el jefe volvió a escena.

-Bueno, ya pasó. Solamente necesitábamos confirmar los hechos, señorita...

-Dalmacia Tornado, completó el auxiliar.

-Yo, personalmente, no le acuso de nada. Al contrario, lamento su mala suerte, su sacrificio inútil. Después de todo, tal vez a cualquier mujer le hubiera pasado lo que a usted le pasó, enamorarse y volverse ciega...

Dalma, con voz profundamente herida, le cortó la perorata.

-Todo lo que pueda decirme está de más. Pablo Gamarra fue asesinado. Esa es la única verdad.

El auxiliar la miraba. Le temblaba en la mano la hoja apenas sostenida. Tal vez sentía pena, tal vez rabia. Tal vez, si esa sociedad no fuese lo que era, si al menos un tipo como él pudiese hallar otra ocupación, soltaría eso que le repugnaba. La hoja que Dalma firmó contenía la aceptación y confirmación de hechos relatados para que sirvieran fines asqueantes. Con extraño asombro, el muchacho se percataba de enfrentarse por primera vez a alguien capaz de sepultar en sí su propia tragedia, reprimiendo su inmenso dolor y escapando a la genuflexión del llanto: una mujer. ¿Cuánta diferencia notaba entre la que él se figuraba y ésta cuya estatura moral desconocía!

-¿Y ahora, señor, puedo irme?

Tal vez, el de las gafas hubiera pensado impresionarla dándole un paternal consejo, diciéndole por ejemplo que en adelante sepa elegir mejor de quién enamorarse, que un rebelde es un patibulario en potencia, un rebelde... un rebelde... un rebelde... Pero Dalma le había dicho simplemente que las palabras sobran. Y ella tenía razón; por eso no la desmintió. Ahora se veía pequeño, ridículo, casi sin valor para seguir representando y a punto de revelar su humana entraña.

-Sí, ya puede irse.

Su propósito era hacer que la muchacha viera el cadáver, un cadáver inidentificable, por supuesto, con meses de descomposición, mejor para el caso, pero no llegaba. Por causas que él desconocía, los enviados no regresaban con el despojo. Sin embargo, en las condiciones presentes, ya no deseaba martirizarla más, renunciaba, por causas igualmente desconocidas, al placer de verla consumida hasta el derrumbe.

El auxiliar la siguió hasta la puerta de calle a fin de que la guardia la dejara salir. Por el oscuro pasillo iba unos pasos detrás, los ojos en la punta de los pies. Pensaba: Ahora ¿qué hará la pobre? ¿Y qué se gana con todo esto? ¡Hijos de perra! En la vereda la despidió.

-Adiós, Dalma. No me guarde rencor a mí. Buena suerte.

Ella no pudo hablar. Lo miró en los ojos enrojecidos y huyó. Él la veía correr sollozando. Hubiera querido salir detrás, dejar ese oscuro sumidero y huir como ella, mas, para eso le era necesario cierto sentido del que estaba castrado, el de la libertad.

Dalma no se volvió. Al doblar la esquina, una anciana conducida por un pyragüé la rozó y ambas miráronse sin hablar. No se conocían o no se reconocieron. Frente a la oficina de

guardias, la anciana quiso detenerse a tomar aliento. Le vacilaban los pies. Le temblaba la cara. Su acompañante, sujetándola del brazo la forzó a entrar. Y ya en el pasillo, el auxiliar se hizo cargo de ella, la condujo al despacho. Al traspasar el umbral pudieron ver al de las gafas negras apretándose las sienes, duro el semblante, bañado por el nácar sucio del ocaso, frente a la ventana. La anciana, golpeándose el pecho, murmuró: ¡Paniagua! Su guía se apresuró a imponerle silencio con el índice en la boca. El muchacho pudo haber anunciado: Señor, aquí está la señora citada. Mas, no lo hizo. Lo miraba con lástima en los ojos, entrando a sospechar seriamente acerca de la salud del jefe. ¿Se habría equivocado suponiendo fingido el arrobamiento de su superior? Parecía evidente que no los había sentido entrar. Parecía no esperar a nadie. Pero, de pronto..., a plena voz, mirando a lo lejos, a través de los vidrios, comenzó interrogándose.

-¿Qué papel cumplo yo? ¿A quién sirvo? ¿A la patria? ¿A la justicia? ¿A quién?

El auxiliar acababa de tomar la silla de su uso personal para ofrecerla a la anciana huésped, todo dentro del mayor cuidado. Al oír la voz enrarecida del jefe, la soltó provocando enorme estrépito. Y Paniagua, sin siquiera moverse de su sitio, contribuyó a su mayor confusión lanzándole una desusada pregunta.

-¿Qué somos yo y usted? ¿Seres humanos?

El subalterno lo buscó sigilosamente con la vista, notando con estupor que el señor jefe no lo miraba, no miraba a nadie, tal vez hablábase a sí mismo espejado en el vidrio empañado de cacas de moscas. Y no se atrevió a decir lo que pensaba. Sólo pudo responder con monosílabos.

-Sí... sí... señor.

-Estúpido.

El infeliz guardó silencio.

-Vaya a comprar cigarrillos.

Le dio el dinero con la izquierda tendida hacia atrás.

-Y vea si llegó la vieja esa, citada esta tarde.

-Señor, la señora está aquí.

Paniagua se volvió de golpe. Realmente, la señora estaba allí. Demasiado anciana para que fuera molestada a esas horas. Estaba allí. Aguardaba con desazón la inevitable entrevista. No se detuvo a mirarla. No quería verla. La espío por el rabillo del ojo, yéndose a largos pasos hasta la puerta y de nuevo a la ventana. En tanto se demoraba el auxiliar, manipulaba distraído el encendedor, sacando y guardando y encendiendo y apagándolo mientras contemplaba el triste ocaso como si con él se estuvieran extinguiendo sus escasas luces. Señor..., escuchaba vanamente la angustiada voz de la mujer, señor... Sabía lo que

ella deseaba preguntarle. ¿Acaso no vienen sabiendo de qué están acusadas? Estaba podrido de aguantar el mismo sin sentido. ¿Acaso no lo sabe?, dijo para sí, en un susurro. La voz continuaba.

-Señor, nunca hice mal a nadie. ¿No me confunden con otra?

-No.

-¿No?

-No, no sé cómo decirle, míreme usted, míreme; ¿cree que soy un ser humano?

-Sí, señor; ¡claro que sí!

La anciana estaba aterrada.

-No, no, usted no entiende. Usted ni nadie.

-Es cierto, señor, no le estoy entendiendo.

-Es porque... no se ubica; hay que ubicarse, señora; todos estamos comprometidos. Usted por ser lo que es y yo por ser lo que soy.

-Señor, por amor de Dios, ¿qué es lo que soy yo? ¿Por qué me tienen aquí?

-Usted ni yo no somos nada. Parecemos ser. Yo valgo por lo que hago; existo por mi papel, ése para el cual nací predestinado. Todos nacimos predestinados. Fíjese que hasta hace un minuto, ni usted ni yo existíamos el uno para el otro. Y de repente, en este asqueroso escenario, usted y yo tenemos un papel que cumplir. Mi papel es éste, el de policía. Usted debe representar un peritaje. Es sencillo. No es más que reconocer la identidad de un muerto. ¿Me entiende, verdad?

La anciana dejaba de comprender porque había entrado a pensar, y pensando, entraba a sospechar. ¿Por qué tenía que ser ella quien represente el peritaje? El ruinoso universo de maldades que conocía empezó a girarle en torno lentamente, reproduciéndosele la sucesión increíble de cuadros perpetuados en su alma, recubiertos por una leve ceniza de costumbre; imágenes de insospechado salvajismo proyectadas en una cadena sin término.

-¿Un muerto? ¿Qué muerto? Paniagua se volvió exponiendo el perfil a la débil fosforescencia reflejada a través de la ventana en cuya opacidad rebotaban los últimos arrebos. Era él, Paniagua, la cara inconfundible que le recordaba saqueos y vejámenes, heridas imborrables que no podían ser transferidos al pasado porque todavía sangraban.

-El cadáver de Pablo Gamarra, señora.

- ¡Santo Dios de los ejércitos!

La anciana cayó desvanecida.

-¡Prenda la luz!

El auxiliar saltó. El vapor de kerosén se incorporó de inmediato al corrompido aire del despacho y una viscosa claridad logró introducirse en las pupilas de la desvanecida, la que sufría una suerte de colapso que le dejaba percibir a través de subsentidos muy golpeados la sucesión de horrores ininterrumpida que pocos pueblos han aprendido a soportar. Paulatinamente, entre las inconexas imágenes, la pesadilla le trajo una mano sosteniendo cierto monstruoso espectro fotográfico y otra mano sosteniendo un cuenco corrugado en cuyo interior brillaba algo repelente.

-¡Estúpido! ¡Yo no le pedí la foto ni el diente de oro sino el cadáver!

Fueron las primeras palabras que pudo comprender. La voz de Paniagua increpando al empleado le resonaba en el cerebro como dentro de una fosa.

-Ya enterraron el cadáver, señor. Dicen que el Juez ordenó por hallarse el occiso en estado de putrefacción. Pero antes de enterrarlo le sacaron la fotografía y este diente, única pieza reconocible, según dicen.

-¿Un diente de oro?

La voz de la anciana emergía del fondo de su derrumbe.

-Sí, señora, un diente de oro, ¿puede reconocerlo? El diente, señora, el diente, ¿usted conoce este diente, verdad?

El dolor contenido por el desmayo regresó estallante. No, por cierto, ella no conocía ese diente. No podía conocerlo puesto que había dejado de ver a su hijo desde años atrás, desde que el joven bachiller decidiera partir en busca de una plaza universitaria.

Desde entonces, las pocas cartas que recibía le decían que seguía bien, que pronto sería el doctor que su mamá soñaba.

Entre tanto transcurrían meses, luego años. La costumbre la ayudó a conformarse con una que otra carta siempre en espera del día triunfal. Pero luego aquéllas fueron menos frecuentes y finalmente cesaron. A partir de ese tiempo recibía noticias de él sólo de oídas. Así se enteró un día de que su hijo dirigía una montonera en los cerros de su localidad. No podía comprender enteramente aquello, pero al menos alimentó la vaga esperanza de verlo. Y la ilusión creció cuando supo que los montoneros marchaban sobre la guarnición militar local. Luego los días pasaron. La lucha parecía no tener fin. Le hablaban sin embargo de éxitos fantásticos, de inminente triunfo, hasta que, súbitamente, las emisoras del gobierno difundieron a todo pulmón el aplastamiento definitivo de los insurgentes. Y ella sintió desgarrarse algo en lo hondo. Después, una larga agonía, una cicatriz dolorosa y silencio. La esperanza acabó para ella al conocer la derrota del hijo. No podía comprender en profundidad el alcance de esa derrota, aunque sufrió atropellos, vejaciones, saqueos.

Entonces quedósele grabada en la mente la imagen de Paniagua. Su corazón de madre sangró día tras día. Y pasaron tres meses al cabo de los cuales el desgarramiento parecía restañarse y sanó. Pero le pesaba el mundo mucho más que antes de la derrota. Lo soportaba entero sobre las espaldas. Veníase abismando, pero el día que recibió la citación se puso derecha. Presentía algo terrible por afrontar. Ella nada sabía del diente de oro, ni que perteneciera o no a su hijo. Pero sí estaba segura de que lo habían matado. ¿Por qué otra cosa la traerían a ella pues?

-¡Claro que lo asesinaron! ¡Tanto miedo que le tenían!

Una sola vez gritó desesperada. Y ese grito la tornó a su reciedumbre anterior. Tragó hiel y calló.

Y doña Esperanza, que así se llamaba la madre de Pablo Gamarra, se puso de pie e irguiéndose cuanto podía, salió caminando lenta pero firmemente, secos los ojos, cancelada la voz.

- VIII -

De sorpresa en sorpresa

Parado a la puerta del albergue pueblerino donde tuvo lugar la consulta, el paciente sopesaba las palabras del doctor cuya desgarrada silueta veía desdibujarse paso a paso entre la vegetación enana del callejón. Esta es nuestra última cita, Pablo Gamarra, le había dicho inesperadamente. Lo recordaba con renovada sorpresa. ¡Había sido, pues, reconocido! Tardíamente se percataba de la astuta maquinación del médico al imponerle un chequeo de cuerpo entero con el pretexto de verificar cierto alarmante síntoma comprobándole en la cara. Lo que en realidad buscaba era determinar si tenía ciertas cicatrices y suturas según informes obtenidos de su historia clínica archivada en el hospital regional.

Todavía le resonaba en los oídos la dura despedida: Ya no nos veremos más; usted siga con la nicotibina por un tiempo. Está curado, pero cuídese, cuídese...

Si lo llamó por su nombre para sorprenderlo, y atento a la reacción, confirmar sus comprobaciones, lo consiguió. Porque Pablo, al escucharlo, quedó pasmado. Una evidencia total.

No cabía dudas de que el doctor Cabral estaba enterado de que el misterioso pensionista de doña Esperanza Gamarra no era tal. Ahora bien, las palabras y la actitud, ese afán detectivesco del supuesto amigo y fortuito benefactor, ¿obedecían a simple personal curiosidad? ¿Y por qué se alejaba así, como espantado, apenas lograda la identidad? Las dudas empezaron a tender en él sutiles redes. Desde ese momento, los pro y los contra abrieron un peligroso juego en procura de la difícil verdad. Por momentos, los testimonios acusadores le resultaban bastante parcos y ambiguos. Pero la duda, alimentada con

cualquier vestigio de sombra, persistía tenaz, a tal punto que, al cabo de cada esfuerzo, el cotejo debía comenzar de nuevo.

¡Claro!, una vez identificado el paciente, su tratamiento exigía del doctor cierto grado de coraje que no parecía patentizarse en él. Naturalmente, si lo que perseguía era la verdad para su sosiego, la claridad sobre el compromiso en que estaba metido, la certeza de si le convenía o no continuar prestando esa asistencia, actuaba con justo derecho. Y, por otra parte, la seguridad de que el tratamiento médico en el caso estaba prácticamente completo debía eximirlo de cualquier problema de conciencia. Sin embargo, pese a las vueltas que Pablo daba al asunto, una sombría conclusión se le imponía: El doctor tiene miedo. Tratando de olvidarlo, pasó a reflexionar acerca de su salud. Debía reconocerse en rotunda mejoría. No se trataba de un decir. Una nueva sensación le dominaba el ánimo y nuevas ganas cobraban vida en él. A propósito, ¿se lo diría a su madre? ¡Pobre mamá!, pensó con íntima ternura, es tiempo de que le dé alguna alegría. Se lo dirá enseguida, antes de su salida habitual, pues a su regreso la encontrará dormida. ¿Qué rumbo tomaría Pablo esa tarde? Tenía recorrido casi toda la comarca en un callado y afanoso reconocimiento, invadido cada vez más por una rara ansiedad. Indudablemente, esas ganas revelaban salud. No podía comparar su estado actual con la piltrafa de seis meses atrás, cuando una noche, su anciana madre casi se muere al verlo, ¡ella que lo creía difunto! Pero era él, ¡Dios santo!, el amado hijo que regresaba, aunque no, por cierto, aquél cuya jovial estampa le poblaba el recuerdo. ¡Pobre vieja! No le fue fácil creer lo que veía. Pero al fin era él; sólo que las heridas morales y la grave enfermedad que traía lo desfiguraban enteramente.

La lucha que sostuvo el doctor duró seis meses hasta que las lesiones pulmonares desaparecieron y el antes agónico viajero recuperase sus ganas de vivir. Y bien, ahora que su benefactor le decía adiós a su manera, ¿tenía él, acaso, el derecho de poner en duda una conducta en todo simple y humana? Al sempiterno rebelde cuya suspicacia obnubilaba por momentos la natural gratitud del convaleciente, le parecía que sí. Y ya dispuesto a ponerle una cruz a la cuestión e ir en busca de su madre con la noticia, nuevas conjeturas lo retenían acosándolo como moscardones, embarullándolo a pesar de que, ante la propia conciencia, el moribundo aquél, que volviera buscando el regazo materno para concluir la fuga, veíase nuevamente erguido y capaz de afrontar su destino.

Radiante de alegría, doña Esperanza festejó la buena nueva que el hijo se apresuraba a revelar. ¡Gracias a Dios!, exclamó entre lágrimas y risa, ¡me quitás un gran peso de encima!

Dejó en olvido toda ocupación y ambos dispusieron a platicar. Tocaron diversos temas mantenidos en reserva por mutuo temor a crearse inútil desazón: la carestía, algún posible ingreso, alguna remota esperanza, la politiquería maldita, el miedo...

Cuando la madre, de paso, refirióse a la generosidad del doctor Cabral y a la confianza que le inspiraba, Pablo evitó mencionar su duda al respecto. Pero ella algo notó y prudentemente desvió del tema hacia un consejo:

-Hijo mío, tenés que cuidarte mucho.

-Eso mismo me recalcó el doctor. Que me cuide, que me cuide. ¿Pero en qué sentido me lo dijo?

-Bueno, no te lo puedo asegurar. ¿Creés que puede referirse a tu seguridad?

-Eso pienso. Pero es que nadie me conoce, salvo vos... y él.

-¿Él? ¿Llegó a saber quién sos?

-Hoy me llamó por mi nombre, tan de sorpresa, que caí. Me dijo que no volverá.

-De modo que sospecha. No quiero pensar lo que pasaría si algún otro se entera de quién es mi pensionista.

A Pablo lo tranquilizó un tanto la naturalidad con que la madre recibía en hecho y decidió no insistir dándole más valor de lo que en realidad parecía tener. Tanto vos como él, creo, se mortifican por placer, bromeó; yo no soy más que una sombra, tu pensionista, eso que todos creen. Si vieras a los vecinos cómo murmuran al verme: Ahí va el curepí, cuchichean hasta los chicos. Mi pelo, mi barba, mi modo de vestir, de hablar, todo les dice que no soy sino un pobre curepí. Y yo, como no entiendo nada del dulce guaraní, sigo de largo sin ver y sin oír. ¿Te acordás cuánto te costó creer que aquel forastero era yo?

La madre, risueña, meneaba la cabeza alejándose hacia el patio. De momento festejaba la ocurrencia del hijo pero en el fondo sufría no obstante estar habituada a que sus breves regocijos contengan siempre un sarro amargo. En su soledad rezongaba. Hablaba consigo misma confrontando sus envejecidos sueños con la cruda verdad. La afligía que él saliera todas las tardes, que anduviese por las calles sin objeto aparente, sin importarle eso por el cual ella temblaba, su seguridad. De pronto resolvió volver junto a él. Quizá decidía declararle su angustia, su temor incesante. Pero ya él había salido. Detúvose en la puerta protestando a solas. ¡Bah!, aunque le diga que no, igual salía... ¡los hombres! Más vale callarse. Lo único que una gana es que la llamen plagueona.

De tanto en tanto, un instintivo impulso la llevaba a orillar la incógnita que encerraban los cotidianos escapes de Pablo en horas que ella consideraba de real peligro. A ratos, sin embargo, le buscaba justificación. Pensaba en la soledad tan conocida por ella, en esa sensación de muerte en vida que da la inacción. Y pese a su desazón, no osaba traspasar el límite de sus dudas. Un respetuoso silencio continuaba tendido entre ambos.

Esa tarde, más optimista quizá que de costumbre, el convaleciente prolongó su paseo hasta las afueras, llegando hasta una elevada colina por cuyas pendientes serpenteaban las callecitas entre un paisaje de chircales y casitas de adobe donde iban a morir los últimos rayos del sol poniente. Luego, la cuesta, el rancherío agónico, y más al horizonte los cerros, legendaria base del inconformismo, donde más de una marcha temeraria se gestara. Allí se detuvieron sus ojos dialogando con las altas piedras blancas y grises de las faldas, con los inmemoriales quebrachos y guayacanes de las quebradas, y con cada uno de tantos hermanos que él vio surgir formando legiones, como paridos por esa arisca naturaleza, ofreciéndose enteros a la suprema causa del hombre.

Desde su enfermedad se había vuelto en extremo impresionable, rehuendo por esa razón cualquier motivo de angustia. Y ante ese espectáculo de un dolor antiguo de pronto reviviendo ante su vista, involucrándolo, y ante la increíble resignación demostrada por ese pueblo entregado a lenta muerte, abandonó la cima a pasos acelerados, atropellando su larga sombra callejón abajo, perseguido en su huida por los amortecidos rayos del ocaso.

Una anciana cargando enorme canasto a la cabeza subía en dirección opuesta. Al cruzarse con él se detuvo, como es costumbre de la gente del campo, a saludarlo. Bajó el canasto.

-Buenas tarde, señor. No e de por aquí, ¿ayé pa?

-Buenas tardes, ¿no me conoce?

-No le conozco, y eso que soy la ma vieja de aquí.

El desconocido disponíase a seguir su camino cuando ella, sentenciosa y segura, lo retuvo.

-Sabé pa, yo nací aquí dice que un tiempito después de la guerra grande, y viví aquí nomá en este redondel.

-¿De modo que conoce a todos los de este lugar?

-Figúrese, yo pue vine al mundo cuando aquí no había ma de cuatro casita alrededor de la iglesia y uno cuantito ma. Ahora, mire, hay como docienta. Y eso juera de mi rancho y alguno que otro por el estilo.

Riose mostrando el hueco oscuro y desdentado en que flotaba una bola de tabaco. Pero viéndolo a él ajeno y frío quedó como confusa.

-Se ve que no e de por aquí. Lo de por aquí todavía se ríe.

Acabado el comentario, ya se inclinaba para alzar la carga y marcharse cuando el forastero habló.

-Señora, pienso que usted debe conocer a la que busco.

-Si e de por aquí, ma que seguro, ¿cómo se llama?

Se enderezó con un ¡ay! casi inaudible que una mano de reptil ahogó por encima de la cadera.

-Dalmacia Tornado; la llaman Dalma, y es enfermera.

-¿Dalmacia Tornado? ¿Dalma?

-Veo que tampoco usted la conoce.

La anciana entristecida se inclinó nuevamente por su carga, pero desistió levantándose de a poco, pensativa. Finalmente sonrió exhibiendo una picardía ingenua.

-¿E pico alguna muy importante o qué...?

-¿Importante?

El forastero rió sin gusto. Ella lo miró con fijeza, cayendo en repentina cuenta de que algún drama latía en ese furtivo diálogo, sintiéndose no más involucrada que una hoja seca haciendo ruido al paso de un hombre triste.

-¿Es importante acaso alguien a quien se le debe la vida?

Ella acentuó su interés.

-¿Cómo pa e jhina esa mujer?

Y él describió la imagen de aquella Dalma que guardaba en una intacta zona del recuerdo desde siete años atrás.

Notábase en su voz la emoción de quien nombra algo que debía resignarse a perder. La había buscado desde el día en que pudo valerse de sí y caminar. Si Dalma no estaba en ese pueblo, sólo cabían dos posibilidades: o se marchó al extranjero o está presa.

-¿Sabé pa una cosa? Ahora me recuerdo jhina que encima del arroyo anda una que pone indicción, emplasto y eso...

Sorprendido por el repentino entusiasmo con que la vieja lo interrumpió, trató de precisar la información.

-¿Yendo por este mismo callejón?

-Sí, señor; a lo mejor nomá co e ella. Jhee, pero no se llama Dalma; se llama Juana. Ve pa que conozco el pueblo.

-¿Juana?

Repitió «Juana» y detúvose pensando. Tal vez haya tenido que cambiar el nombre.

-¿Dijo Juana?

-Sí, Juana. E una viuda parece. Anda con un hijito así de grande.

Y mostró la estatura de un chico de seis a siete años. A Pablo se le nubló la pequeña claridad.

-Ah, no. Entonces no es la que busco. Dalma es...

Se calló. Pensaba.

-¡E una lástima!

La anciana lo lamentaba sin percatarse de las dudas del hombre. Luego, reflexionando algo, agregó: Pero, por qué pa no preba nomá por si acaso... La mujere co a vece somo mentirosa, decimo una cosa y en el baile catu resulta otra cosa-ité...

Y se mandó otra carcajada, logrando contagiar su buen humor al desconocido, quien, riendo, largose por la pendiente hacia el arroyo, con la jarana de la vieja en los oídos. Al divisar el puente, distante todavía unas cuadradas, contuvo la marcha en tanto ordenaba las ideas. Y retornando el hilo de su interrumpida cavilación, llegó al punto de concluir que Dalma bien pudo haber... Mas no se atrevió. De nada le serviría predisponerse aún, teniendo ante sí tan sólo suposiciones. Censurándose un tanto, echó a trotar nuevamente hasta alcanzar el extremo del puente, donde se detuvo un poco fatigado; y atraído por la apacible presencia del agua, aprovechó para librarse de las piedrecillas metidas en los zapatos. Miraba el agua quieta, recubierta de un vaho plúmbeo debido a esa hora en que el sol se había ido por encima de las colinas, descubriendo repentinamente, enrarecida e insegura, como emergiendo de las profundidades verdinosas, una increíble imagen, la propia. Y el hecho contribuyó a retenerlo, embelesado como un niño ante lo imprevisto.

Recostado en la rugosa madera del puente, absorto en sus reflexiones de buscador sin sosiego, encontraba allí una diminuta fuente de paz, un mínimo reposo a su inquietud antes de continuar buscando. Y no se percataba de que a pocos pasos, surgida de algún recoveco orillero, una mujer se había detenido y miraba y esforzábale por reconocerlo en la semioscuridad. Cuando de pronto la vio y ella se vio descubierta, tanto él como ella sintieron una misma e incontenible necesidad de aproximarse y hablar.

-Señora... señorita, disculpe, ¿conoce una tal Juana, enfermera, que vive por aquí?

-Soy... yo.

La voz de la mujer surgió temblorosa, frágil, pues, efectivamente, era ella. Frente a frente, desconcertados, confusos, miráronse un instante y...

-¡Dalma!

-¡Pablo!

Pronunciados casi al unísono, los nombres resonaron en la cóncava soledad, reproduciéndose en los remansos, en los recodos, en las barrancas inmersas en paulatina sombra.

La noche los encontró anudados en desesperado abrazo.

De la antigua iglesia de la colina llegaba el toque del ángelus en tanto Dalma y Pablo aún lloraban de alegría.

Recién cuando la inmensa emoción del reencuentro fue calmándose en ellos sobrevino la urgencia de revivir las ansiedades y penurias atravesadas, pero las palabras afloraban pocas, no lograban abarcar la vibración incomparable nacida en ambos con la fuerza de lo reprimido que estalla. Y se besaban otra vez y otra vez se besaban. Caminaban entre el susurro del follaje nocturno, maravillados todavía por la asombrosa casualidad, sin que Dalma se diese cuenta de que estaba llevándolo a Pablo sin decirle adónde; y sin que Pablo, por su parte, pudiera percatarse de lo dilatada que se venía esa distancia, tan poquita según la alegre vieja. A medida que la serenidad volvía y la alegría se convertía en palabras, la plática se animaba, mas no podían evitar de tanto en tanto un raudo retorno a los días innombrables. Todavía me parece un sueño, decía Dalma, ¡Dios mío! ¡Lo que habré llorado! Y Pablo contestaba: ¡Lo que habremos llorado todos! Mirábanse a los ojos a través de la noche, ya no la noche que separa y tortura. Era ésa la del hondo cielo aprisionado en el abrazo, la de los sueños altos como estrellas. Si hubiese claridad, Dalma podría ver los ojos de Pablo serenos pero un tanto apagados, ya sin esa intensidad que la dominara, en aquella su primavera trágica. Sus ademanes de alborozo, distantes, opaca reproducción de una alegría antigua. Los ojos de Dalma, él los hubiera visto profundas hoyas de agua tensa.

-Todavía me parece un sueño. Es casi increíble.

-Comprendo, no me esperabas con vida. ¿Cómo pudiste reconocerme?

-¿Olvidás que soy mujer y soy tuya?

Y con ternura, dispuesta su femenina ciencia, lo estrechó nuevamente todo entero contra sí, como queriendo cerciorarse de si ésa no fuera sino otra parte de la incesante pesadilla.

-¿Estoy con vida, verdad?

Ambos rieron y fue creciendo el calor que hace posible y necesaria la comunicación. Pero llegó un momento en que Dalma, hurgando de a poco sus oscuros años sin él, de nuevo percibía en la lengua el ajenjo incesante. Y sin darse cuenta, la angustia regresó hecha palabra.

-Conque no te pasaba nada... y yo, tonta, muriéndome de sufrimiento.

-¿Nada? Acabo de superar la última agonía: tuberculosis.

-¡Tuberculosis!

-No te asustes; ya pasó.

Aún se le notaba en la voz el sordo tañido de la tisis; un tañido sin timbre, único rastro del mal, en contraste con su apariencia física excelente. Y apenas conocida esa parte mínima de la tragedia, ya Dalma sintió borrado su resquemor.

-Has vuelto. Eso me importa más que todo. ¡Gracias a Dios!

-He vuelto, Dalma, pero debo confesarte que no muy conforme conmigo mismo. Volví arrastrando la sombra que me empujó al exilio, la sombra de la derrota.

-Pero ahora estamos juntos. Eso se te pasará; estoy segura.

Pablo hizo un ademán de duda. Ambos, de pronto, experimentaron como si el regocijo fuese borrado por esa sombra. Y Dalma, otra vez primera en la iniciativa, notó la necesidad de actuar. Tenía que mostrar a su hombre un nuevo camino hacia la vida.

-Pablo, la amargura no conduce a nada. La lucha no consiste en atropellar pirizales todo el tiempo.

-Discúlpame, querida. Te dije que no estoy conforme conmigo mismo.

Y el silencio se hizo hondo por un momento. Al evocar aquel horrendo pirizal, la imagen de los días del espanto revivía. Dalma la tenía grabada en la retina. Distante, encontrábase a sí misma cálida, pujante, parte vital de la furtiva estampa. Sus palabras eran ecos, sonoridades del recuerdo.

-¡Aquellos días! ¡Los días del adiós!

-Mejor no los menciones. Nos amargaríamos de nuevo.

-Pero estamos juntos. ¿Te das cuenta? Toda la vida es nuestra. Solamente que ésta será una vida sin llamaradas. No sé si mejor o peor.

Pablo sentía vivos deseos de manifestarle, al menos a ella, a alguien que lo comprenda, su repulsión ante el total conformismo que veía en la gente, ante la miseria pavorosa y callada. Dalma parecía adivinarlo. Se le anticipó diciendo:

-Llegaste a tiempo, Pablo. Siempre se puede llegar a tiempo.

-No te entiendo, dijo Pablo.

-Sé que te asfixia la vida quieta. Aquí la gente sufre callada, pero no deja de vibrar. El pueblo no está muerto, Pablo. Está dormido. Algún día volverá el grito que hemos enterrado. Y se despertará.

Esas palabras dichas con tanta convicción emocionaron profundamente a Pablo. Finalmente pudo hablar.

-Por algo te he buscado desde mi regreso. Te necesito, Dalma; te necesito para volver a pisar con fuerzas.

La noche se había poblado de estrellas. Algunas flores estallaban, otras dormían. A esa misma hora, años ha, un pantano era tálamo; en el aire repercutían los tiros de fusil. Ahora, sobre el césped del oscuro callejón, por todas partes, el amor germinaba en la garganta de los grillos. La sombra, la que el tiempo fue incapaz de borrar, comenzaba a esfumarse. Un camino nuevo, aromado de chircas y azahares atravesaba sin dolor la quieta noche.

-¿Dónde vivís?

-Estamos por llegar.

-No tan encima del arroyo como me dijeron.

-¿Quién te dijo que vivía encima del arroyo?

Pablo vaciló antes de responder. Dadas las coincidencias, pensaba en el niño del que le habló la vieja.

-¿Qué pensás?

-Algo que me dijo cierta anciana al darme noticias tuyas.

-¿Mi nombre?

A Dalma le saltó el corazón. ¿Estaría Pablo al tanto de toda la verdad?

-Sí, sí, tu nombre.

-Tuve que cambiarlo. Muchas cosas cambiaron desde que te fuiste. ¿Quién sería la anciana que me conoce?

-Una vendedora de mandiocas, creo.

-¿Le dijiste mi verdadero nombre?

Pablo se mostró turbado, interiormente molesto. Haber bajado la guardia en esa forma significaba haber perdido su calidad militante.

-He cometido una tontería. Lo siento.

-No te preocupes. Si es la que estoy pensando, ésa habla tanto que tal vez nadie la tome en serio. Y a propósito, ¿a vos cómo te llamaremos?

-Yo también tuve que cambiar mi nombre. Para mi médico me llamo José. Es mi nombre de forastero.

-Me gusta. ¿Y quién es tu médico?

-Cabral. El doctor Cabral.

-¿Cabral? ¡Qué bárbaro! ¿Cómo pudiste dar con él?

-Cayó como mandado por la providencia justo cuando mi madre se preparaba a buscarlo. Es conocido de ella, buena persona según me dijo.

-Era buena persona antes de repudiar su partido y de volverse pyragüé.

-¡La pucha! ¿Y cómo se explica que haya tomado con tanto interés mi tratamiento?

-Dijiste mandado por la providencia, ¿y por qué no por la policía?

-¡Claro! Ahora caigo. Me trató, me ganó la confianza, y al asegurarse de quién era yo, se fue. Se acabó el interés.

-No deseaba otra cosa, pues. Y mirá, todo aquél que se trata con él, después cae.

-¡Qué desgracia! De modo que ahora vendrán por mí.

-Tranquilo, querido. Es persona importante y tratará de no ponerse en evidencia. Es carnada útil. Lo cuidarán. Dejarán pasar uno o dos días.

-¿Y qué hago?

-Tenés que desaparecer.

-¿Huir de nuevo?

-No, dejame pensar. Mirá, se me ocurre que tu mamá nos puede ayudar divulgando la noticia de tu sorpresivo regreso a la Argentina; que te curaste y te fuiste volando. Eso nomás. Que desde mañana temprano dé la noticia a toda la gente que vea. Mientras tanto, creo tener un buen refugio para vos. Ahora mismo iremos a ver eso. ¿Qué te parece?

-Mirá, mi única alternativa sería huir, y eso ya no voy a hacer. Pero quisiera avisar enseguida a mi madre antes de que cometa una inocentada.

-Ahora mismo, tal vez no te conviene; es mejor que ya nadie te vea. Esperá que la gente duerma. Tienen que creer que te fuiste con el tren de esta noche. Ahora, lo que tenemos que hacer es asegurar lo principal, el refugio.

-Hágase tu voluntad, mi querida Juana. El destino quiso que te encontrara hoy, precisamente, para que me guíes en este nuevo pantano.

-No exageres. Dios sabe lo que hace. ¿Y qué nombre te gusta?

-Juan. Confío en tu nombre, confío en vos y estoy listo para recomenzar. Pero esta vez no me iré de tu lado, te lo juro, aunque tenga que comer tierra.

Veíase nervioso. Fue para él un serio golpe descubrir al enemigo pisándole los talones, listo siempre para darle el oportuno zarpazo. Su pobre madre tenía razón. ¡Cosa de no creer! Caminando lentamente, ambos pensaban. Diríase que auscultaban el latido de la noche, el tambor de los grillos, sus propios pasos golpeando la tierra compacta por el sol. Tierra con sal de lágrimas. El viento inquietaba el sueño de las hojas. Dalma empezó de nuevo a hablar aprobándole la determinación. Pero su voz no lo tocaba. Pablo la escuchaba como distante. Es lo más sensato que pude oír en estos últimos años, le decía ella; todos se van y no se dan cuenta de que la lucha está aquí. Era una voz distinta la que él escuchaba, una voz nacida de la tierra mártir en un parto de palabras desusadas. Repentinamente, ante esa palabra lucha, casi olvidada, reaccionó.

-¿Acaso hay lucha aquí? Yo no he visto más que un conformismo enfermizo.

-Hay una guerra sorda, cruel, entre la vida y la muerte, sin nadie que la dirija.

-Cuando huíamos del hospital, vos asumiste mi puesto, ¿te acordás?

-Sí, es verdad, ¿y a qué viene eso?

-Entonces me dijiste que cumplías instrucciones. ¿Instrucciones de quién?

-De nadie, Juan. No había nadie más que nosotros. Eras un soldado herido y pensé que me sería más fácil conducirte siendo tu superior. Eso era todo.

-Bien, Juana, o como quieras que te llame, jamás un soldado herido hubiera encontrado jefe mejor. Y ahora debo decirte lo que no te dije entonces, mí querida comandante, ¡a la orden!

Tras la insufrible venia, ella lo besó muerta de risa, descubriendo en esa simple broma un signo de la confianza que permanecía intacta, como si los años transcurridos fuesen minutos y como si nunca hubiesen interrumpido el trato. Estrujados por una suerte absurda, emprendían el camino de regreso a su verdad, íntegros, con renacida fe, nuevamente unidos por un tácito acuerdo que días y noches los mantenía pendientes del minuto señalado. Tomándolo fuerte del brazo, ella le comunicó:

-Nos vamos a lo de don Cátulo Mencia.

Ese nombre surgido como de un sueño antiguo sorprendió a Pablo.

-¿Don Cátulo Mencia? ¿No es el viejo camionero aquél?

-El ex-camionero, ahora un anciano inválido. Él sí que fue derrotado, Pablo. Quedó sin mujer, sin un solo hijo y paralítico. Sin embargo, él nos ayudará. Estoy segura de que se sentirá feliz de poder ayudarnos.

-Si no me decís lo que pensás, seguiré en ayunas.

-Bueno, don Cátulo no tiene más que un rancho cayéndosele encima, algunas herramientas de labranza y unas cuantas hectáreas de tierra cubiertas de malezal, sin nadie que pueda trabajar. Esa tierra puede producir y permite vivir en ella lejos de toda la gente, así como vive él hasta hoy. Yo te ayudaré y seré tu contacto con el mundo. ¿Qué te parece?

-Tu ingenio es increíble, sencillamente estupendo.

-Juan, hay una frase, que dice: «Donde está el amor, está Dios».

Llegaban frente a un portón distante como media cuadra del rancho de don Cátulo, del que se veía sólo una débil luz filtrada a través de un tupido bosquecillo. El anciano, postrado y en ansiosa vigilia, no los podía ver pero captaba con aprensión la animada charla entre Dalma y alguien para él desconocido. Ya impaciente, al fin se hizo oír: ¡Entrá, mujer!

Al asomarse Dalma en la puerta, una ancha sonrisa la festejó. Ella lo saludó con ternura e inoculado regocijo. El anciano protestó: Hoy te atrasaste. ¿Qué te pasó? El reproche dejaba traslucir cierta picardía cómplice, asociada al cariño que le guardaba, sin mencionar la voz extraña que pudo oír. Se lo decía con sus ademanes. Ella se le aproximó y le habló al oído.

-No protestes, abuelo; te traigo una sorpresa.

En el hueco de la puerta apareció un hombre saludando. Era la sorpresa. El anciano quedó mirando ese rostro detenidamente. Alguna vez lo había visto. Todavía distraído, dijo a Dalma: Con razón la demora, ¡caramba! me parece que lo conozco. Luego al muchacho: Adelante, amigo; lástima no poder levantarme y recibir la visita al menos, ¿no le parece? Adelante... pase... Con mano algo temblorosa estrechó la del huésped. Entonces Dalma intervino.

-Un nuevo hijo suyo, le presento.

-¿Cómo dijiste? Ah, el placer es mío. Siéntese donde guste. Un amigo de Juanita es realmente como si fuera mi hijo. Está en su casa. Pasa que yo no tengo hijos. Ella es la única. Dios la mandó a cambio de los míos... que se fueron... con la revolución. Si no era por ella ya me comían los gusanos.

-Bueno, bueno, prorrumpió Dalma, me prometió no volver a ponerse triste. ¿Verdad? Un día volverán sus hijos. Ya lo va a ver...

-Basta ya de ilusiones, Juanita. Traté de convencerme que algún día cambiarán las cosas, que algún día volverán, que algún día... ¡bah, bah!

-Las cosas cambian, dijo Dalma; nada queda igual, a no ser la miseria y el miedo.

-¿Hay algo, terció Pablo, que haya cambiado para bien?

-Para bien de unos pocos, síii. Pero esta corrupción, no durará cien años. Si no somos capaces de hacer nuestra propia revolución, al menos tendremos que aguantar la de nuestros vecinos.

-Has dado en la tecla, Juanita. Debo convencerme que la tierra de uno enseña mucho más que el exilio.

Absorto, el anciano posaba la vista ya en Dalma, ya en Pablo mientras éstos hablaban. Hacía años que no oía la cálida plática de los jóvenes. Limpiose alguna lágrima que le nublaba la vista sin que se lo notasen, y habló.

-Para mí, hoy no es como ayer, y esta noche es diferente de todas las noches de estos años.

Dalma se sentó a su lado y abrazándolo le dijo:

-Para todos nosotros, hoy es un día distinto. Hoy vuelve la esperanza, abuelo.

-Sí, intervino Pablo, depende de que todos miremos la vida con nuevos ojos. También usted, don Cátulo, porque nosotros lo necesitamos.

-¿A mí? No me hagan reír. Mi lucha ya terminó.

-No, abuelo. Le dije que le traía un hijo nuevo. ¿Lo acepta? Si lo acepta, él se quedará con nosotros. Y si nos presta su tierra, la trabajaremos, la haremos producir y volverá la alegría.

Tan de pronto así, semejante novedad lo desconcertó. La cosa se le ponía menos creíble de lo que podía pensar. Al cabo de un silencio, miró a Pablo.

-Francamente, dijo, no les entiendo. ¿Quién es usted?

-Mírelo bien, abuelo, intervino Dalma; lo vio hace muchos años.

-Me parece conocido. No sé...

-Es Pablo Gamarra.

El pobre viejo dio un salto en el catre. Emergía ante sus ojos la tangible réplica a siete años de silencio. De golpe, lo insospechado, el regreso de gente desaparecida y dada por muerta. Entonces, quizá también sus hijos vuelvan. ¿Por qué no? Su vencida imaginación

empezó a cobrar vida con la remota visión de lo probable, de lo que sus sentidos urgían escapando al ensueño senil del inválido.

-¡Ha vuelto! ¿Se dan cuenta? No. No puede ser. Siete años es mucho. Si vivían, ellos me hubieran escrito siquiera dos palabras. Eso no cuesta nada. Se le anegó la voz y calló.

-No cuesta nada, replicó Pablo, pero tampoco sirve para nada. Yo escribí varias cartas y ninguna llegó. Si supieran lo que uno aguanta; ese aislamiento es peor que la muerte. Llegué a pensar que no las contestaban por miedo y dejé de escribir. Supe después, a través de un periódico clandestino, que se me daba por muerto. Encontré mi nombre en una larga lista y me dio alegría leerlo. Resolví callarme y dejar que lo creyeran todos. Pensé: cuando un día regrese, ya no seré Pablo Gamarra sino un Juan cualquiera a quien nadie conoce. A eso llegué. Creía estar castigando la cobardía de otros y no hacía sino castigar la mía propia. Ya no pensé en buscar otro medio más seguro de comunicación porque había renunciado a todos. Tanta es, señor, la ofuscación del exiliado que no se da cuenta del favor que le hace a la dictadura con su silencio.

El anciano suspiró.

-Tal vez vuelva la esperanza. Por ahora, para mí ha vuelto el insomnio, el no dormir esperando y pensando.

-Yo nunca dejé morir a la esperanza, y ya ve, Pablo ha vuelto.

-Ya lo sé. Y ahora, ¿dónde pensás tenerlo?

-Aquí, en la chacra de usted; a eso veníamos. Le prometo que nadie podrá reconocerlo nunca. Haré de él un viejito canoso, como si fuera un hombre de su edad, un hermano suyo tal vez. Y va a ver que esta tierra produce nuevamente con el trabajo de un hombre y una mujer. Será la nueva vida, abuelo. ¿No se imagina usted?

Casi es imposible describir las emociones agolpadas en don Cátulo. No siempre la razón alcanza la dimensión del canto. Y es que su corazón, castigado por el más impío destino, ahora cantó, e inundaron sus ojos lágrimas de felicidad. Hundido el pálido rostro entre las manos, dejó escapar el oscuro dolor de su pecho, y poco a poco aliviado, levantó la cabeza y tendió la vista hacia el hueco silencio, a través de la noche. A media voz, lentamente, reflexionó como hablando para sí:

-Si se han de quedar aquí por mí, yo no tengo derecho a privarles de sus alas. Ustedes se unirán y si quieren irse se irán.

-Se equivoca, abuelo, protestó Dalma; le estamos pidiendo que nos ayude; no pensamos irnos de aquí al menos que no nos eche. Necesitamos este refugio. Y ese gran favor le pagaremos con devoción y con cariño.

-Esta chacra suya, aclaró Pablo, puede ser mi salvación y la de todos nosotros. Le prometo que he de trabajarla y hacerla florecer como cuando estaban sus hijos.

Se hizo un silencio parecido al sueño. Los presentimientos del viejo al oírles hablando ante el portón no llegaban a tanto. De nada sirve lo que se ha vivido, pensaba; se puede conocer a los hombres, a los buenos y a los malos, pero nunca se llega al fondo del alma ajena. Finalmente trató de disculparse.

-Cuando uno se vuelve tan inútil como estoy yo, hasta el entendimiento flojea. Ahora empiezo a ver la luz, amigo Gamarra. Ya le dije que no tengo otro hijo más que ella, Juanita, y a este rancho viejo y a esta tierra ya le estaban faltando brazos de hombre. Yo sirvo solamente para soñar y para dar algún consejo sin importancia.

-Está enfermo, es cierto, dijo Dalma, no puede caminar, pero para ayudar al prójimo, más que buenas piernas hace falta buen corazón. Y eso, abuelo, a usted le sobra.

-Cuando llegó esta muchacha, tartamudeaba el abuelo, llegó con ella un consuelo. Ese día volví a creer en Dios. Y mire, ahora me trae un compañero, un hombre que quiere a la tierra para trabajarla y hacerla parir como una hembra. ¡Ahora tengo ganas de vivir cien años!

Secose el rostro con la manga y, con voz cortada, entre risa y lágrima, como un niño, dijo:

-Juanita, pasame mi bastón. Es bueno que empiece a moverme.

Ella se lo pasó. Y don Cátulo, afianzándose como podía, en tanto la pareja, pendiente de cada movimiento del anciano, poníase tensa, se sentó, los miró con ternura y alzó la mano derecha diciendo: Escuchen estas palabras de viejo; no soy amigo de los curas ni soy pájaro de iglesia pero tengo fe y creo en la justicia de Dios. Por eso le pido a Él que bendiga esta unión de ustedes, porque veo que verdaderamente se quieren y se necesitan. Sé que no hay tiempo de buscar quien les eche unas cruces, pero el Señor nos escucha y eso basta.

Estaban asustados, paralizados por la voz del anciano, sumisos ante la original consagración, escuchándola con respeto, comprendiéndola, sintiéndola hondamente. Tratábase de la verídica concreción de un pacto teniendo por testigo al mismo Dios. E inesperadamente vieron al anciano, en tanto los estrechaba con sus largos y descarnados brazos, apoyarse en los pies y, vibrante de emoción, levantarse. Hacía varios años que no lo podía.

Cuando lo sentaron en el catre, ambos tenían los ojos enrojecidos y temblorosos los labios. Quedaron mirándose, e inmediatamente, un intenso abrazo dio viva respuesta al pacto que aceptaban de corazón. Pero volvió el silencio. El fervor sentido superaba a la fuerza del habla. El que habló fue don Cátulo.

-Juanita, tu hijo se va a poner muy contento. Yo sé lo que es no tener padre. Lástima que se durmió. Te estuvo esperan...

Quedó cortado al ver los ademanes de desconcierto de Dalma y los ojos de Pablo, llenos de ansiedad, clavados en ella. Y sobrevino un embarazoso paréntesis. Ella empezó balbuceando como al tanteo una vacilante explicación, con enorme miedo de echarlo todo a perder. ¡Cuánto hubiera deseado poder plasmar sin palabras tan simple verdad! Atrapados por súbita angustia, se abrazaron llorando.

-Sí, mi amor, es una sorpresa que te tenía reservada, ¡es tu hijo, Pablo!

Otra vez, don Cátulo se incorporó poco a poco, solo. Sonreía con los ojos llorosos. Pablo tomó el farol y seguido de Dalma corrió en busca del niño. Este dormía envuelto en una pobre manta. Se inclinó sobre el pequeño, lo besó en la frente, en las mejillas y quedó luego pensativo, al borde de la congoja, contemplándolo. Al fin dijo a media voz, como rezando:

-De modo que un hijo. ¡De modo que un hijo!

Y ahogó entre las manos una triste risa. Dalma, todavía turbaba, le dijo:

-Si vieras cómo te parece, hasta la manera de caminar...

-Es el tributo del amor, Dalma, del amor que fecundó tu desamparo. Un hijo sin padre, alimentado con lágrimas. ¡Cuánta razón tiene don Cátulo!

-No del todo, Juan; es un hijo tuyo, el que me puso tus latidos en mi sangre, el que me ayudó a soportar lo peor sin desmayos, un pedacito tuyo que me llenaba de gozo al sólo pensar que lo estaba salvando, que salvaba con él tus sueños, que el heredero de tus luchas estaba creciendo en mi vientre.

El niño se sobresaltó despertándose con la sorpresa de encontrarse ante un tipo de cara extraña, que le hablaba y abrazaba a la madre. Sus ojos interrogantes y muy abiertos la buscaron. Y ella acudió con voz cálida.

-¡Es... papá!

-¿Mi papá? Entonces... ¿no se murió?

El sueño lo venció. Dalma oprimió contra sí su cabecita tibia, lo mimó, lo cobijó. Luego bajó la mecha del farol y todo quedó en penumbra. De pronto, el penoso ambiente donde ella había encontrado alguna paz en los últimos años transfiguró ante sus ojos. Cobraba nueva dimensión. La fe nueva y desconocida que la llenaba a ella redundaba en todo. Se abrazó a ese hombre de mirada honda y voz algo triste, lo miró detenidamente ante la mortecina luz del farol, como buscando averiguar en su inverosímil presencia lo que de realidad y de ilusión contenía ese sublime momento. El niño, de regreso al mejor de los mundos, en su inocente seguridad sonreía.

-Más que nunca creo en el destino, susurró Dalma.

-Al nuestro lo hicimos nosotros.

-Pero, ¿te das cuenta que a pesar de todos los reveses lo nuestro nos estaba esperando? Tenía que ser.

-En cuanto a mí, el destino revestía dos imágenes y ambas me acompañaban constantemente mostrándome el camino del retorno, y eran vos y la tierra nuestra. Se me confundían a veces y se me aparecían en una sola, única. Ambas eran mi destino. Ahora se ha sumado él, nuestro hijo.

-Se llama Pablo, como su papá.

-Inmerecido homenaje, Juana. Ni siquiera he muerto peleando. Me vencieron y huí dejándote con el hijo adentro.

-Más vale así que muerto de verdad. Volviste y ése es tu mérito. Solamente vos podés ayudarnos a vencer la miseria y el miedo.

-Si supiera que él existía, tal vez volvería mucho antes. ¡Pablito! ¡Pablito! Tan orgulloso me siento de que le pusieras mi nombre.

Ya no pudo reprimir sus ganas de llorar. Dalma lo tomó de la cintura y salieron hacia la cocina, cobertizo separado de la casa por un profundo cielo estrellado. Allí, vuelta la calma, hicieron fuego. Las llamas crecieron inundando de claridad los rincones. Contra las paredes de arcilla proyectábanse sus gestos como sombras chinescas. Bañábanse de oro las pajas del techo, los rostros, todo. En la sonrisa de Dalma, por muchos años mustia, subsistía el indeleble rictus de los padecimientos. Pablo la miraba rememorando su juvenil frescura.

Impensadamente, comenzaron el recuento de las peripecias como retornando el ensayo de un aciago drama. Era imposible despegarse de esa pasada herida cuyo dolor afloraba en todo momento.

-De modo que te echaron del hospital, ¿y no te apresaron?

-Mirá, la cosa sucedió de otra manera. Cuando llegué devuelta, mis compañeras ya no estaban, ni ellas ni los heridos rebeldes. Supe que los metieron a todos en camiones y los llevaron. Jamás he sabido nada más de ellos.

-Los liquidarían a todos, ¡monstruoso!

-¡Ay, Pablo, lloré tanto sin poder dominar el asco que sentía! No me dijeron nada, ni que estaba despedida ni que estaba presa, pero no me dejaban salir. Tenía que comer y dormir entre pyragüés y las prostitutas traídas en remplazo de las enfermeras. Me tenían allí con el abierto propósito de tomarme para el uso común; cada uno con distintos métodos lo intentaron, hasta amenazándome con el encierro total.

-¿Y el doctor Cabral?

-De él ya te hablé. Fue el único que regresó de la prisión a su puesto.

-¿Y no fue capaz de ayudarte?

-Me propuso el mismo negocio. Por él supe que la única forma de ganarme la vida sería aceptar sus proposiciones. ¡Era la náusea! Pensé suicidarme si no podía huir. Y pude. Tuve que cambiar de nombre y vivir disfrazada.

Hervía huevos y trozos de mandioca. A medida que relataba los hechos, éstos imprimían a sus ademanes una visible tensión. Grave en su natural dulzura, la herida moral afloraba en ella con reprimidas ansias de violencia. Cada palabra suya revivía la indignación, el odio justo que la mantenía rebelde. Los primeros huevos eran para el anciano. Fue a llevárselos. Pablo la esperaba afuera, mirando las estrellas, demasiado altas para que sean bellas, y pensando acerca de la contradictoria condición humana, de lo inconcebible en la gente y de la inconsecuencia de los amigos, principalmente de aquéllos como el doctor Cabral que debieran ser asidero y sostén de la juventud en su lucha por una vida distinta; esa juventud vencida por causa de que ellos, los amigos con experiencia, se venden miserablemente por un sucio confort. A pesar de su deuda personal para con él por haberlo sanado, lo condenaba por todo lo demás, por soplón, por corrupto, ¡por cobarde! Y sintió un temblor en los puños crispados. Acabará por mis manos, se dijo a viva voz al tiempo que Dalma volvía, sorprendiéndolo.

-Si no me equivoco, estás pensando en el doctor.

-Efectivamente. Lo creo más peligroso de lo que pensábamos, y si se le deja hará mucho más daño aún.

-De acuerdo. Pero ahora es más importante tu seguridad. Debemos actuar con inteligencia, querido, hacerles creer que realmente volviste a la Argentina. Para eso, primero, tenés que traer tus cosas esta misma noche, sin dejar nada que pueda indicar tu presencia.

Pablo no podía apartar de su mente al doctor Cabral. Imaginaba la decepción de su madre al enterarse de la novedad. Y debía decírselo. Ella debía actuar sabiendo que se trataba de un ex-hombre, de un médico entregador como en tiempos de Goebels.

-¿Creés que la policía me lo mandó?

-La policía o los milicos. Da lo mismo. Tendrían la red tendida; alguien dio aviso de la llegada de un viajero enfermo en tu casa. Y zas, aparece un médico conocido de doña Esperanza, el más llamado a presentarse, prestar desinteresada ayuda, averiguar si el paciente era el fulano buscado, e informar. Así evitaban levantar la perdiz antes de tiempo.

-¿Y qué será lo que planean?

-Después de la publicidad que dieron a tu muerte, no esperes una nueva comedia con tu resurrección. Lo lógico es que quieran borrarte del mapa.

-No les voy a dar el gusto. Te lo juro. Se morderán unos a otros, de rabia, el día que les chante su mentira.

-Yo te ayudaré a hacerlo. Pero ahora debes calmarte. Todo a su tiempo, querido. Ahora cenarás. Da gracias a tu hijo que se durmió.

-¡La ración de Pablito! ¡Qué honor! Disculpame que parezca indiferente; en realidad, sólo estoy preocupado. Te aseguro que me siento muy feliz de ser su padre.

-Te comprendo. Es humano preocuparse por la propia vida, más todavía si hay quienes te necesitan.

-Claro, debo reconocer que en mí hay algo más que preocupación. Tengo la cabeza todavía revuelta por los horrores pasados. A veces olvido lo que hablo y hasta lo que hago. A veces me siento raro. Ahora mismo, al enterarme de tantas maldades, me sentí como nuevamente viviendo aquel tiempo de la atrocidad. De golpe se me presentaron todas las vejaciones, la masacre de seres indefensos cayendo y cayendo bajo el machete. No, no soy indiferente, Juanita; quiero a mi hijo tanto como te quiero a vos. Si en adelante a veces divago, tenés que perdonarme.

Dalma, que terminaba de servir la cena para ambos, quedó mirándolo con una mezcla de tristeza y estupor. Finalmente le dijo:

-Es justo que te sientas desgarrado, pero nadie tiene derecho a lamentarse todo el tiempo. Es hora de pensar fríamente y actuar con juicio.

Se calló. Ambos callaron. Pablo no podía evitar la sensación del ridículo. Su modesta compañera demostraba una madurez sorprendente, notablemente superior a la evidenciada por él. Es lógico, pensaba, ella no peleó cuerpo a cuerpo viendo caer a diestra y siniestra a sus amigos, ella no sufrió en carne propia la humillación del derrotado y perseguido, ¿o sí, la sintió?

-La lucha será larga, Juan. Tal vez triunfaremos nosotros, tal vez nuestros hijos. Lo primero es mantenerse con vida. Comamos antes de que se enfríe, ¿querés?

-No te digo «gracias» porque pienso pagarte el favor que acabás de hacerme, derrotándome a mí mismo y actuando como debo. Ya te hice sufrir bastante. Ya basta.

-Mi único sufrimiento fue el causado por tu ausencia, Juan. En cuanto al hijo, él me ayudó bastante; te lo digo en serio. Se hizo en mí la voluntad de Dios, Juan; amé y di un pequeño fruto al mundo. Y si te hubieras muerto de verdad, yo me sentía, como ya te dije, me sentía salvando algo tuyo, tus ansias de libertad tal vez, perpetuadas por mi intermedio. ¿Te parece poco? Pablo dejó de comer. Mudo de emoción, la abrazó y no encontró otro modo de expresar su gratitud que el beso. Ella trató sin embargo de que eso fuera natural,

como algo cotidiano, e hizo que él comiera y continuaron conversando. Así le infundía la confianza y la paz en que aprendió a sustentarse. Acabada la cena, salieron caminando abrazados entre los árboles; llegaron hasta un prado donde la gramilla crecía blanda y cálida. El manso canto de los grillos acunaba la noche. Se acostaron. ¿Qué mejor, para olvidar la maldad del mundo, que un minuto de amor? La voz, la de ella, emergió como un suspiro: Este es un sueño. Estás conmigo y vuelvo a vibrar. Lo he recuperado todo, hasta el coraje. Hasta creo estar concibiendo otro hijo tuyo.

Pablo de nuevo callaba como si algún presentimiento lo hiciese sufrir. Era como si la amargura volviese de pronto deprimiéndolo. Recién después habló. Lo hacía con reserva.

-Si no hubiera regresado, si muriese como afirmaban, podrías verte atraída por otro hombre. Siempre ocurre.

Era como si el acto de amar lo enfrentase repentinamente a lo probable que intuía, como si súbitos temores lo impulsaran a decir algo que a pesar suyo le estaban procurando un dolor más. Y ese dolor salido de lo recóndito prendió. Ante lo inesperado, Dalma guardó silencio empezando a dudar seriamente. Si bien culpable no podía sentirse, ¿acaso le favorecía el seguir ocultando eso que temía revelar? ¿Debía, pues, decírselo todo con franqueza? ¿Con qué objeto? Ciertamente, una vez prometió esperarlo e implícitamente lo había jurado. ¡Claro!, el caos posterior la disculpaba. La culpa no fue suya. Seguramente, la vieja estúpida le habrá referido a Pablo algo acerca de su vida, acerca de un hombre en su vida. ¿Debía esperar? No, ya no pudo. La insinuación de Pablo la arrebató. Tu trato es injusto, le dijo; ninguna mujer normal puede aguantar siete años sola. Hubo otro hombre, Juan. Y quedó callada. Pero lo dicho bastó. Lo que fuera un velado temor nacido en él cuando le mencionaron la existencia de cierta viuda llamada Juana, cobró de golpe el peso aplastante de la verdad confesada. Hubiera querido gritar pero sólo consiguió un gemido: ¿Por qué? ¿Por qué?... Y ambos callaron bloqueados por una angustia absurda aunque cada cual, en lo íntimo, trataba de recapacitar. Cada cual, pese a la ofuscación, debatía por una salida, la menos hiriente.

-¡Otro hombre! ¿Es eso?

Dominado y engeguado por esa primitiva y generalizada manía que lleva a pretender una suerte de señorío sexual sobre la mujer poseída, Pablo se negaba a creer lo que oía. Dalma lloraba en silencio. Apenas pudo decir:

-Sí, Juan.

Lloraba sin remordimientos empero, sin autocompasión, sin -menos aún- rendición. Lloraba en ella un soldado que avanzaba pisando cadáveres. Pablo dijo entonces, pesadamente irónico: Creí que bromeabas.

Y Dalma reaccionó: Quiero que sepas que aún estando con él, tu presencia tenía en mí la forma de un niño, un hijo tuyo que crecía. Él no me abandonaba un instante, y en él podía acariciarte, y en él te quería más y más. Tendida de bruceas al lado del hombre que continuaba hermético, sollozaba buscando en vano rescatarlo. Él permanecía evadido o

pretendía evadirse hurgando en las profundidades estrelladas. Dalma se ahogaba en sus ansias de hallar algo que arroje una pizca de luz en esa confusión. A Pablo lo notaba ajeno, dolorosamente alejado. Y escapósele una voz, casi plegaria:

-Él no es culpable; él quiso ampararme.

-¿Y no lo hizo?

-¡Murió!

De repente, Pablo se encontró pequeño, sin nada válido que lo equiparase a un respetable recuerdo, sin nada que justificase su lucha estéril. Todo resultaba ahora tan controvertido que tanto él como ella trituraban entre dientes reflexiones que no osaban expresar. Finalmente, él pareció comprender la futilidad de su pobre empeño, y volviendo a ella, dijo como censurándose: No discutamos más, Juanita; ¿acaso me asisten derechos?

Ante los ojos de Dalma, ahítos de lágrimas, eclipsábanse unas estrellas enormes como heridas. En ese momento le cabía en el pecho todo el dolor del mundo. Se llevó a los labios una mano temblorosa, como deseando ayudarlos a lograr, para el sosiego de su espíritu, tan siquiera una palabra justa. Es preciso que comprendas, estalló suplicante. Pablo pensaba ahora cuánto peor se hubiera sentido si los encontraba juntos, si el otro estuviera con vida y él tuviese que perder a Dalma y a su hijo para siempre. Sí que lo comprendo, dijo tragándose un resto de amargor inocultable; la culpa la tuvo el tiempo, el que todo lo cambia, Juana Tornado. ¡Claro que hubiera sido peor si el otro...!, agregó, mas no completó la frase. Dijo en cambio: Nada tengo que reprocharte.

A Dalma no se le escapó la intención. Y lo hubiese preferido franco, sin dobleces, como una vez lo conoció. También a ella se le iba ensombreciendo aquella imagen celosamente atesorada en lo hondo de su ser. El ingrato giro del diálogo le dolía porque veía caído el objeto de su fe. Y resentida le dijo:

-No te reconozco, Pablo Gamarra.

-Mejor, llámame Juan.

-Bien, Juan; no te reconozco; tu actitud es egoísta, compañero; ya no sos el generoso compañero Pablo.

-Lo sé. De eso también es culpable el tiempo.

-De acuerdo, Juan, pero hablemos con calma y permítame al menos contártelo todo para que puedas juzgarme con razón.

-Te escucho, Juanita.

Pero no salía de su turbación. Continuaba protegiendo su pobre ego herido. Y ya Dalma no pudo más. Abandonando toda reserva, le puso delante la realidad desnuda. Empezó por

lo más violento, por aquello que lo iba a desbravar sin remedio: Me encontraba embarazada, dijo con entereza, cuando llegó la infame novedad, ¡tu cadáver rescatado del río! Toda la propaganda desatada con ese motivo sepultó mi esperanza. Los diarios, la radio..., todo contribuyó a matar mi ilusión. La foto de tu madre apareció en la primera página. Ella decía que sí, que el muerto era su hijo, que era Pablo Gamarra. ¿Podés comprender ahora?

La tomó en sus brazos. Entre congojas que él trataba en vano de calmar, ella continuaba, soltaba palabra por palabra todo el tormento que venía acumulando desde años atrás. Esas palabras caían como gotas oscuras, golpeando el silencio que los envolvía, donde incluso los grillos habían cesado de cantar. No te podés imaginar mi desesperación, tartajeaba; corría por las calles repitiendo en mi soledad: ¡Pablo ha muerto, Pablo ha muerto! ¡Qué triunfo el de esos miserables! ¿Por qué no insististe escribiéndome? ¿Por qué no a tu madre?

-Me sentía más perdido que vos, eso es todo. Me desmoralicé; ésa es mi culpa.

-No te fatigues buscando culpables. Sabemos quiénes son los verdaderos.

-Yo creo que todos de alguna manera lo somos. Yo mismo, por haber callado cuando fabricaron mi muerte. Ellos suponían que así sería; por eso lo hicieron. Pude haber denunciado y convertido eso en una sensación periodística, y no lo hice. A vos te acosaron para prostituirte y no dijiste nada a nadie. Ellos pensaban que así sería y les diste la razón.

-Estaba acorralada y no había otra forma de salvar al hijo que tenía adentro; por él aguanté callada, pero también por él escapé, y precisamente por él dije que «sí» cuando el pobre Pánfilo me ofreció casamiento. Pero Dios dijo «no».

-¿Pánfilo?

-Sí, se llamaba Pánfilo Benítez.

-Lo conozco, creo. ¿De qué murió?

-De tuberculosis galopante. Murió en Bella Vista, un nuevo hospital de los norteamericanos, al mes justo de casarnos. Viajé para enterrarlo y me apresaron. Salí en libertad en vísperas del parto, me fui al hospital y me dijeron que en vista de no aparecer ningún familiar, el finado fue a parar al horno de la basura. Y así terminó la historia del casamiento. Casi me pongo a reír cuando me acuerdo.

Abrazados y cabizbajos caminaron de vuelta a la habitación donde permanecieron buen rato contemplando a la luz del farol el sueño del hijo, insondable como la noche estrellada. Sonreía ajeno a los dolores del mundo. Pablo preguntó bastante ingenuo:

-¿Lleva el apellido del finado?

-Naturalmente. Pero es más una cuestión formal. Es la ley.

-¡La ley! ¡Oh Dios! ¡Qué ironía! Muerto el padre legal, resucita el padre clandestino. ¿A cuál de los dos podrá amar Pablito?

-No conoce más que a vos. Además, lleva tu sangre en las venas, que es la única ley válida. ¿No te das cuenta lo feliz que va a ser ahora que tiene papá?

La tenue llama del farol se extinguió y llegó la plúmbea luna desde la cima del cerro, pasando por la puerta y evitando la completa oscuridad junto a la cama del niño donde los padres velaban.

-Mañana cumple seis años, y casi siete que vos faltás.

A remezones, el aire entraba por la puerta con su carga de polen. Llegaba desde el chircal de la colina y de los viejos rastrojos abandonados.

-Juanita, hagamos que mañana sea un gran cumpleaños.

-¡Claro que sí! Mañana tendremos papá por primera vez.

-Qué pena no tener un regalito para él.

-Nada de pena. Serás el primero y el mejor regalo de su vida.

-Gracias. Antes del amanecer volveré con mis cosas.

-¿Te vas?

-Ya es hora; cantan los gallos.

-Tenés razón. Pasó el tiempo sin darnos cuenta. Bueno, estaré esperándote.

-Volveré enseguida, Juanita. ¡Chau!

Se besaron con pasión, largamente, como si ésa fuese la primera o la última vez. Y él partió. Dalma lo siguió hasta el portón con inquietud, con premonición tal vez.

-¡Chau!

Pablo Gamarra desapareció entre el vaho ceniza de la alta noche. Dalma ya no se ocupó de dar combustible al farol ni de encenderlo. Se acostó a los pies del hijo, pequeño bulto que latía en la débil claridad lunar. Aunque quisiera, ya no podía dormir. Al rato se levantó, salió a caminar hasta el portón, oteó el callejón donde un manto de rocío atrapaba como telaraña la dormida vegetación. Le dio frío, un frío que se le enroscaba en alguna parte del ser. Maquinalmente volvió al cuarto, nuevamente se tendió a los pies del niño y dejase conducir por las evocaciones tiempo arriba, remontando el pasado, río tumultuoso con trágicos recodos y una tromba infernal: 1947.

Allá se detuvo aterrada, pudiendo verse a sí misma envuelta y desesperada en la confusión general. Súbitamente un amor la rescata de la vorágine y la levanta a nivel humano, casi heroico, donde se descubre mujer. Después la bruma y el grito electrificante del parto en medio de la bruma. Y finalmente la esperanza, tierra fértil que perpetúa el sueño de los marginados.

Este reencuentro es el premio a mi fe -escuchaba su propia voz entre dormida y despierta-, a mi desprecio al sufrimiento, a mi confianza en la lucha. ¡Gracias, Dios mío, gracias! Es así, sufriendo y luchando como se alcanza tu reino en esta vida. Ahora comprendo y eso me da fuerzas. Ahora somos tres, casi un ejército. Sonreía, iba quedándose dormida. Dulce sueño. Sonreía. Te amo, te amo, te amo, repitió varias veces hasta el silencio. El eco de sus palabras continuó vibrándole en algún secreto recoveco sensorial, cobrando variaciones de color y sonido en la pizarra del alma adormecida; ya una combinación melódica inasible que sube escalando los persistentes latidos de la tiniebla, tomándose música en la diminuta garganta del grillo; ya palabras, nombres, un símbolo, un ideal, Pablo Gamarra. De pronto truecense los nombres y ella tiembla. Luego, la integración física de ambos la recupera. Jamás ella ni él volverán a cruzar el río frontera. Permanecerán en la tierra natal formando con ella un bloque indivisible. La tierra, nombre de hembra. El hombre la trabaja y la canta. Y la defiende hasta morir. Y muerto se incorpora a ella.

Un benteveo sacudió las alas lanzando al día su estrepitoso trino desde un guayabo cercano. Dalma se sobresalta. Serían las seis. Habíase quedado tan profundamente dormida, escapando al insomnio que magnifica las múltiples resonancias y transposiciones de la vida exterior. ¿Qué le habría pasado a Pablo mientras ella dormía? ¿Por qué no regresó enseguida según lo prometido? Al arribar a este crítico punto de subconscientes cavilaciones, despabilose por entero ante la certeza que acababa de punzarle la mente cortándole un instante la respiración en tanto se ponía toda fría.

Desde el callejón, el día reportaba húmedas risas de placeras ahítas de caminos verdes, de agrestes amores, de deseos. Bocas ávidas reproducían sonidos excitantes. Ella nada oía. Del prado llegaban relinchos, gritos asordados por la neblina, carcajadas de horneros que copulaban en la voluptuosidad del follaje. Ella nada oía. El sol se elevó sobre el cerro, sobre los árboles, abarcándolo todo hasta el umbral de la habitación. Serían las siete. Dalma, quieta, húmedos los ojos, los labios entreabiertos y mustios, miraba las telarañas del techo donde los insectos atrapados en la noche pendían muertos. De pronto, desde el desnivel donde la sangre late, se alzó la voz del niño:

-Mamita... mamá... ¿estás despierta?

-Sí.

Le palpó los pies y entre bostezos añadió:

-Mamita... ¿sabé una cosa? Anoche soñé que vino mi papá para vivir con nosotros. ¿Me oí?

-Sí. Yo también lo soñé.

- IX -

Perpetua media noche

Al primer toque de la puerta, doña Esperanza estuvo de pie. No dormía, permanecía con luz. Entre las cuatro paredes de barro guardando todavía parte del calor de la jornada, velaba. En el aire denso tejían los mosquitos.

-¿Dónde has estado, por Dios?; no he pegado los ojos de quebranto.

Pablo cerró la puerta y antes de responder la besó. Ella, toda húmeda, nerviosa, insistió: Creo que andan requisando el barrio. Los perros ladran y oigo golpes, gritos, qué sé yo... Cada día me convenzo más de que tenés que irte de vuelta. Te apresarán cualquier momento y te matarán.

-Calma, mamita, calma. ¿Por eso no dormías o por los mosquitos?

-Estoy acostumbrada a los mosquitos. Las aprensiones, eso sí, los quebrantos. Oigo cosas terribles. Tengo miedo.

Sus últimas palabras fueron sollozos. Pablo se sentó a su lado, le tomó la mano oprimiéndole suavemente la muñeca, lo que motivó su protesta. No, ella no está enferma, vive insegura, intranquila; esas son sus enfermedades. Pablo le acarició la cabellera gris caída en desorden sobre sus magros hombros. Ella pareció calmarse.

-Mamá, esta noche no quiero hablar de cosas desagradables.

La madre lo miró extrañada. Un aire jovial nunca visto en él desde su llegada le enmarcaba el semblante. Sus palabras bien timbradas ponían firmeza en él. Era pues de suponer que algo fuera de lo común ocurría. Mas no le preguntó. Reprimió la natural curiosidad que empezaba a roerla, prefiriendo esperar que él mismo se lo dijese. Y así fue.

-Esta noche soy feliz, mamá. He descubierto algo que ha de cambiar mi vida.

Y la ansiedad de la viejecita estalló.

-¿Qué descubriste, hijo? Decime.

-Un hijo, digo que un hijo mío, aquí, en este pueblo.

Doña Esperanza contuvo un fiero asombro en la boca. Con ojos desmesuradamente abiertos y la voz casi secreta, inquirió:

-¿Con Dalmacia?

Pablo pensó al punto que la madre estaría enterada de todo, y nada le decía por algún motivo.

-Sí, con ella.

-Comprendo. Le pagaste la gauchada de salvarte la vida dejándole un hijo, ¿verdad?

-Mamá, ya no es tiempo de censuras. Nos amamos, y eso no es delito. Vos lo sabés.

-¡Sí! Y sé cuántas tribulaciones nos cuesta a algunas mujeres el amor.

Pablo dedujo ahora que se había precipitado respecto a su madre, pues empezaba a darse cuenta que lo de ella no pasaba de un presentimiento.

-Bueno, mamá, si lo que hice fue un daño, creo llegado el momento de repararlo. Quiero evitar al menos que las tribulaciones continúen.

-Ah, eso tenés que resolverlo vos. Ponete la mano sobre el corazón. Francamente, creo que tu presencia les traerá más quebranto que otra cosa. ¡Claro!, eso es lo que pienso yo, nada más.

-He resuelto unirme a ella, mamá. Siento la necesidad de hacerlo.

-Pondero tu buen corazón, hijo, pero me permito preguntar qué vas a darles de comer.

-No se trata de buen corazón; pensá más bien que yo los necesito. Y en cuanto a comer, comerán. Conseguí una chacra a media legua de aquí, en un lugar estratégico. Me voy allá esta misma madrugada. Trabajaré, mamá, y dentro de poco, hasta podré ayudarte.

-Se unirán, trabajarás en la chacra y que Dios te ayude, hijo. De mí no te preocupes. Será bastante ayuda la que tu mujer me da compartiendo mis angustias y sobresaltos.

-Mamá, ¿por qué tanta insistencia sobre ese punto? ¿Es que presentís algún peligro?

-Sí, Pablo. Alguien me indicó que te andan poniendo el ojo. Por eso prefiero que te vayas lejos, bien lejos.

-¿El Dr. Cabral, por si acaso?

Ella no dijo sí ni no. Dalma estaba en lo cierto. Conque arrepentido el infeliz, pensó murmurando para sí. Viendo que la madre prefería callar por algún motivo, levantose de su lado, dio largos pasos por la pieza hablando lenta y resueltamente.

-Ya no me iré del país. En cuanto al doctor, se acabó la confianza.

-Nadie es de confianza en este lugar, Pablo, desde hace mucho tiempo.

-No podemos vivir sospechando de todos, pero sí del doctor Cabral. Tengo absoluta seguridad. Cuando los policías vengan por mí, te pido les digas que gracias al aviso del admirable doctor, pude adelantarme a la captura; que volví a la Argentina, ¿entendés?, que me escapé sabiendo que vendrían por mí.

-¿Qué tenés contra el doctor Cabral? ¿Así le agradecés por devolverte tu salud?

-¿No me entendés, mamá? Mirá, primero: el día que llegué, él vino cayendo solo; ¿quién lo mandó?, misterio; segundo: me trató hasta el día en que pudo establecer mi identidad. Y se fue con mi historia clínica, ideológica y todo. Conclusión: actuó como un vulgar pyragüé.

-¡¡Dios todopoderoso!! ¿Cómo se puede creer semejante cosa?

-No hace falta que lo creas. Él te advirtió que me apresarían, ¿verdad? El tipo ya rindió su informe: Se trata de Pablo Gamarra en persona, y ya no es contagioso; ya pueden atraparlo sin peligro. Vas a ver que vienen entre mañana o pasado. Ah, pero no olvides de decirles tal cual lo que te dije.

-No me creerán.

-Sí. Buscarán por todos los rincones y al no ver nada mío, se convencerán.

-¿Y creés que en la capuera estarás seguro?

-Sí. No saldré de ahí hasta que las cosas cambien. Mientras, que se lamen el hocico.

-¿Y si alguien te ve?

-No pensarán que soy Pablo Gamarra. A él lo mataron en el río. Esa mentira me será muy útil. Tal vez quieras irte más tarde a vivir con nosotros.

-Tal vez. Por ahora prefiero que me reconozcas el derecho a seguir viviendo con mis recuerdos. ¡Dios mío! ¡Tengo un grave temor, Pablo!

-Tu temor... tu angustia... tu quebranto... ¿También ellos se quedarán a vivir contigo?

Quedose sola, sentada en la cama, con las palabras del hijo palpitándole como una herida. Pablo, en la pieza contigua, se disponía a empacar. Con movimientos de vieja, doña Esperanza se acostó. Permaneció intranquila, sin conciliar el sueño, atenta al trajín de la pronta partida. Para darse la sensación de estar todavía acompañada, de pronto habló.

-¿A qué hora te vas?

-A las cuatro más o menos. Descansaré antes unos minutos; estoy rendido. Dormite vos también, mamá. Ya verás que todo sale bien.

-Estaría más tranquila si te fueras enseguida.

-¿Me echás?

-¡No, mi hijo! Pero tengo una aprensión terrible.

Inconforme, continuó atenta a los aprontes. Pablo terminó de empacar y dio cuerda al despertador. Si no fuera por el cansancio que sentía, se marcharía ya. Además, pese a la urgencia de su madre por que se fuera, a él le daría mucha pena no quedarse un rato más. Era único hijo, y esta vez la partida significaba la emancipación. Fatalmente, un hijo pertenece a la vida o a la muerte, pensaba, no a los padres.

Entre tanto, dejábase estar junto a la cama como indeciso, escuchando el metálico latido del viejo reloj que tenía ante sí, incansable computador del tiempo cuyo pulso le urgía partir. Lo miraba. Las oscuras agujas marcaban las tres. Antes de tomarse el breve descanso salió al patio a escuchar el viento, los grillos, algunos ladridos, y mirar el inmenso cielo estrellado. Lo hacía siempre sea cual fuese la hora. La voz de los gallos había quedado suspendida a la media noche, hora en que cayó la niebla, hora en que, tiempos atrás, los barrios poblábanse de música bohemia. El rocío de la madrugada se desleía en las cuerdas y el canto buscaba el arrullo de las alcobas de paja. Era otro tiempo.

Se fue a la cama. Pero, al igual que la madre, no podía dormir. Permanecía auscultando el silencio. Repentinamente, un sollozo llegado de la pieza contigua lo sacudió. Sentose en la cama y escuchó tenso. Doña Esperanza pudo calmarse para hablar.

-¿Estás dormido, Pablo?

-No, mamá; ¿qué sucede?

-Mi angustia y mi miedo son fundados, hijo.

Quiso insistirle que se fuera ya, que no importaba que ella tuviese pena.

Pero desistió. Pablo se levantó con intención de prender el farol; y ella, temerosa ahora de que ya se fuera, de que ya no se volviese a la cama, le rogó.

-No, hijo; no lo prendas todavía; estoy bien; dormite unos minutos antes de irte.

Pablo, a fin de tranquilizarla, volvió a decirle que todo saldrá bien. Te sentirás encantada cuando tu nieto venga a verte y a mimarte, le dijo; es un lindo mita-í. ¡Qué padre tan eufórico se ha vuelto!, pensó la madre en voz alta. Y no era para menos. Ahora, mi vida y mi lucha tendrán sentido, respondió él, imagínate, ahora viviré y lucharé; no veo el momento de empezar.

Ambos guardaron silencio. Él se durmió en tanto la madre cavilaba. De a poco, el tictaceo del reloj acentuábase llenando el oscuro ámbito hasta el punto de tornarse un triquitraque diabólico que la atormentaba impidiéndole penetrar el misterio de la artera calma. A poco sumáronse los espaciados ronquidos de Pablo. Permanecía alerta, sujeta entre ambas cadencias que crecían abarcando la enorme caja de sonoridad en que ella sudaba. Pero, finalmente, acunada por el mismo sombrío ritornelo, quedose adormecida. Y entonces, ni bien llegado el sueño, fue que una fiera pesadilla la atacó, pudiendo difícilmente desbaratarla, procurando discernir si los golpes y gritos que había oído eran provenientes de la puerta de calle o simple sueño. Pablo se había despertado al mismo tiempo y ambos vacilaban flotantes en un vacío de latidos convulsos, vacío en los pechos tensos, en las sienas azoradas, en los crispados miembros. Y nuevos golpes, éstos bien reales por cierto, seguidos de una áspera voz, cortaron toda cadencia, todo aliento y movimiento. Pasado el espanto inicial, doña Esperanza gimíó.

-¿Quién es, por Dios?

-¡L'autoridá carajo, abran!

En plena oscuridad, Pablo saltó hacia la puerta, sacó el travesaño de seguridad y apostose a un lado con la madera lista. Entre tanto se oían voces y el trajín de soldados tomando posiciones alrededor de la casa. La madre estaba espantada.

-¿Qué hacemos, Dios mío, la abrimos?

-¡No! No la abras. Prendé la luz.

Una vez más vociferaron afuera y golpearon. E inmediatamente, un brutal envión dejó libre acceso al cuerpo de un hombre que, arrojado por su propia fuerza, fue a parar debajo de una mesa donde perdió el ímpetu que lo animaba y el arma. Trató de recuperarla manoteando el oscuro piso, pero la pistola había saltado justo a los pies de Pablo quien la levantó. Sonó un disparo y el arma fue arrojada al azar. El visitante quedó inmóvil.

La atormentada doña Esperanza pudo finalmente encender el farol. Y Pablo, que no abandonaba su posición ante la puerta, viendo la desesperación de su madre, desistió de huir. Prefirió aferrarse a su tranca de lapacho y esperar lo que fuera. La anciana, doblemente asustada al reconocer el rostro del caído, farfulló: ¡Pa... blo! ¡Es Paniagua! No era pues la primera vez que el personaje aparecía con sus guardias en plena noche ni menos brutal que de costumbre el procedimiento frustrado. Sólo que ahora le fue harto peor que en anteriores ocasiones. El pobre tenía los ojos vueltos e inmóviles y por un boquete abierto en la yugular, la vida se le iba. Pablo no podía reconocer en él al abominable profanador de la morgue y desollador de cadáveres, ya que el rebelde herido entonces hallábase sudando dentro de una hedionda mortaja de lienzo. La anciana, en cambio, varias veces víctima de nocturnas zozobras debidas al finado, temblaba por las indudables repercusiones del percance. Y en tanto el prepotente se acababa mansamente, en el hueco de la puerta, uno tras otro, cada cual más perplejo, aparecían los soldados. Tal vez haya tenido el oficial un buen motivo que lo indujo a proceder sin testigos, prefiriendo tener a los guardias ocupados

en poner sitio a la casa. ¡Paniagua!, repetía la anciana ahogada en su confusión; ¡Dios mío, qué nos ha pasado, Pablo!

Uno de los presentes, lugarteniente del finado, examinó la pistola recogida del piso, cuya recámara todavía humeaba. Pablo, ante la sorprendente benevolencia de los soldados, abandonó la guardia y, aún asustado, habló:

-Fue un accidente, créame. Se lanzó contra la puerta sin darme tiempo a abrir.

-¿Y el tiro?

-Sonó al caer la pistola al piso. Estaría sin el seguro, claro.

-¿Y piensa hacerme creer que al oficial se le escapó el arma?

-¿Qué otra cosa pudo ser? La única pistola que usted puede encontrar en esta casa es ésta. Además, mi madre acaba de prender la luz. Ni sabíamos de quién se trataba.

El soldado le buscó el pulso al caído, le aplicó el oído al pecho y levantose meneando la cabeza. Los de la puerta, cada uno aferrado al fusil, permanecían como viendo fantasmas, blanco el semblante, salvo un negro pequeño que parecía contento de ver a Paniagua cadáver. El más aplomado del grupo, el único que hablaba, los miró con lástima diciendo con severo tono: Creo que si este hombre mató al oficial, lo mató en defensa propia. El finado le tenía marcado; por eso nos mandó a cercar la casa, para desligarse de nosotros. Parece que le quería cobrar una cuenta vieja. Los compañeros asintieron sin hablar, confusas las miradas, no comprendiendo por entero la intención del clase. Pablo, pálido; la madre, mordiéndose de nervios, adelantábanse presintiendo el imprevisible desenlace, esperando cualquier cosa, siempre la peor.

-Si le apresamos, ¿qué ha de pasar?

-Le matan enseguida, dijo sin vacilar, hablando por primera vez, el pequeño y oscuro subordinado.

Entonces, otro del grupo se dio coraje y agregó:

-¡Con el hambre que le tienen! Y hay estado de sitio, mi cabo.

-¿Y usted qué piensa?

Perdiendo el hilo inquisitorio pese a su crucial importancia, Pablo tenía involuntariamente el pensamiento puesto en algo que empezaba a mortificarlo: el error de haberse dejado dominar por el cansancio y la pena sentida por su madre sabiendo que Dalma no dormía esperándolo a salvo, que al despertar su hijo cumplirá seis años y no tendrá papá, que su promesa de volver le pesará toda la vida y que nunca tal vez podrá cumplirla ya ni amar a Dalma ni acariciar a su hijo, sueños no más de ternuras desbaratadas por un instante de flaqueza...

-¿Y usted qué piensa?

La pregunta fue una sorpresa, pero pudo hilvanar una respuesta, pese a todo, coherente:

-Que... que... francamente estoy confundido. Esperaba cualquier cosa menos razonamientos. Pero, según veo, ustedes son conscriptos de verdad y no politiqueros armados. Debo confiar en ustedes.

-¿Y qué cree que debemos hacer ahora, en esta situación?

Un inesperado cielo se le abría. Era su oportunidad. Ahora probará sus agallas y la calidad de esos jóvenes soldados.

-Soltarme y quedarse en paz con la conciencia, respondió con firmeza. Soy un luchador: no soy un criminal. Y algún día, ustedes mismos comprenderán mi lucha y ocuparán su puesto en ella. Por algo se nace varón en esta tierra. La patria no es una palabra, hermanos, ni una bandera ni un frío pedazo de tierra ajena; la patria es la felicidad pareja de todos los ciudadanos; esa felicidad despilfarrada cada día por una manada de hipócritas; hay que rescatarla, mis queridos hermanos; en esa lucha hay lugar para todos los verdaderos varones.

El soldado se emocionó. Un presentimiento nacido de pronto acababa de confirmarsele. Ese hombre tenía que ser el mismo de quien cierto hermano suyo solía recordarle años antes de morir, en tanto le explicaba por qué se lucha y por qué se muere en este país. Sin detenerse en preguntas, díjole directamente:

-Pablo Gamarra, después de todo, usted es un hombre de suerte.

-¿Me conoce?

-Sí, ¿se acuerda de Cándido Paná?

-¿Cómo olvidar a un hombre que prefirió dejarse cortar la lengua y dejarse castrar antes que delatarme?

-Él fue mi hermano.

-Y usted sabía que éramos amigos.

-¡Claro que sí! Y que aquí, en este cuarto, ustedes dos amanecían sobre unos libros soñando con una vida mejor. A pesar de mi corta edad, él me contaba todos sus secretos. Fue mi hermano y mi mejor amigo.

Se le quebró la voz. Pablo, confuso todavía pero hondamente tocado, le tendió la mano, acabando ambos por abrazarse con ardor. La madre suspiró aliviada. Los demás patrulleros,

pasando bruscamente a la confianza, los rodearon con simpatía. Paná les habló resueltamente.

-Muchachos, le daremos escapada a este hombre; yo me hago responsable.

El nuevo abrazo de Pablo Gamarra fue un elocuente '¡Gracias!'. El joven Paná hacía honor a su apellido. La madre se aproximó llorando y dio un beso en la sudorosa frente del soldado, murmurando: ¡Que Dios le bendiga, hijo mío!

-Agradezco a todos este gesto incomparable, concluyó Pablo, de corazón, y les ruego silencio sobre lo que aquí pasó, porque cualquier comentario irá en perjuicio de todos ustedes y de mi madre.

-Bueno, dijo Paná, no se olviden que Paniagua recibió el balazo de su propia pistola cuando se cayó en la zanja donde ahora llevaremos el cuerpo. Ahí mismo cayó y sonó el tiro; la bala que está en el cuello será la prueba. ¿De acuerdo? Y ahora, amigo Gamarra, no pierda más tiempo, váyase.

Pablo tomó sus cosas, abrazó a la madre, a cada uno de los soldados y partió. La niebla ponía fina ceniza sobre los senderos a lo largo del callejón. Jamás la luna estuvo más pálida y opaca. Al trote, pese a su carga, nuevamente fugitivo, Pablo marchaba apresuradamente rumbo al refugio elegido donde decidía quedarse cueste lo que costare, al calor de ese hogar que minutos antes le parecía perdido. ¿Qué podía importarle el lugar que le negaba la enferma sociedad si en aquel escondrijo lo aguardaban Pablito y Dalma? Hizo un kilómetro escaso, tal vez la tercera parte del camino cuando, al desembocar en un cruce, sorpresivamente, un numeroso y bien armado grupo le cerró el paso. Tan reducida distancia lo separaba de la partida que ni la neblina pudo impedir que fuera enfocado y avistado. Sin tiempo para pensar, en el lapso abarcado por la voz de '¡Allltooo!', arrojó cuanta carga traía y diose a la fuga.

El tiro de la pistola de Paniagua había repercutido muy lejos en la aciaga noche, llegando el eco hasta la base de donde procedían él y su gente. Llamó la atención el que fuese un solo tiro. Bien podía el reo haber preparado una de esas tretas de que sólo el diablo y los rebeldes eran capaces. Y por prever cualquier sorpresa de esa laya, un importante refuerzo fue puesto en marcha, al trote.

El eco provenía de una pistola 45, sin lugar a dudas. Y al no haber sonado disparo alguno antes o después daba lugar, entre otras, a dos suposiciones: accidente o emboscada. La tensión dominaba los ánimos. Ninguno hablaba. La partida aceleraba la marcha a medida que se aproximaba al barrio.

Al tocar el perímetro, las precauciones aumentaron, ni una voz, ningún ruido. Y a poco, al doblar una esquina, ¡zas!, el pobre fugitivo cargado de maletas abríase paso entre la niebla.

Como alevoso puñal, el grito hendió la grisura seguido del estruendo de la fusilería y el traqueteo de las corridas. Voces desahoradas mandaban liquidar, descabezar... y putas y

carajos a granel. Los pobladores, ovillados en la orfandad de sus camastros, moríanse sobrecogidos de aprensión, una aprensión emergida del fondo de antiguas agonías nunca por entero borradas. El frío espectro del miedo se alzaba de la tierra. ¡Hasta cuándo la nocturna orgía de la muerte!

Lejos de verse doblegado por el grito, el fugitivo atropelló chircales, cardales y alambradas escapando por pura suerte a la granizada de plomo, pero a partir de ese momento y lugar, identificado sin esfuerzo por el contenido del bagaje abandonado en la huida, su persecución se desencadenó con furia.

Y fue entonces que el prófugo con fama de difunto supo de lo absurdo que resultaba continuar con vida y seguir amando la tierra y la gente de uno cuando el envilecimiento había nivelado a humanos y bestias, porque tanto los irracionales como los enceguecidos de la superior especie aportaron todas sus armas al servicio de la impiedad. Perros y zorros, lechuzas y teruterus, charatas y ñajhanaes, de pronto inficionados con el humano delirio, erigieron un cerco de colmillos, ladridos y graznidos. Y al amanecer de un oscuro día del mes oscuro de un año inmemorial, Pablo Gamarra cayó. Pero no fue ejecutado como vaticinaban los benévolo amigos de Panamá. Las pasiones estaban en mengua, ahítas de escarnio. La embriaguez de sangre venía siendo suplantada por la de whiskys clandestinos y fortunas malparidas entre orgías y orgías. No fue ejecutado sino simplemente sepulto en alguna fosa de comisaría, de esas donde, según decires, yacen los no comunes; donde, según bocas maldicientes, el pudrirse en vida resulta un eufemismo y las ratas cobran alto valor social por transmitir increíble sensación de vida al sojuzgado, y donde, siempre según infundios, los tormentos, la locura y la tisis ofrecen generoso estímulo al suicidio, cosa que los presos no siempre aprecian enteramente debido a un ridículo apego a la esperanza.

No le ejecutaron. Ni el concripto Panamá ni sus amigos tuvieron los inmediatos graves problemas previstos, merced al proyectil extraídole al finado, material testimoniante de cuyo origen, la fácil determinación, también estaba prevista. De la simple comparación con otro, disparado al efecto en el agua de cualquier tina, habrían deducido con suficiente claridad la no implicancia de nadie. Conclusión: A Paniagua cúpole asumir post mortem su primer justiciero trabajo.

No hubo pues asesinato. Lo aseveraban las crónicas emanadas de insospechables fuentes y los diceques de cuño popular. Y ninguna relación habría guardado con el hecho la fortuita muerte encontrada por Panamá a medio camino del terruño, el día mismo de su licencia. La bala, de calibre no revelado, dirigida por manos anónimas, le partió la nuca, justo en mitad de cierta inhóspita picada donde fue hallado el despojo algún tiempo después. De sus amigos, nada se supo desde entonces, como nada, claro está, del rebelde Pablo Gamarra a quien nadie ha vuelto a ver. Se supone que lo mudan de fosa en fosa. Se supone que vive.

Su hijo, del mismo nombre, emigrado a Buenos Aires en compañía de su madre cumplió veintiocho años. Él asegura haber visto a su padre una vez, en un sueño.

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



editorial del cardo